

**JONAS COBOS**



# SUSURROS EN LA OSCURIDAD

**Antología de Relato**

**Lectulandia**

¿Hasta dónde llegarías para sentirte vivo? ¿Y si descubrieras a la muerte acechando a tu anciano padre? ¿Que estarías dispuesto a hacer para no defraudar a tus fans? ¿Cuanto cederías de tu esencia para volver a ser joven? Una puerta brillante parece ser tu única escapatoria ¿La cruzarás? Una casa abandonada. Una mano ensangrentada. ¿Te atreves a entrar? Un libro de hechizos y sed de venganza. Tu mayor enemigo de invita a una copa de vino ¿No te pica la curiosidad?

**Lectulandia**

Jonas Cobos

# **Susurros en la Oscuridad**

ePub r1.0

Ariblack 23.08.14

Título original: *Susurros en la Oscuridad*  
Jonas Cobos, 2012  
Diseño de cubierta: Jonas Cobos  
Fotografía de portada: José Antonio Raigada

Editor digital: Ariblack  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A la Reina del Crimen  
Porque ella lo desató todo.

A José con todo mi cariño.

# Monparnas

Convertirme en escritor es un sueño que me ha perseguido desde que a los trece años descubrí el maravilloso mundo de los libros. Por esa razón me resultó irresistible la invitación que recibí por *e-mail*, en ella alguien que se hacía llamar barón Monparnás me contaba que llevaba tiempo siguiendo mis pasos por las redes sociales y me ofrecía la oportunidad de acceder a una gran variedad de escabrosas historias con la única condición de respetar la esencia de las mismas. En el mismo mensaje añadió todos los detalles necesarios para tener una primera entrevista en su viejo caserón.

La curiosidad pudo más que cualquier pensamiento de prudencia, aquella era una oportunidad única y como tal no pensé ni por un momento dejarla pasar. El 7 de Diciembre de 2010 a las nueve de la mañana, entré en Castilla de Antequera conduciendo mi viejo coche. La constante llovizna se coló en mi alma en la forma de una pesada tristeza que parecía estar en lúgubre armonía con lo que veían mis ojos. La ciudad era un extraño conglomerado de antiguos palacios señoriales de arquitectura gótica, cuyos techos estaban adornados con las más fieras y espeluznantes gárgolas, entre las cuales se alzaban grises rascacielos cuyo brillo se había apagado como si intentasen mimetizar los viejos caserones.

Desplazarme por sus calles se convirtió en una tarea ardua, a medida que me acercaba al centro de la ciudad sus calles se estrechaban convirtiéndose en un cada vez más peligroso laberinto. Finalmente me vi obligado a prescindir de mi transporte y exponerme a la persistente fina lluvia. Por extraño que pueda parecer no me resultó difícil encontrar un lugar donde aparcar.

Los negros nubarrones seguían inamovibles cubriendo todo el cielo, amenazando en descargar toda su furia en el momento menos esperado. Me moví con rapidez por las calles desiertas intentando no ser alcanzado por ella. Protegiéndome con un largo abrigo negro y siguiendo las indicaciones recibidas llegué hasta la plaza principal donde me recibió la mayor y más extraña catedral que haya visto en mi vida. El templo sobrepasaba en altura y anchura cualquiera de los edificios de la ciudad y a su alrededor se expandían los viejos palacios como si fueran sus tentáculos, la imagen no podía ser más tétrica. Apartar mi vista de semejante monstruo arquitectónico fue toda una verdadera batalla, la fuerza que desprendía era arrebatadora.

Parado allí en medio de la plaza de una ciudad que parecía completamente desierta, el cielo habló. Un descomunal rayo golpeó el pararrayos del campanario principal y gritó con rabia en la forma de un poderoso trueno que hizo retumbar todos los edificios creando un extraño eco del mismo. Tras eso echó a llorar con la furia que había estado anunciando.

Aunque en los primeros segundos ya me había empapado todo lo que podían

mojarse mis ropas, eché a correr por puro instinto, pues mi ánimo aún seguía atrapado por aquella extraña melancolía que había experimentado al ver la ciudad. Ver a través de la cortina de agua no era fácil, en algunos momentos tuve la sensación de ser un pequeño ratón corriendo por un macabro laberinto. La mayoría de las fachadas de los viejos edificios mostraban descoloridas esculturas representando escenas mortuorias.

Cuando ya creía que me había extraviado choqué de bruces con la vieja mansión que según el *e-mail* pertenecía al barón Monparnás. Un muro de color terroso rodeaba el palacio, que se alzaba tenebrosamente con cinco almenas que sobresalían como si fueran una garra intentando arañar el cielo. Si en el resto de edificios abundaban las gárgolas allí su cantidad era tan excesiva que daba la impresión de ser su nido, desde el que saltaban al resto de la ciudad. Todas con horribles facciones y extraños cuerpo. Todas mirando hacía el exterior, vigilando, como si intentarían proteger a los inquilinos.

Quedé hechizado por unos segundos por aquel mar de rostros furiosos, ni tan siquiera me atrevía a franquear la verja que bloqueaba mi avance. Un extraño aullido procedente de algún lejano lugar a mis espaldas fue suficiente para liberarme y con mi interior ahogado en aquella persistente tristeza alargué mi mano hacia la cancela. Para mi sorpresa y en contra de su aspecto no ofreció ningún tipo de resistencia a abrirse, ante mí apareció un camino franqueado en ambos lados por una hilera de todo tipo de pétreas criaturas producto de una mente enfermiza o al borde de la locura.

A cada paso que daba en aquel camino encharcado la retorcida arquitectura del palacio parecía rasgar mi alma, la impresión de ser una gigantesca mano surgiendo del suelo e intentado arañar el cielo se hizo más fuerte. Las cinco almenas estaban custodiadas por otras tantas descomunales estatuas de la parca, con su rostro oculto en el interior de una capucha cada una llevaba un objeto distinto, sin embargo desde el camino solo distinguí con claridad las que se erguían a ambos lados de la puerta principal, la de la derecha sostenía un reloj de arena y la otra una tétrica y descomunal guadaña.

La sensación de estar cometiendo el mayor error de mi vida y de que me adentraba en un mundo dominado por la demencia me clavó frente el enorme portalón de madera negra. Mi corazón golpeteaba con tanta fuerza que temí que se me saliera de mi pecho o terminase por explotar. Decididamente todo mi ser gritaba que me alejara de allí, que aquel lugar rebosaba pura maldad y entrar en sus fauces era un camino sin retorno. Para mi desgracia en mi memoria resonaron todas y cada una de las burlas y desprecios que había recibido desde que expresé a mi entorno el deseo de convertirme en escritor, todas ellas fueron como los clavos que cerraban el ataúd donde encerré mi sentido común. Avancé hasta la enorme puerta levanté el dorado

aldabón con forma de serpiente sosteniendo el mundo entre sus fauces, golpeé tres veces.

El gigantesco portalón de madera negra se abrió de par en par, sin un quejido, sin ningún chirrido, dejando al descubierto una oscura boca que no dejaba adivinar el interior del edificio. Una extraña figura alta y extremadamente delgada ataviada con desgastado frac apareció desde un lateral del umbral, sus largos brazos le rozaban las rodillas de sus igualmente largas y delgadas piernas. Me miró con curiosidad, la sensación de ser inspeccionado por una gigantesca araña me hizo estremecer, el demacrado rostro de aquel escuálido gigante esbozó lo más parecido a una sonrisa.

—Sea bienvenido señor Cobos, el barón le está esperando en el salón. Por favor tenga la bondad de entrar —acompañó la invitación con un gesto de su largo brazo derecho.

Cruzar aquel enorme y oscuro umbral se me antojó como estar entrando en las mismas puertas del infierno. Os preguntaréis, si yo percibía todas esas sensaciones, ¿porqué no di media vuelta y me alejé de allí? ¿Por qué seguimos adelante a pesar de saber que estamos poniendo en peligro nuestras vidas? ¿Por qué un periodista se mete directo en primera línea de fuego de una guerra? ¿Por sentirnos vivos? ¿Por un extremo sentido del deber? En mi caso fue por curiosidad y por el ansia de ver mi sueño realizado.

Me adentré en el pasillo guiándome por un resplandor que brillaba al otro extremo, seguido en todo momento por el flaco mayordomo, la sensación de opresión se hizo mayor y me imaginé mil y una excusas para salir de allí, sin embargo mis pies seguían avanzando. Sabía perfectamente que todo aquello no hacía sino aumentar mi intriga y mis deseos de conocer al barón. Las paredes del largo pasillo estaban recubiertas por un desvencijado papel pintado de color amarillento ceniza plagado de enormes manchas de humedad, a ambos lados colgaban viejos cuadros cubiertos de polvo en los que se veían los rostros serios de hombres, pensé que podrían tratarse de los retratos de los antepasados del barón.

El salón donde me esperaba mi anfitrión era tres veces mayor que mi piso, sumido en una tenue penumbra desgarrada por la luz que ardía en la chimenea de la pared opuesta a donde yo me hallaba, cerca del hogar había dos enormes sillones en terciopelo verde, del situado a la derecha sobre salía una mano que sostenía una gran copa de cristal en cuyo interior brillaba un líquido color rojizo.

—Ha sido muy amable por su parte, señor Cobos el haber aceptado mi invitación —la voz sonó vieja, antigua con el peso de los años en cada una de sus palabras—. Acérquese el calor del fuego secará sus ropas, permítame ofrecerle algo de beber ¿Le apetece un tinto? ¿Un amontillado quizás?

Como si mis pies fuesen de plomo me acerqué dejándome seducir por la calidez de las llamas, después de lo experimentado fuera de aquella mansión aquello era un

verdadero paraíso, aunque esa sensación acabó por desvanecerse al enfrentarme cara a cara con el barón. Sentado en aquel butacón verde me sonrió un anciano, su aspecto era frágil, aún así de su figura emanaba mucha fuerza. Parecía más viejo que el mismo tiempo, de sus acuosos ojos se desprendía una desbordante sabiduría fruto de la experiencias de miles de años. Mi corazón dio un vuelco al verlo envuelto en una gruesa bata negra con un estampado rojo representado estilizados pájaros con las alas extendidas, si con el mayordomo tuve la sensación de estar a punto de ser devorado por una espeluznante araña, en presencia del anciano barón un desasosiego me invadió por completo, sin embargo me resultó imposible negarme a obedecer, la candencia de su voz tenía una poderosa fuerza hipnótica. Me senté en la butaca frente a la chimenea y al barón, que con un gesto ordenó al mayordomo que me sirviera una copa de aquel líquido rojizo que con tanto placer parecía estar saboreando mi inquietante anfitrión. Sumidos en aquella penumbra parecíamos dos amigos que se hubiesen reunido para recordar viejos tiempo al calor de un buen fuego, que no tardó en secar mis ropas.

—Me alegra mucho que aceptara mi invitación, aunque comprendo que pueda albergar toda clase de dudas le aseguro que con el tiempo se dará cuenta de los beneficios que puede obtener a partir de este primer encuentro —su mirada permaneció centrada en mí, atenta a cualquiera que fuera mi reacción.

—¿Primer encuentro? —mi espíritu no estaba dispuesto a regresar a aquel lugar una vez hubiese logrado salir de allí.

—Por supuesto, pero de eso hablaremos más adelante, usted es un *Cuenta-Cuentos* y ha venido a escuchar mis relatos; así que empecemos por uno bastante sorprendente...

—¿Cuenta-Cuentos? ¿A qué se refiere? —de nuevo la curiosidad se abrió paso con una fuerza insospechada.

El barón me miró fijamente y tuve la certeza por un brevísimo lapso de tiempo que su cuerpo se había envuelto en llamas de color verde, me sentí como si hubiese enojado a un gigante capaz de aplastarme con un simple dedo.

—Como le he dicho responderé a sus preguntas más adelante, permítame sin embargo deleitarle con una muestra de todo lo que puedo ofrecerle, una historia que ocurrió algunos años atrás...

La voz del barón se suavizó a medida que se adentraba en el relato, convirtiéndose en un agradable susurro que parecía retorcerse y jugar en la oscuridad del salón.

## De Casualidad

Los llameantes ojos del demonio lo escudriñaron destilando furia y rabia. La criatura iba creciendo en fuerza y poder. Mikel tuvo que concentrarse en mantener el temple. A pesar de llevar meses practicando con la magia negra no había esperado ser capaz de invocar un demonio del noveno círculo al primer intento. Pero allí estaba, erguido sobre sus pezuñas y agitando las alas con rabia.

Las cadenas místicas generadas por el hechizo lo sujetaban al suelo, obligándolo a obedecer todos sus deseos. El mero hecho de pensar en ello le produjo un escalofrío de satisfacción. ¡Cómo disfrutaría vengándose de todos los que lo despreciaron y maltrataron!

El rugido del demonio le hizo volver a la realidad, en un segundo sintió miedo.

«¿Y si se libera?».

El pensamiento se coló en su mente con la fuerza de una palanca y abrió las puertas al pánico, todo intento de resistirse fue en vano, su corazón se desbocó y su cuerpo empezó a temblar cada vez con más fuerza. Notó como un cálido reguero resbalaba por sus piernas y encharcaba sus zapatos. Su mente gritaba de puro terror, pero su cuerpo era incapaz de sobreponerse a los temblores y a la parálisis que lo aprisionaba. Sus ojos estaban clavados en la ígnea mirada del monstruo infernal.

Lo siguiente ocurrió en un sólo instante. El diabólico ser lanzó contra él una de las afiladas garras, recorriendo un arco de izquierda a derecha y tensando las cadenas al máximo. La garra pasó a escasos centímetros y Mikel sintió como si hubiesen soltado la correa que sujetaba su cuerpo, el pavor en el que estaba inmerso lo movió como una marioneta y dio un brusco salto hacia atrás.

Su talón golpeó una de las cinco velas negras que formaban el círculo mágico. Para cuando fue consciente de lo ocurrido, una de las garras ya le había perforado el pecho y extraído el corazón. Había roto el hechizo al deshacer la circunferencia y con ello las cadenas místicas que retenían al demonio se habían desvanecido. Mientras veía al engendro devorando su corazón sintió como miles de oscuras manos le arrancaron de su cuerpo y le arrastraron hacia la noche eterna.

\* \* \*

Sin embargo, no fue ahí donde empezó todo, si no que fue meses atrás y lo hizo como suelen ocurrir estas cosas, con un puñetazo.

Mikel siempre había sido consciente de que era algo *diferente* del resto de la gente que él conocía. A sus treinta y nueve años seguía peleando por obtener el título de estudios secundarios obligatorios y todos los días acudía a la biblioteca pública, quizás con el deseo de que de algún modo la sabiduría encerrada en todos aquellos

libros se le contagiase y lo transformara en una persona *normal*.

El día del puñetazo, se presentó en la biblioteca tan puntual como siempre, sincronizado con su reloj, cruzó el umbral en el instante en que este indicó las cinco y media de la tarde. Sabía que era una manía, pero era incapaz de transgredirla. Entró en la sala de estudio y su mayor temor se cumplió, las mesas estaban casi ocupadas por completo, sé quedó petrificado sin saber que hacer. La mano con la que sujetaba el maletín del portátil empezó a sudar. Aún así no fue lo más embarazoso, si no que fueron los cuchicheos y las risas ahogadas que empezaron a oírse.

Sus ojos se clavaron en una chica joven de pelo rubio y deslumbrantes ojos azules que le hicieron sentir como si se ahogara en el mar.

La rubia dio un codazo al chico que estaba sentado a su lado, este se volvió con rapidez mientras se quitaba los auriculares.

—¿Qué coño miras? Tarado —espetó el cada vez más molesto novio de la rubia al tiempo que se levantaba lanzando la silla hacía atrás.

Desde el fondo de la sala resonaron varias peticiones de silencio.

Mikel deseó que por una vez su cuerpo y su mente obedecieran, que dejaran de comportarse como lo estaban haciendo. Sin embargo fue inútil y todo lo que pudo hacer fue quedarse allí de pie con la mirada fija en aquellos faros celestes que lo habían atrapado.

—¡Retrasado deja de mirar a mi novia o te rompo la cara! —le advirtió de nuevo, pegándole un empujón con la intención de apartarlo de allí.

Ni tan siquiera las amenazas del joven fueron capaces de romper el hipnotismo al que lo habían sometido los ojos de aquella chica, tampoco lo hizo el hecho de saber que era más alto y más fuerte que él.

Lo siguiente fue sentir como si un martillo pilón chocara contra su rostro lanzándolo contra las estanterías que había a su espalda, la sacudida hizo que perdiera el equilibrio arrastrando consigo los dos últimos estantes y provocando una catarata de libros que le golpearon las costillas y los muslos.

Unos pasos apresurados provenientes del otro lado de la sala quedaron sepultados por risas y gritos de jolgorio.

Finalmente como si un interruptor en el cerebro de Mikel se hubiese cerrado fue capaz de pensar en otra cosa que no fuera en aquellos ojos azules.

—Yo... lo siento —murmuró con timidez, en su estomago sintió como una extraña emoción estaba creciendo, era algo nuevo y le resultaba imposible de identificar.

Las risas y las miradas de burla siguieron oyéndose mientras Mikel se afanaba en recoger los libros que habían caído, ni uno solo de los presentes se prestó a ayudarle.

Sus manos se posaron sobre un grueso libro de tapas negras y cerrado con una tira de cuero enganchada a una hebilla dorada. Acarició el relieve de la portada, en el cual

una serpiente se mordía la cola formando un círculo en cuyo interior había una estrella. Al rozarlo sintió un cosquilleo en los dedos y se vio levantándose con rapidez descargando con furia el grueso volumen sobre la cabeza de su agresor, una y otra vez, en una orgía de sangre y sesos. Horrorizado por aquella visión soltó el extraño libro, había sido como tener un sueño sin estar dormido y la experiencia lo asustó. Por suerte ver que en realidad nada del sueño había ocurrido en cierto modo lo alivió. Sin embargo algo en su interior había cambiado.

—¿Te encuentras bien? ¿Qué ha ocurrido? —la voz de la bibliotecaria le obligó a centrarse.

—Yo... lo siento he tropezado —se excusó retomando la tarea de recoger los libros caídos, intentando no hacer caso a los esporádicos cuchicheos ni a la creciente pelota de fuego de su interior.

—¿Este libro es tuyo?

—¿Qué? —fue lo único que supo expresar mientras veía como la bibliotecaria le tendía el libro de la hebilla dorada.

—No tiene las etiquetas de la biblioteca, así que supongo que es tuyo ¿no?

Como siempre hacía, sus deseos de agradar a los demás le llevaron a no contradecirla y sin pensarlo tomó el libro de las manos de la mujer que lo miraba con amabilidad.

—¿Estás seguro que te encuentras bien? —insistió de nuevo la funcionaria.

—Sí, es usted muy amable —se incorporó nervioso, su único deseo era salir de allí.

Sin pensarlo se dirigió a la salida mientras sus dedos apretaban con fuerza el viejo libro, como si este acto consiguiera aliviar en algo la extraña sensación que le aceleraba el corazón.

Por primera vez había experimentado el deseo de agredir a otra persona.

No solo agredirla, matarla.

\* \* \*

Habían transcurrido dos meses desde el incidente en la biblioteca y a diferencia de las otras veces que había tenido problemas con las personas *normales* era incapaz de olvidar la mueca de burla de su agresor. Tampoco había desaparecido ese fuego interno que había sentido al *soñar* que destrozaba a golpes la cabeza de aquel engreído hijo de puta. Con un gesto repetido de su cabeza se forzó a concentrarse, pero en el fondo de su ser sabía que algo en su interior había cambiado, sentía emociones nuevas y aunque en un principio le habían asustado finalmente cedió a su constante presencia y las aceptó como suyas. De sus labios surgió una palabra ¡VENGANZA!

Aunque ya había perdido la cuenta, aún así decidió intentarlo de nuevo. Se sentó

en el círculo de tierra negra, colocó una vela negra en cada punta de la estrella dibujada a su alrededor.

Si bien su *retraso*, como lo llamaban todos, había sido una traba en muchos aspectos de su vida, en otras era sumamente ventajoso, la mayoría de las veces era como ser invisible, lo cual le permitía tener cierta libertad de movimientos y nadie le increpó cuando se dedicó a llenar con tierra del cementerio una bolsa de plástico, ni cuando, después de recorrer media ciudad, se llevó las velas negras sin pagarlas. Mikel era consciente de que podía tener más tenacidad que cualquier otro y cuando se le metía algo en la cabeza no paraba hasta lograrlo.

Recordando, una vez más, las instrucciones del libro negro, levantó los brazos y empezó a recitar la secuencia de extrañas palabras, esperando que esta vez funcionara. Aceleró el ritmo con que repetía una y otra vez el conjuro, tenía el presentimiento de que esta vez lo lograría. Había pasado una semana desde que fue capaz de invocar a un elemental de fuego, aquel logro le dio la fuerza que había estado a punto de perder, sin plantearse ni una sola vez si convocar un demonio sería más difícil.

Tan solo tenía cabida la sensación del fuego interno y aquella palabra que estaba martilleando su mente al compás de su corazón. ¡VENGANZA!

El suelo tembló a su alrededor menos en la zona marcada por el círculo místico, incluso algunas baldosas estallaron en miles de punzantes guijarros.

Elegir una casa de campo abandonada para poder llevar a cabo las pruebas había resultado ser acertado, el ruido de los estallidos habría terminado por atraer a algún cotilla.

Una sacudida en forma de ola recorrió el desvencijado suelo como si los restos de la cerámica y el cemento se hubiesen licuado. Sin dejar de sonreír ante los imprevistos resultados, continuó recitando aquella diabólica oración.

Los trozos de baldosas que habían quedado suspendidos en el aire se movieron como una bandada de estorninos creando extrañas formas y ondulaciones, para finalmente formar una espiral ascendente que cada vez se movía más frenética. Aquel remolino de piedras se detuvo frente a él y aceleró su giro. Poco a poco en el ojo del huracán fue perfilándose una figura humanoide.

Por fin su deseo se cumpliría y aquella implacable palabra dejaría de atormentarle con todas aquellas imágenes de muerte, por fin...

\* \* \*

Ser un demonio del noveno círculo no era ni por asomo un trabajo aburrido, de hecho estaban saturados y las almas se les estaban acumulando en el purgatorio. Azazel hizo una pausa después de asegurarse que no había señales del encargado del departamento, Zariel tenía mal genio y no dejaba escapar una oportunidad para

demostrarlo a todos los diablos a sus órdenes.

Sus flamígeros ojos escrutaron el alma atada al potro de torturas y sonrió, le parecía gracioso que los humanos se comportaran como si sus vidas en la Tierra fueran a ser eternas, sin ir más lejos el infeliz que le habían asignado había invertido cada segundo de su tiempo en acumular objetos materiales, que si un castillo, que si montañas de dinero y al final todo eso había quedado allí arriba mientras a él le esperaban unos cuantos milenios más de tormento.

Azazel agitó su cornuda cabeza, llegando a la conclusión que se lo tenían merecido por ser tan cortos de miras. Además tampoco era cuestión de que les diera por cambiar y descubrir la verdad de su existencia, de ser así podía quedarse sin trabajo y prefería mil veces llevar un retraso de unos pocos miles de años y andar algo saturado de trabajo que pasarse el resto de la eternidad asistiendo a reuniones con el orientador laboral. No soportaba la prepotencia con que hablaba, todo el Infierno sabía que había conseguido el puesto por ser el pelota de Luzbel, que si no, aquella bolita de pelo de voz chillona no hubiese llegado tan alto.

Se disponía a continuar su tarea y aplicarle unos cuantos estirones a aquella avariciosa alma, cuando notó el chisporroteo a su alrededor.

En más de mil años nadie lo había vuelto a fastidiar desde el incidente con Herodes y Salomé. Aquella invocación solo le traería problemas, y mucho papeleo, eso si no perdía el puesto por ausentarse sin avisar ni haber presentado un justificante. Pero una vez iniciado ya no podía detenerse ni resistirse.

Decididamente los humanos eran estúpidos, nunca aprendían que hay cosas que es mejor que no las conozcan.

Cuando terminó de materializarse, Azazel vio como aquel despreciable humano le miraba con una mezcla de satisfacción y terror, intentó moverse aunque sabía que las cadenas lo sujetaban al suelo, su cuerpo aún estaba débil de modo que se resignó a esperar a que el mortal expresara sus deseos y en eso estaba cuando percibió la presencia de la causa de que estuviera en aquella situación. En una esquina al fondo de la sala, unos metros por detrás del humano estaba el Grimorio de los Cuervos. Con eso estaba explicado que no hubiese percibido un nivel alto en conjuros y hechicería en el hombre que lo había invocado.

En un gesto de rabia enseñó los colmillos. Por culpa de aquel hombrecillo le abrirían un expediente por abandono del puesto de trabajo, eso si no lo degradaban a un círculo infernal inferior. Aunque si tenía que ser así se aseguraría de no caer solo. Alguien se olvidó de informar a la Santa Inquisición de la existencia del grimorio y ahora cientos de años más tarde él pagaba las consecuencias, alguien no había hecho bien su trabajo y no se detendría hasta averiguarlo.

Pero todo eso tendría que esperar, lo primero era liberarse, y ya que estaba de vacaciones forzosas en la Tierra no iba a desaprovechar la oportunidad de provocar el

caos y la destrucción entre aquellas bestias inmundas.

Lanzó un zarpazo al aire tensando las cadenas tanto como le fue posible, sabía de sobras que no lo alcanzaría pero solo necesitaba asustarlo un poco. Sonrió con satisfacción al ver como el aterrorizado hombre retrocedía en un acto reflejo, pero más que suficiente, el círculo místico estaba roto y las cadenas habían desaparecido. Esta vez sí alcanzó a su presa.

\* \* \*

Incendiar la casa después de haberse alimentado con el cuerpo del infeliz que lo había invocado le supuso más trabajo de lo esperado, su estado seguía siendo débil, aún así a pesar del agotamiento había valido la pena, aquel maldito libro no le causaría más problemas ni a él ni a ninguno de sus congéneres.

A medida que se alejaba del lugar recordó la última vez que estuvo entre los mortales. Había pasado demasiado tiempo encerrado en aquel cubículo, no tenía ni idea de cuánto tiempo le permitirían quedarse, así que decidió disfrutar al máximo. En algún lugar cercano captó la presencia de varias comunidades humanas. Había llegado el momento de darse un verdadero festín. Le apetecía correr, lo ansiaba, sentirse libre, sin presiones, sin cuotas de almas torturadas por cumplir. Haciendo acopio de las pocas fuerzas mágicas que le quedaban transformó su cuerpo en el de un guepardo, un ser al que admiraba por su belleza y potencia muscular. Después de miles de años encerrado entre las cuatro paredes grises de su oficina de tortura, sentir el viento azotando su rostro, el tacto de la hierba y la tierra a aquella velocidad era un verdadero placer.

Oyó un murmullo a lo lejos, pero sus ansias de destrucción y el placer de la velocidad no le permitieron prestarle atención.

\* \* \*

—¡Haz algo! —le increpó Susana nerviosa, al tiempo que salía del coche—. ¡Está sufriendo!

Ricardo la observó desde detrás del volante del vehículo, últimamente las cosas entre ellos no andaban muy bien. En realidad tenía la sensación que el nexo entre ambos estaba desapareciendo.

Con una deliberada parsimonia se apeó del automóvil y lo rodeó para acceder al maletero. Desde allí miró a su mujer dando vueltas alrededor del animal agonizante, parecía un buitre protegiendo su comida.

Sacó la llave del gato y la sopesó. No estaba muy convencido de que fuera lo suficientemente pesada, aún así tendría que valer. Cerró la puerta con un suspiro y se encaminó hacia donde estaba revoloteando Susana. A medida que se acercaba al lugar

veía como el tamaño de la alimaña era mayor de lo que había creído en un principio. Ya no estaba tan seguro que la alargada llave de hierro fuera a ser suficiente para rematarlo.

Había salido por su derecha, de entre los arbustos que franqueaban la carretera. Fue imposible esquivarlo por completo, giró el volante hacía la izquierda, el golpe no fue directo pero sí lo justo para impulsar a la bestia hacía el carril contrario donde fue arrollada por un camión lanzándola contra las vallas del arcén.

—Creo que esto será más efectivo —afirmó el conductor del camión que había descendido con su escopeta de caza.

Y sin demorarse más descargó dos disparos certeros en la cabeza del moribundo animal que en vano intentaba liberarse de la gruesa rama que le atravesaba el pecho. El cráneo explotó esparciendo sangre y materia gris por todas partes. Sin saberlo y de casualidad mandaron a un demonio de vuelta al Infierno.

## Los Cosechadores

El exterior del vehículo era como cualquiera de los usados por las agencias de seguridad, con un chasis blindado y diminutos ventanucos. En su interior radicaba la diferencia con el resto de los furgones blindados, su equipamiento provocaría la alarma y la envidia a cualquier departamento de seguridad y espionaje gubernamentales.

Los hombres en el interior del furgón manipulaban todo tipo de controles y dispositivos de vigilancia. Llevaban unos días siguiendo a Ricardo Gutiérrez, sin perder detalle de ninguno de sus movimientos. Aquella era la última fase de la operación *ladrón de cadáveres* y si todo salía como era debido les prometía un futuro muy brillante.

Los ojos del anciano siguieron todos los pasos del médico, en unos segundos inyectaría el suero al cuerpo que yacía en la camilla, la única muestra que existía y que nadie había sido capaz de duplicar. La única salida era sembrar los efectos del preciado líquido.

En cuanto el sujeto abandonase su casa, estarían preparados para *sembrar y cosechar*.

\* \* \*

... Susana le miraba con los ojos abiertos como platos. Estaba claro que sus argumentaciones la habían sorprendido.

—¿Qué estás diciendo? —le interrogó.

—Sólo digo que no creo que ahora sea el mejor momento.

Ricardo la observó, era evidente que esa no era la respuesta que había esperado de él. Y un leve temblor se produjo en el labio inferior, indicativo de que había algo más, algo que ella aún no le había dicho.

—No entiendo tu cambio de actitud —la carga emocional en la voz de Susana era cada vez más apremiante—. Esto era lo que queríamos, lo habíamos planeado y decidido juntos... No se a que viene ese cambio...

Sus manos se crisparon levemente en el volante, estaba claro que sería tan difícil como había supuesto, o incluso más de lo que pensaba. Se volvió hacia ella.

—Mira, yo siempre he sido muy independiente y estoy viendo que cada día que pasa nos estamos volviendo más y más dependientes el uno del otro... —tras una pausa para tragar saliva prosiguió—. Creo que ha llegado el momento de que nos tomemos un tiempo para recuperar nuestra esencia. Que conozcamos a otras personas...

El esperado estallido se produjo.

—¿Estamos cortando? ¿Eso es lo que está pasando? ¿Quieres tirar por la borda ocho años de relación? —le espetó su mujer.

Aunque no era necesario, pues lo sabía con certeza, Ricardo se volvió para mirarla. Esa era la parte que más había temido. Suspiró con la intención de tomar fuerzas. Estaba decidido a seguir adelante con la ruptura a pesar de las lágrimas.

Y empezó a enumerar la lista de motivos por los cuales estaba convencido de que eso era lo mejor para los dos. Una lista que llevaba dos semanas preparando.

Eso fue apenas dos minutos antes del choque...

\* \* \*

Ricardo se despertó gritando. Abrió los ojos y se incorporó con brusquedad. Había vuelto a tener la misma pesadilla. Al principio fue incapaz de recordar nada, se sentía completamente desorientado y, sin poder evitarlo, se echó a llorar.

Casi todas las noches la colisión se repetía en sus sueños. En esas pesadillas revivía la escena con cruel lentitud.

Las lágrimas se fundían con el sudor de su rostro.

La tristeza le atormentaba todos los días, se sentía inmerso en una constante apatía. Lo único que deseaba era poder deshacer lo ocurrido. En el momento del accidente habían estado discutiendo. Ricardo se recriminaba por ello. Creía que si no se hubiese dejado llevar por el enfado, habría sido capaz de hacer algo. Quizás hubiese podido aminorar la velocidad del coche a tiempo para reducir el impacto.

Aunque lo peor era que las últimas palabras que le dijo no eran precisamente: «Te Quiero».

¿Por qué tuvo que morir Susana?

Lentamente fue normalizando la respiración.

\* \* \*

La realidad fue abriéndose paso a su alrededor y aunque el dolor no desapareció, si logró relajarse y combatir la angustia que le había provocado la pesadilla.

El recuerdo de su mujer atravesando el parabrisas del coche le asaltó de nuevo. Al intentar esquivar el furgón blindado que invadió su carril en sentido contrario precipitó el coche terraplén abajo. Recordó haber pisado el freno con todas sus fuerzas pero fue inútil. Todo acabó cuando colisionaron contra una enorme roca. Luego la lluvia de cristales acompañada del crujir de todos sus huesos como si le hubiese embestido un rinoceronte.

Ver a su mujer tendida sobre el capó del coche encima de un creciente charco de sangre le hizo desentumecerse, intentó salir del vehículo pero su pie derecho estaba atrapado entre los retorcidos pedales, por mucho que forcejeó no pudo librarse.

Dominado por la angustia y la impotencia gritó y llamó a su esposa. Se estaba desangrando delante de él y no podía hacer nada para ayudarla. Frenético y desesperado buscó su teléfono móvil, no recordaba donde lo había puesto, registró sus bolsillos, siempre lo llevaba encima, ¿por qué era incapaz de encontrarlo? En un momento de lucidez recordó haberlo dejado en el clip del manos libres, sin embargo no estaba allí. Finalmente lo vio en el salpicadero, en la esquina del lado del acompañante, intentó incorporarse, pero su pie aprisionado le impedía alcanzarlo, tan solo podía rozarlo con la punta de los dedos. Desde esa postura pudo ver una enorme fractura en la cabeza de su mujer dejando al descubierto parte del cerebro. Mientras miraba, unos continuos temblores sacudieron el cuerpo de su esposa, verla en ese estado desató la locura, entre lágrimas y sin parar de repetir su nombre, se agarró en el marco del destrozado parabrisas que le clavó con rabia decenas de cristales, como si le estuvieran mordiendo la mano y haciendo palanca con el techo tiró con fuerza hasta que el crujido de los huesos astillándose se ahogó por el grito de dolor, angustia y desesperación. Liberar su pie derecho le costó rompérselo y destrozarse la rodilla al doblarla en sentido contrario. Apenas fue capaz de mantenerse consciente cuando con las manos ensangrentadas cogió el móvil y entre sollozos llamó al servicio de emergencias.

\* \* \*

Intentar recuperar cuanto antes la rutina diaria era lo que todo el mundo le recomendaba, aunque para Ricardo hacerlo tenía visos de ser una tarea hercúlea. Harto de estar encerrado en su casa con todas aquellas fotos recordándole su pérdida, insinuando su culpa. Moverse con las muletas no era una tarea fácil, aún así su necesidad de salir y despejar su mente era imperiosa.

Sin saber muy bien con que fin, sus pasos le habían conducido hasta el taller mecánico donde descansaban los restos del coche, a la espera de que el agente del seguro evaluara los daños. Al entrar en la nave industrial y tras cruzar varias hileras de vehículos con las tripas al aire, en el extremo más alejado, el dueño del taller estaba hurgando en el vehículo siniestrado.

El mecánico se sobresaltó al verlo, en su mano sostenía un estrecho tubo de plástico transparente.

—No debería hacer esto, pero te conozco desde hace muchos años —le confesó visiblemente inquieto—. Deberías llamar a tu abogado, en unos minutos informaré a la policía que el tubo del líquido de frenos fue manipulado.

La incredulidad se dibujó en el rostro de Ricardo, no lograba comprender lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué quieres decir con manipulado? —preguntó cada vez más nervioso.

Le enseñó el tubo indicándole un punto a mitad del mismo en el que se veía un

corte limpio.

—Alguien lo seccionó lo justo para que se vaciara lentamente.

Un miedo atroz se fue apoderando de él. ¡Alguien quería matarlos! Con el pánico instalándose en su corazón salió del taller tan rápido como le permitían las muletas y su pierna escayolada, sin prestar atención a los ofrecimientos de ayuda del dueño del taller.

En su cerebro bullían miles de pensamientos desordenados, que se movían bajo la batuta del creciente miedo. La imagen del furgón blindado parado en lo alto del arcén. Todo ello desencadenó una desbordante sensación de estar viviendo la peor paranoia sin sentido. *¿Quién? ¿Quién había manipulado su coche y enviado al furgón blindado con la intención de matarlos?*

En cualquier momento podían volver a atentar contra él y acabar con su vida como habían hecho ya con la de Susana. En aquel maremágnum de emociones despuntó una sola idea, esconderse, refugiarse en su casa, cerrar todas las entradas posibles y encerrarse en su interior.

\* \* \*

Los hombres del furgón blindado vieron como Ricardo Gutiérrez cruzaba la calle moviéndose precariamente con las muletas, tan solo era cuestión de esperar a que entrase en la casa.

El más anciano de los seis introdujo unos trozos de carne cruda en una bolsa de plástico que después guardó en el bolsillo. Mientras el resto del equipo preparaba las pistolas eléctricas Taser, varias escopetas y lazos.

Tras comprobar que todo el equipamiento estaba en orden y tan sólo unos segundos después de que Ricardo entrase en la casa, descendieron del furgón blindado dando los últimos retoques a sus chalecos acolchados y cascos. Asegurándose que no quedaba ninguna parte de su cuerpo al descubierto. El más veterano daba las indicaciones al resto, con unos rápidos gestos ordenó a tres de ellos cubrir las entradas posteriores del chalet, mientras él y otros dos se apostaban en la parte delantera.

—¿Por qué el jefe nos llama *Cosechadores*? —quiso saber el más novato mientras seguía de cerca a sus dos compañeros.

El más anciano se volvió hacia él y sonrió mostrando su dentadura mellada.

—Porque *Encantadores de zombis* no es profesional y revela demasiado.

\* \* \*

Al llegar a su casa Ricardo abrió lentamente la puerta. Ante sus ojos apareció su esposa, con la frente llena de sangre reseca. En la pálida carne putrefacta podía verse

a los gusanos devorándola. Lentamente, y con paso torpe, se acercó al petrificado Ricardo, le rodeó con sus brazos.

Aunque hubiese querido, no pudo evitar el abrazo. Sintió los dientes de aquella monstruosidad, rozando su cuello...

## La Mano en la Ventana

Con todo su peso cayó la bestia volcando la silla, pero la sonrisa de su rostro desapareció al comprobar que no le atacaba, estaba tendida sobre él, inerte, impidiéndole moverse. Para su sorpresa comprobó que una flecha atravesaba la cabeza del animal. Y no pudo reprimir soltar lágrimas de impotencia.

De entre la maleza vio surgir a su hijo Julián y en una mano sostenía un arco.

\* \* \*

Julián tensó el arco de nuevo, inspirando al mismo tiempo, en realidad no sabía que había en aquel simple acto que conseguía calmarlo como nada lograba hacerlo. Quizás sentir la tensión del arma y la forma en que después la dejaba escapar convirtiéndola en fuerza para impulsar la flecha. Toda una lección de filosofía. Quizás lo único que deseaba era precisamente eso, poder convertir toda la tensión que había en su vida en la fuerza necesaria para hacer lo que realmente le gustaba.

Un simple gesto de sus dedos liberó la cuerda. En segundos la flecha se clavó en la diana, sonrió con satisfacción. En aquel momento solo existía su conexión con el arco. De forma automática su mano derecha se apoderó de otra flecha del carcaj que pendía en su pierna. Tensó la cuerda siguiendo el mismo ritual, reteniendo el aire unos segundos antes de dejarlo ir, tiempo más que suficiente para convertirse en uno con el arco. Solo él y su arma, todo lo demás, los problemas en Robotics International, los maltratos de su padre, el peso de sus cuarenta y cinco años, la sensación de haber estado viviendo una vida que pertenecía a otra persona, una vida que no era la que él había soñado, todo se desvanecía.

Dejó ir la flecha y sintió como si todas esas partes negativas de su vida estuvieran atadas a ella y las arrancara fuera de sí mientras volaba en su relampagueante trayectoria hasta clavarse en el centro de la diana a escasos milímetros de su anterior tiro.

Sintiéndose más ligero y optimista logró esbozar una sonrisa, mientras caminaba hacia la diana a recuperar las flechas. A aquellas horas de la noche era el único que hacía uso de las instalaciones del campo de tiro, por lo que ni se molestó en avisar de su avance hacia la diana central de las cinco que había dispuestas en la cancha de tiro.

Mientras arrancaba las flechas, la idea que le rondaba desde hacía días surgió de nuevo como un corcho que se niega a hundirse. Una expedición. Ir a algún lugar lejos, no sabía muy bien donde, pero la idea de explorar alguna selva, alejado de todo el mundo, sobretodo de su padre...

Quedó petrificado un segundo y colocó las flechas en el carcaj, frenético rebuscó en sus bolsillos.

«¿Por qué no ha sonado la alarma?».

Sus dedos aferraron el móvil y maldijo varias veces mientras corría hacia los vestuarios.

Llegaba tarde y eso solo podía significar algo. ¡La paliza sería irremediable!

\* \* \*

La primera vez que Julián se fijó en la casa abandonada iba de camino a la de su padre. Y aunque la mano en la ventana no la vería hasta unos días más tarde, aquella primera vez ya le llamó la atención. En realidad no era más que una de las muchas casas de dos plantas que conformaban la estrecha callejuela, adoquinada de forma irregular, en la que vivía su padre.

—¡Eso son fantasías! ¡Nunca haces nada! ¡Tú no eres nada! ¡Eres una mierda incapaz de cambiar correctamente unos pañales! —le espetó su padre al tiempo que soltaba perdigones de saliva.

—¡Qué sabrás tú! —mirándolo de soslayo.

—¿Qué has hecho tú para merecer algo así? —arremetió de nuevo al tiempo que le arreaba en el hombro con su bastón de empuñadura plateada.

Levantó las manos para protegerse de la lluvia de bastonazos, que le zurraba aquel viejo huraño.

—¡Basta papa! ¡Me estás haciendo daño! —movido por el instinto su mano se alzó en un claro movimiento amenazador, que no llevó a cabo. Por unos instantes permaneció así mientras sus ojos chispeaban como un volcán en erupción.

—¡Venga! ¡Atrévete si tienes cojones! —tronó la voz de su padre.

Un segundo después bajó la mano, con los lagrimales a punto de desbordarse.

—¿Por qué me haces esto? ¿Por qué? ¡Maldita sea soy tu hijo!

Fue menos de una fracción de segundo, pero le bastó para ver en ese brevísimo lapso de tiempo como el rechoncho rostro se relajaba dejando paso al hombre que él recordaba. Lo siguiente fue un golpe seco en la rodilla que le obligó a doblarse en una respuesta refleja, mientras por el rabillo veía reaparecer la maligna expresión de siempre en aquel rostro arrugado.

—¡Porque eres un cobarde! ¡Nunca serás nada en la vida!

Apaleado y con el espíritu quebrado lo dejó sentado en el oscuro salón. Sus gritos de reproche resonaban con fuerza mientras huía por el pasillo hacía la calle. Si no se marchaba acabaría cometiendo una locura.

Al cerrar la puerta sintió su cuerpo más ligero. Como si hubiese llevado el peso del mundo sobre sus hombros y de repente hubiese desaparecido. La callejuela se extendía serpenteando en grises y desgastadas piedras. Las sombras la dominaban casi por completo a aquellas horas de la noche, salvo en aquellas zonas donde estaban las pequeñas farolas. Detestaba pasar por allí cuando ya había oscurecido, la mala

iluminación le confería un aspecto demasiado siniestro. Y para colmo estaba la casa abandonada, no tenía ni idea de por qué razón antes no se había fijado, pero lo cierto era que desde que reparó en ella le producía una sensación que le erizaba el vello de la nuca y al mismo tiempo le atraía. A medida que se acercaba fue disminuyendo la velocidad de sus pasos, se alejó todo lo que pudo de la puerta de entrada, no tenía contrapuerta que cubriera el cristal de la hoja derecha. Aún así la oscuridad impedía ver el interior del salón. Por unos breves momentos Julián quedó paralizado al otro lado de la calle. Creyó haber visto moverse algo en el interior de la casa. Tenía casi la certeza de haber visto una sombra con forma humana moverse en aquella boca de lobo en que se convertía aquella habitación cuando caía la noche. La imperiosa necesidad de alejarse cuanto antes de allí vino acompañada de la idea de un peligro acechando, algo intentando atraerle al interior de aquel lugar.

Sus pies decidieron que no deseaban quedarse a comprobar si aquello era solo producto de su imaginación o si era real. En cuestión de escasos minutos cruzó toda la callejuela y las dos siguientes, únicamente cuando llegó a la plaza donde se alzaba la imponente catedral se sintió lo suficientemente a salvo para dejar de correr, su corazón acelerado se batía en latidos de angustia y temor. Al parar un sudor frío recorrió todo su cuerpo.

Mientras miraba la bocacalle por la que había llegado, su corazón no parecía dispuesto a detener su alocada carrera. Escrutaba el interior de aquella negrura ¿Había sido real? ¿Cómo podía saberlo? Se echó a reír histérico y lentamente el golpeteo que sonaba en su pecho empezó a reducir su ritmo.

\* \* \*

Un murmullo recorrió la sala de reuniones de Robotics International.

—¿Inteligencia colectiva? ¡Explícate! —le urgió Isaac al tiempo que con el dedo anular se ajustaba las gafas sobre el puente de la nariz.

—En realidad el concepto es fácil, doy por supuesto que conocéis el programa SETI.

Se sentía aguijoneado por todos lados, había conseguido su propósito la atención de todos los presentes estaba centrada en él, clavándose en sus palabras.

—¿Qué tiene que ver el SETI con la Inteligencia Colectiva? —interrogó Yolanda.

—Sí tienes que preguntarlo es que no lo conoces bien —afirmó Julián con ironía—. El SETI registra una ingente cantidad de datos todos los días que necesitan ser procesados, pero el problema es que no existe un ordenador tan potente como para manejarlos. Para procesarlos los dividen en pequeñas secuencias y los reparten entre...

... todos los ordenadores de Internet que usan su programa —terminó el hombre de los tejanos raídos—. Los ordenadores son independientes pero en su conjunto

conforman el mayor computador que se haya creado nunca.

—Cada unidad podría ser independiente, pero formaría parte de una red colectiva obteniendo así una potencia de procesamiento de datos mucho más superior que ella sola. Y cada nueva unidad fabricada pasaría a aumentar la potencia del colectivo.

Un silencio de admiración llenó la sala.

—Acompáñame a mi despacho —le indicó Isaac Koyifu—. Quiero que profundicemos en esa idea.

\* \* \*

En el despacho de Isaac Koyifu habían instalado una pantalla del tamaño de la pared, iba alternando imágenes de paisajes acompañados de una suave música de corte clásico. Se aproximó a su mesa al tiempo que le indicaba a Julián que se sentara en una de las butacas.

—¡Observa con detenimiento esta simulación!

Las imágenes de la pared desaparecieron dejando paso al típico escritorio del sistema Linux.

Pulsó varias teclas y se inició la secuencia del simulador, en ella se veía un círculo que se desplazaba por la pantalla.

—¿Te acuerdas de los famosos Tamagochis? —quiso saber Isaac.

—Por supuesto. Hace algunos años tú desarrollaste la versión 3.6.

—Bien pues te presento a la versión 10.5, como ves es un poco guarro, va dejando sus excrementos por todas partes.

Julián dejó escapar una breve risa.

—Bien, pues observa que ocurre si añado una caja con arena virtual.

Lo que ocurrió le dejó sin habla, no daba crédito a lo que veía, el bichito virtual se acercó a la caja, examinándola unos segundos. Tras eso el único lugar donde depositaba sus defecaciones era en la caja de arena.

—¡Ha aprendido el sólo! —se le estaba acelerando el corazón.

—Así es, aunque aún es muy básico por fin tenemos un algoritmo capaz de hacer que la I. A. sea capaz de aprender por si sola. Y no solo eso, si le añadimos tu inteligencia colectiva, cualquier otra I. A. que este interconectada con ella, aprenderá lo mismo al instante, sin que tenga que realizar ninguna deducción nueva.

Sin duda aquel avance era impresionante.

—Cualquier unidad tendrá acceso a lo aprendido por las otras, pudiendo usarlo para solucionar problemas similares, aumentando así su capacidad de responder ante situaciones nuevas —concluyó Isaac.

El rostro de Julián se fue ensombreciendo poco a poco, hasta que expresó en voz alta las dudas que empezaban a asaltarle.

—Eeh, Isaac, ¿no puede esto ser peligroso? Es decir, esta capacidad de

aprendizaje, de autoreprogramarse, ¿no puede volverle demasiado inteligente? Y si le añadimos la red colectiva su capacidad aumentará exponencialmente, ¿no le convertirá en demasiado inteligente? ¿Qué le impedirá deducir que no debe obedecer nuestras órdenes si es más listo que nosotros?

—¡Oh, venga ya! ¡No hablarás en serio! —Isaac lo miraba con incredulidad—. Obedecerá nuestras órdenes porque estará en su programación.

—¡Pero puede reprogramarse! ¿Qué le impedirá borrar esas líneas del programa?

—¡No te entiendo! ¿Qué sugieres? ¿No te das cuenta de lo grande que es esto? ¿De veras quieres que abandonemos?

—Deberíamos hacer algo, no sé, algo como las tres leyes de la robótica, implementarlas desde ahora, con un seguro antiborrado —expuso tras un corto silencio.

La incredulidad de Isaac fue cada vez mayor.

—¡Por favor! ¡Eso no es más que ciencia ficción! Tus miedos se basan en noveluchas baratas, no hay motivo para tener miedo, no estamos creando ningún Frankenstein que vaya a rebelarse contra nosotros. ¡Se realista!

En ese momento Julián ya supo que no seguiría allí por mucho más tiempo, a lo sumo unos días como mucho. Estaba convencido de que era peligroso no inscribir de forma permanente una serie de instrucciones imborrables que impidieran a la I. A. actuar contra la humanidad.

Abandonó el despacho de Isaac muy abatido, en los meses que había estado trabajando en Robotics International, nunca había visto la soberbia que acababa de ver en Isaac Koyifu y tenía la certeza de que esa sería la causante de su perdición.

\* \* \*

—¿Diga? —su boca era como si estuviera hecha de arcilla mojada.

—Julián, llama a una ambulancia me estoy... —la línea se cortó, sin embargo había reconocido la voz de su padre.

En cuestión de segundos se levantó de la cama y con la rapidez que proporciona el subidón de la adrenalina apenas tardó unos minutos en cruzar la ciudad. Manejó su coche por las desiertas calles como si estuviera en un circuito de Fórmula Uno, ni se molestó en plantearse si podía o no meter el coche por la callejuela, aún a riesgo de quedar encallado en alguna de aquellas estrechas curvas. Saltó del coche y entró en la casa de su padre casi en el mismo movimiento, con las llaves ya en mano, lo primordial era no demorarse, quizás esos segundos podrían ser los que salvaran o condenaran la vida de su padre.

La negrura del pasillo apenas le permitía ver, no obstante no se permitió esperar a que sus ojos se acostumbraran a la falta de luz para intentar buscar el interruptor, se adentró sin pensarlo.

—¿Papá?... ¿Papá?...

Su preocupación fue aumentando al no recibir ninguna respuesta. Cruzó el salón esquivando la butaca y la mesita de centro. Al fondo estaba el pequeño pasillo que conducía al dormitorio de su padre y al cuarto de baño. Por debajo la puerta cerrada del dormitorio se filtraba una estrecha franja de luz. Entró como un huracán esperando encontrarse con el peor panorama que su mente era capaz de imaginar, entraría y lo vería tendido, pálido, muerto por culpa de su lentitud en acudir a él, por su egoísmo al no querer quedarse a vivir en aquella casa.

Efectivamente halló a su padre tendido en la cama, sin embargo, no estaba pálido y ni mucho menos muerto, su mano derecha apoyaba el dorso sobre la frente y con los ojos cerrados gemía de forma casi inaudible.

—¿Papá? —se abalanzó sobre él—. ¿Qué te pasa?

—¡Me estoy muriendo! ¡Siento como la vida se me escapa! —gimió al tiempo que entreabría los ojos.

—¿Puedes levantarte?

Con mucho cuidado le ayudó a ponerse de pie, el esfuerzo fue tenso ya que en los últimos años, desde la muerte de su madre, su padre había llenado el vacío que sentía con la comida de tal forma que su cuerpo se había convertido en una enorme pelota, a la que sus delgadas piernas apenas sostenían.

Cogió el bastón de la empuñadura de plata con recelo, un escalofrío recorrió su espalda. Odiaba aquel bastón. Si no fuera porque su padre lo necesitaba para andar lo rompería en ese instante en varios pedazos. En realidad, no hizo nada de aquello que bullía en su mente. Con un largo suspiró se lo alcanzó para que se apoyara en él.

—Papá ¿Te has acostado vestido?

Una mano de su padre aferró con fuerza el bastón, la otra se agarró en su brazo del que tiró hacía abajo, la sensación que tuvo fue como si trataran de desmembrarlo y le pareció que si la tensión duraba algunos segundos más acabaría dislocándole el hombro.

—¡Pues claro que sí! ¡Eres muy lento! ¡Ni siquiera has llamado a la ambulancia antes de venir! —el tono ya no era en absoluto el gemido de hacía apenas unos minutos.

Julián retrocedió levantando las manos.

—¡Espabila! ¿Acaso crees que mi corazón esperara a que tu estés despierto?

—No, no, por supuesto —bajó las manos al tiempo que se volvía para abrir la puerta del dormitorio.

El primero le rozó la oreja antes de estrellarse contra la clavícula, los siguientes bajaron por la espalda machacándole las vertebrae con fuertes punzadas de dolor.

—¡Muévete! ¡Me estoy muriendo! —vociferó mientras el bastón volvía a subir y bajar varias veces.

Se escabulló con rapidez al salón, en busca de la silla de ruedas. Parecía un perro apaleado corriendo delante de su dueño. Aquel pensamiento lo entristeció.

Acomodarlo en el coche para llevarle a urgencias fue una tarea incluso más dolorosa que los bastonazos. Ver los ojos de satisfacción de su padre mientras se colgaba de su brazo izquierdo con todo su peso para dejarse caer suavemente en el asiento del vehículo le confirmó la triste realidad. Aquel hombre disfrutaba con la constante tortura a la que lo sometía. Por enésima vez se preguntó dónde estaría el padre que él recordaba de su niñez y por enésima vez obtuvo la misma respuesta, su padre murió el mismo día que su madre. Los lazos de la depresión empezaban a enroscarse de nuevo en sus tobillos, si fue duro perder a su madre, más duro resultaba admitir que en realidad los había perdido a los dos.

\* \* \*

Entró en la sala de urgencias como una tromba de agua. El enfermero de guardia se sobresaltó. Desde que lo habían trasladado desde el Hospital Central de SanBernardo había podido dormir todas las noches sin interrupción, no había sido así en su anterior destino. Esa era la primera vez desde su llegada en que alguien entraba por aquella puerta a altas horas de la noche. Miró con los ojos entreabiertos el rostro angustiado del hombre que le hablaba atropelladamente desde el otro lado del mostrador. Sus neuronas necesitaron algunos minutos para comprender que le estaba pidiendo ayuda y una silla de ruedas para llevar a su padre enfermo. Fue como si un click sonara en su cerebro y todo su cuerpo se despejó, rodeó el mostrador y sin tener que pensarlo entró en la puerta a la derecha de la barra, segundos más tarde salía con una silla de ruedas y se dirigía a la puerta de entrada. Por sus venas ya corría el agradable bullicio de la adrenalina que le impediría dormirse el resto del turno. Antes de salir de su puesto había pulsado el botón de emergencia que estaba situado debajo de la mesa, de ese modo cuando entrara con el paciente el resto del personal de emergencia, incluido el médico de guardia, estarían despiertos y apunto para recibirles.

Aunque al principio no le gustó en absoluto que no le dejaran acompañar a su padre, al final sintió alivio, poco a poco su cuerpo se fue relajando, se dejó caer en uno de los muchos bancos del lugar, daba la impresión de que quien diseñó la sala esperaba que se abarrotara de enfermos todos los días. Se inclinó descansando los codos sobre sus rodillas y apoyando la cabeza entre sus manos, ni siquiera intentó impedirlo, dejó fluir sus lágrimas y con ellas dejó que la depresión fluyera desde su interior, nunca se había sentido tan sólo, no tenía con quien compartir sus logros, sus ilusiones y proyectos. Le dolía profundamente no poderlo compartir con su padre; si por una casualidad se le ocurría contarle todo aquello, sería capaz de darle la vuelta y convertirlo en algo negativo. Nada de lo que hiciera o dijera era bueno para él. Desde

la muerte de su madre lo único que había recibido de su padre eran golpes e insultos.

El suave tacto de una mano sobre su hombro le sacó de sus pensamientos. Levantó la cabeza al tiempo que se secaba las lágrimas con el dorso de la palma. El enfermero que le había atendido lo miraba con aquellos brillantes ojos miel.

—Puedes pasar a verlo —le anunció esbozando una ligera sonrisa.

—¿Cómo está?

—Se pondrá bien —le acompañó hasta las puertas deslizantes que franqueaban el paso a la sala de emergencias—. No ha sido nada.

Con pasos indecisos se adentró en el largo pasillo de paredes blancas que se abría ante él. Una extraña sensación de querer correr hacía el encuentro de su padre y el deseo de retrasarlo tanto como pudiera le sacudió el interior. Una de las cosas que más odiaba de las emociones era que pudieran darse sentimientos tan contradictorios y con demasiada frecuencia, eso y la rapidez con que podía pasar de sentirse en la cima del mundo a estar hundido en el fango más absoluto.

No tuvo que llegar hasta el final del pasillo como había deseado, una enfermera pelirroja surgió por detrás de las enormes cortinas que hacían la función de puertas en cada uno de los diferentes cubículos. Le sonrió con suavidad apartando la cortina para dejarle pasar.

—El médico vendrá enseguida.

La imagen de su padre, tendido en aquella cama con un montón de electrodos a su cuerpo fue muy dura. Estaba convencido de que a pesar de lo que le habían dicho su padre no saldría de esa y que sería la última oportunidad de hablar con él. Como no queriendo perturbar el reposo de su padre se acercó con sigilo.

—¿Papá? —susurró—. ¿Cómo te encuentras?

—¡Me estoy muriendo! —gimió con un hilillo de voz.

Un fuerte desasosiego le ató dos nudos. Uno en la garganta y otro en el estómago, de un momento a otro perdería el control y se echaría a llorar de nuevo. Una voz le llamó desde las cortinas.

—¿Julián? ¿Puedo hablar con usted un segundo?

De pie entre las cortinas estaba un joven con batín blanco y por la placa identificadora que llevaba prendida dedujo que sería el médico de guardia. Temeroso de las malas noticias que pudieran darle, se alejó de su convaleciente padre arrastrando los pies. Todo su mundo se sostenía sobre sus hombros y si él caía todo se hundiría a su alrededor. Cada músculo de su espalda se estaba endureciendo debido a la tensión acumulada.

—Hola, soy Javier Gracia el médico de guardia —se presentó al tiempo que con la mano izquierda le indicaba el pasillo para que se alejaran del cubículo donde estaba su padre.

—¿Cómo se encuentra? ¿Se pondrá bien? —le acribilló a preguntas—. ¿Qué le

ocurre?

El médico lo miró con cierta duda, la expresión estaba relajada y sin preocupación.

—Verá, Julián ¿Cuáles eran los síntomas que observó en su padre al traerlo aquí?

Al principio no lo captó en absoluto y sólo pudo balbucear.

—¿Síntomas? ¿A qué se refiere? Ha tenido un infarto ¿no?

Poco a poco, su mente iba percibiendo el motivo por el cual aquel joven médico se estaba sintiendo incomodo al hablar con él.

—Verá, Julián. Hemos realizado todo tipo de pruebas en su padre y no hemos hallado ningún motivo por el que pudiera preocuparse, tiene los achaques normales para alguien de su edad...

Carraspeó como si un cristal se hubiese clavado en su garganta y le doliera seguir hablando, a la espera de que fuera el propio hijo quien descubriera por si solo lo que estaba intentando explicarle, a lo cual demostró ser bastante receptivo.

—¿Me está diciendo que no le pasa nada? —inquirió señalando la habitación donde estaba su padre sin saber muy bien como tomárselo. Apenas hacia unos minutos estaba llorando ante la posibilidad de que su *amado* padre muriera para minutos después acabar descubriendo que en realidad estaba fingiendo—. ¿Por qué iba a hacer algo así?

—Bueno, sinceramente no es el primer caso que nos encontramos...

Le miró con cierta incredulidad, pero aunque sentía como le crecía el rechazo hacía aquel hombre sabía que no era nada descabellado.

—Gracias por atendernos —casi sentía vergüenza por lo ocurrido.

—Si quiere sentirse más tranquilo podemos hacerle otro TAC.

—Se lo agradezco, pero no creo que haga falta —cruzó las cortinas de separación. Y por primera vez la sensación de empatía, de compasión, comprensión por la eterna amargura de su padre se desvaneció, y no sólo se había ido, había sido sustituida por rencor, y para su sorpresa iba creciendo.

Se acercó a la cama. Verlo tendido como si tuviera un pie en la tumba, casi le volvió a conmovier. Mientras la enfermera le retiraba los electrodos, un brillo en la pared le llamó la atención. Lo que vio reavivó el rencor. Allí apoyado como si estuviera burlándose de él estaba el maldito bastón con el que le había pegado tantas veces, sintió la tentación de cogerlo y devolverle unos cuantos golpes. Sin embargo tragó saliva, como si intentase ahogar ese nuevo sentimiento hacia su padre.

La enfermera salió del cubículo llevándose el equipo.

—¡Papá! Despierta que nos vamos —lo zarandeó con una suavidad que incluso a él mismo le sorprendió.

Sin mediar palabra le ayudó a incorporarse, cuando agarró de su hombro notó un leve crujido en su dorsal, la realidad se volvió a hacer patente ante sus ojos, la

realidad de que su padre se colgaba de su brazo sin buscar otro punto de apoyo, como si fuera una cuerda del techo e intentara trepar por ella. Se preguntó si aquello también lo haría a propósito, si fingiría no poder levantarse. Un segundo crujido sonó y cuando por fin la tenaza formada por las manos de su padre liberó su hombro, notó que sus músculos se agarrotaban y crujían al moverse, la contractura era inevitable.

\* \* \*

Cerró con un portazo, ya no aguantaba más, aquel constante desprecio. Era superior a sus fuerzas y con cada garrotazo crecía su odio. Se apoyó en la puerta de la calle. Desde el interior de la casa se oían los incesantes gritos de reproche, se prometió que aquella había sido la última vez que se lo permitía.

Después del numerito del supuesto infarto la había emprendido a golpes, sin embargo más aún le habían dolido sus palabras, que aún gritaba y se oían a pesar de la puerta y la distancia que los separaba.

—¡Eres una vergüenza de hijo! ¡Ni siquiera llamaste a la ambulancia! ¡Ojalá no hubieses nacido! —aquella última frase barrió el poco amor que ya le quedaba, aún así prefirió salir corriendo pues de haberse quedado lo habría molido a palos con su maldito bastón y sin ningún remordimiento se recreó en la visión de destrozarle el cráneo con la empuñadura de plata, golpeándole una y otra vez sin parar.

El ruido seco de unos golpes le devolvió a la realidad, se sintió desconcertado pues no se veía a nadie en la calle, empezaba a amanecer y reinaba una tranquilidad inquietante. Estaba convencido que habían sido imaginaciones suyas cuando los golpes sonaron de nuevo, algo golpeaba un cristal, y o mucho se equivocaba o el ruido provenía de la casa abandonada.

Sintiendo como si una extraña fuerza lo estuviera llamando en cuatro pasos se plantó frente el viejo edificio. Los cristales de la puerta estaban llenos de manchas de barro y polvo, aún así se podía vislumbrar el salón interior y al otro lado del mismo una ventana empezaba a filtrar un tenue rayo de luz procedente del patio. Allí, vio la ensangrentada mano golpeando el cristal, desde que la vio tuvo la certeza de que era la de una mujer, aunque el resto del brazo desaparecía detrás de la pared.

Sin saber que lo que estaba a punto de hacer iba a cambiar por completo su vida y su mundo, empuñó el picaporte de la puerta y lo accionó, no le sorprendió en absoluto que la puerta se abriera sin problemas. Le recibió una nube de polvo que flotaba de manera permanente en aquel rancio salón que cruzó con rapidez, para llegar hasta el patio. Lo que allí le aguardaba era más de lo que se había imaginado, a través del cristal vio el cuerpo ensangrentado, su vestido de color violeta estaba ajado y salpicado de manchas rojas, a la altura del pecho presentaba una zona completamente desgarrada que mostraba profundas heridas paralelas de las que continuamente brotaba sangre. Aturdido como estaba buscó una puerta para acceder

al patio, el cuerpo de la joven estaba cada vez más pálido y si no la ayuda sin duda moriría.

—¡Ya viene...! —musitó la mujer con las pocas fuerzas que le quedaban—. ¡Huye! ¡Ponte a salvo!

La sensación de urgencia se hizo mayor, cuando un ruido resonó entre los árboles. El sonido se repitió, más cerca, lo suficiente cerca como para tener la certeza de que se trataba de un estremecedor rugido de una enorme bestia.

Al principio no estuvo seguro de lo que había visto, fue como un borrrón naranja surgido de entre las lianas y los árboles, que se abalanzó sobre el moribundo cuerpo, lanzó un fuerte bramido de victoria alzó sus enormes fauces pobladas por cientos de dientes en forma de sierra y de un golpe certero arrancó la cabeza a la desconocida. Ver a aquel monstruo con el cuerpo de un león gigante y de enormes mandíbulas que masticaban la cabeza, como un perro saboreando un hueso con goterones rojos cayéndole por la barbilla, le provocó una fuerte náusea de la que únicamente escupió saliva y bilis.

Retrocedió horrorizado aquel monstruoso ser había levantado la cabeza encarándose con el cristal, el negro hocico se movía olisqueando, Julián tuvo la certeza que había notado su presencia, sin embargo por alguna razón no parecía verlo a través de la ventana. Tras unos minutos de estar a la expectativa aquella extraña criatura se tendió a terminar lo que había empezado. Mientras devoraba los restos de su víctima, entre mordisco y mordisco, empezó a ronronear.

Con suma cautela Julián se fue alejando de la ventana, tenía que salir de allí, alejarse de la locura que acababa de ver. De ningún modo podía ser real, tenía que tratarse de alguna pesadilla o alucinación de la que despertaría en cualquier momento, sí, tenía que tratarse de eso, lo más probable es que se hubiese quedado dormido en la sala de espera de Urgencias del hospital y en cualquier momento lo despertarían para explicarle como se encontraba su padre. Sin saberlo el germen de una idea ya se había plantado en su interior, una oscuridad creciente, un modo de ser libre. Una escapatoria a todo.

\* \* \*

Guardó el arco desmontado en la funda, había practicado todos los días hasta adquirir una destreza que consideró perfecta, no le resultó tan difícil como había imaginado en un principio.

Tenía que hacerlo aquella misma noche, sus ahorros se habían terminado y acababa de cenar la última lasaña congelada, desde esa noche no volvería a probar comida prefabricada.

Se ajustó el enfundado arco a la espalda, la correa de sujeción le cruzaba el pecho, cogió la pequeña maleta estrecha y alargada que contenía el carcaj con las flechas, sus

puntas de carbono las hacían ligeras y muy veloces. No se molestó en cerrar la puerta del piso, echó un último vistazo al lugar que había sido su hogar y su cárcel en los últimos años, del que sólo salía para trabajar y someterse a la interminable tortura de los desprecios paternos. Pero, ya no más, aquella noche aquella historia se acabaría, nunca más escucharía otro reproche de nadie ni de su padre.

Cruzar la ciudad a pie fue la mejor elección de las últimas noches. El aire se percibía fresco, daba la sensación de que en un momento u otro estallaría la tormenta, le gustaba aquel ambiente previo, aquella calma recorría todas las calles de la ciudad. La plaza de la catedral estaba desierta, un silencio hechizado dominaba aquel lugar. En la distancia se oyó el ruido de un coche cruzando la avenida al otro extremo del caso antiguo de la ciudad. Allí en la plaza, por primera vez comprendió por qué se construyó la catedral en aquel lugar, ese era el corazón de la ciudad, desde allí se podía percibir todo lo que en ella ocurría y las callejuelas eran como vasos sanguíneos conectados al corazón que era la plaza en cuyo centro se alzaba majestuosa y vigilante la catedral. La rodeó admirándola, fue como si la viera por primera vez. Y a la luz de las farolas, a altas horas de la madrugada, veía detalles la arquitectura del edificio en los que nunca había reparado. Se adentró en la calle donde vivía su padre, feliz del cambio que se estaba produciendo en su vida, feliz de ser él quien llevara las riendas.

Sorprender a su padre no sería fácil, tenía el sueño ligero, antes de introducir la llave en la cerradura de la puerta de la calle, rebuscó en la maleta donde guardaba el carcaj con las flechas, en uno de los bolsillos laterales encontró la jeringuilla con el sedante, la preparó ajustándole la aguja hipodérmica.

Cruzó el umbral y el pasillo moviéndose con rapidez, sin detenerse ni un instante entró en el dormitorio y le descubrió intentando alcanzar su bastón, no tenía tiempo que perder, la sorpresa que se leía en su cara le daba unos pocos segundos de ventaja. Se abalanzó como un halcón sobre su presa y clavándole la aguja en el muslo de la pierna izquierda le inyectó el contenido de la jeringuilla.

—¿Qué cojones me has hecho? —la sorpresa inicial había dejado paso a la habitual ira.

—Prepárate para el viaje de tu vida, viejo amargado —incluso Julián se sorprendió de su respuesta.

La mano izquierda de su padre tanteó en busca de preciado báculo, sus ojos despedían chispas de rencor, sin embargo para su alivio comprobó como las llamas de la rabia se iban diluyendo, y los párpados de aquellos ancianos ojos se fueron cerrando, en pocos segundos yacía inconsciente, indefenso y por unos breves momentos llegó a sentir verdadera lástima por aquel despojo. Pero por segunda vez el brillo metálico del cayado le devolvió a la realidad, sin pensarlo dos veces lo agarró por la punta de madera, la empuñadura plateada brilló unos instantes por encima de

su cabeza antes de iniciar el descenso, lo estrelló una y otra vez, su cuerpo respondía a toda la furia interior, descargándolo entre lágrimas de alivio, destrozando las baldosas y el odiado bastón, allí a donde iba a llevar a su padre no le haría falta ningún bastón, y aunque lo tuviera no le serviría de mucho.

Salió al pasillo, plegada detrás del televisor estaba la silla de ruedas. Para su sorpresa le resultó más fácil sentarlo en la silla de ruedas estando su padre inconsciente que todas las otras veces que, y ahora lo sabía con certeza, conscientemente se colgó de su brazo cargando todo su peso, el crujido de la contractura del músculo triángulo fue como la reafirmación, la prueba final, de la constante tortura sicológica y física a la que lo había sometido todos aquellos años.

Al principio, cuando se sinceró consigo mismo, tras el falso infarto, sobre cuáles eran sus intenciones hacia su padre creyó que no sería capaz de llevarlo a cabo. Pero en ese momento, mientras empujaba la silla con su padre inconsciente, de camino a su destino, comprendió que en realidad sus estudios, su carrera universitaria, todo formaba parte de los deseos de su padre. Nunca fueron los suyos.

A través de los cristales de la puerta de la casa abandonada se filtraba una luz azulada procedente del patio interior, y aunque por un momento pesó que se encontraría con un patio normal y corriente, el ver aquel fenómeno le confirmó que el extraño otro mundo seguía allí, con la selva y los monstruos que en ella habitaban. Agarró el pomo y lo giró sin contemplaciones, ahora ya nada podía detenerlo, el olor que le dio la bienvenida no fue el mismo que la primera vez que cruzó aquel umbral, esta vez le asaltaron miles de aromas distintos, olores que no había percibido en su vida y que tuvo la certeza de que no eran del mundo *real*, aunque *real* no era el adjetivo más adecuado pues el otro mundo también era real.

Empujó la silla por el salón, que a pesar de su aspecto deteriorado, transmitía un extraño brillo, estaba claro que algo estaba ocurriendo, como si le estuviera dando la bienvenida, en el otro lado comprobó ya casi sin asombrarse que la ventana se había transformado en una puerta, confirmando su sensación, la primera vez aquel lugar le había bloqueado el paso, pero esta vez le abría el camino para que se adentrara en él, invitándolo a explorarlo.

La luz le cegó, se vio obligado a parpadear varias veces hasta que logró que sus ojos se acostumbraran al hecho de que allí fuera de día, miró a su alrededor como un niño que observa el mundo por primera vez, a su espalda se levantaba la pared de la casa cubierta por completo por la hiedra, a través del cristal de la puerta se veía las tinieblas de la noche del otro lado. Ante él se habría una extensa selva que filtraba los rayos del sol de mediodía. Su mente dejó de clasificarlo como algo imposible, puesto que allí estaba. Un sendero se abría paso entre los altos árboles cargados de lianas, un rugido en la lejanía le sirvió de recordatorio del motivo por el que estaba allí. De la rectangular maleta extrajo la jeringuilla que rellenó con la sustancia de una ampolla,

le ajustó la aguja asegurándose de extraer cualquier rastro de aire del interior de la jeringuilla y apuñaló con ella el corazón de su padre, la adrenalina no tardó en hacer efecto despertando anciano.

Sin mediar ninguna palabra, extrajo un pequeño cuchillo de su bolsillo y abrió un corte profundo en el brazo del aún adormilado déspota, la sangre empezó a fluir al tiempo que se desvelaba cada vez más.

—¡Ahí te quedas! Lo único que deseaba era que me quisieras, que estuvieras orgulloso de mí.

No esperó ninguna respuesta. Al tiempo que se encaminaba adentrándose en la selva, extrajo en sofisticado arco, colocó las flechas en el carcaj que había ajustado a su espalda y desapareció entre la espesura. Los salvajes rugidos se iban acercando cada vez más al anciano sentado en la silla de ruedas. La puerta de la pared se había convertido de nuevo en una simple ventana, aquel lugar no parecía dispuesto a dejar salir al viejo tirano.

\* \* \*

Sin duda cualquier otra persona en aquella situación hubiera hecho lo posible por huir, sin embargo esa no fue la respuesta del anciano, de hecho se formó una sonrisa y se arrellanó en la silla a la espera de la llegada del ser que emitía aquellos feroces rugidos. Había llegado su hora y se alegraba por ello, aquellos cuarenta años de amargura y sufrimiento tras la muerte de su mujer por fin estaban a punto de llegar a su fin, y se sentía aliviado por ello.

Un crujido de madera rompiéndose desvió su atención hacia su izquierda, al principio no distinguió nada, tras el ruido el silencio se había apoderado de aquella extraña selva, no sabía cómo había llegado hasta allí ni le importaba en absoluto, lo que importaba era que la muerte que llevaba esperando desde hacía cuarenta años por fin iba a llegar. En ese momento, los vio, dos puntos rojos lo observaban escondidos entre el follaje de las altas hierbas, por su tamaño aquella extraña bestia era de considerable tamaño, como un puma o quizás incluso algo más grande.

Surgió como impulsado por una catapulta, sin duda era un felino, aunque mucho mayor de lo que se había imaginado. El pelaje corto y oscuro le conferían una extraña belleza que se acentuaba por el aspecto diabólico de aquellos ojos inyectados de ira, las enormes fauces con dos hileras de dientes se abrían dispuestas a clavarse en la cabeza del sonriente anciano.

—Por fin, después de tantos años alguien tiene los cojones de matarme.

Con todo su peso cayó la bestia empujándolo hacia un lado y volcando la silla, pero la sonrisa de su rostro desapareció al comprobar que no le atacaba, estaba tendida sobre él, inerte, impidiéndole moverse. Para su sorpresa comprobó que una flecha atravesaba la cabeza del animal. Y no pudo reprimir soltar lágrimas de

impotencias.

De entre la maleza vio surgir a su hijo y en una mano sostenía un arco.

\* \* \*

—Así que de esto se trataba —afirmó Julián—. Te has pasado cuarenta años de tu vida deseando la muerte, amargado porque mama se murió, pero te olvidaste que yo no había muerto, te olvidaste que yo te necesitaba. ¿Acaso crees que no sufrí su muerte? ¡Yo la vi morir! Necesitaba tu apoyo y tu cariño, ¡pero no! Tú tenías que encerrarte en tu amargura y hacerte la víctima. Como si tú fueras el único que sufriera por su muerte.

Se acercó a su padre con los ojos hinchados de rabia y dolor.

—¡Iba a matarte, lo planeé todo! Pero luego al verte sonreír me di cuenta de que en realidad era lo que deseabas. Has deseado morirme todos los días desde que perdimos a mama. Obsesionado con los muertos te olvidaste de los vivos.

—¿Qué vas hacer? ¡Mátame! ¡Te lo ruego, no puedo más! —suplicó su padre.

—De eso nada. Te has pasado tantos años maltratándome y despreciándome que matarte sería darte lo que quieres. Te daré algo peor, te daré la vida solitaria que te has buscado.

Sin hacer caso a sus protestas le obligó a sentarse en la silla de ruedas y lo empujó por el camino, la ventana se transformó de nuevo en una puerta por la que accedieron al interior de la casa abandonada. No pronunciaron ni una sola palabra durante el trayecto por la callejuela camino a la casa de su padre.

Al llegar en el interior del salón Julián le observó con detenimiento, en el fondo sentía lastima por él, aún así no era capaz de olvidar todo lo que le había hecho.

—Espero de corazón que vivas cuarenta años más, porque los vivirás completamente solo —el odio se destilaba a raudales en su voz—. Me voy, y no volverás a verme nunca más. Espero que disfrutes de tu amargura y de la soledad que has estado cultivando todo este tiempo.

Se dio la vuelta y sin mirar a tras dejó allí al anciano amargado en el que se había transformado su padre, no sintió remordimientos, ni ira, todo eso ya había pasado de largo. Caminó tranquilamente por la calle, hasta que llegó a la puerta de la casa abandonada. Cruzó el umbral sin miedo, tal y como había imaginado la ventana del patio interior seguía siendo una puerta, que al acercarse a ella se abrió de par en par dándole la bienvenida. Cogió una de las flecha del carcaj y la ajustó en el arco, estaba listo, sin ansia y sin miedo cruzó el portal, desde ese momento ese era su nuevo hogar. Ya en el otro lado comprobó que la puerta y la pared habían desaparecido, llenándolo de alegría, dispuesto a explorar aquel nuevo y extraño mundo que se desplegaba ante él.

## La Puerta de Atrás

El sonido de la campana del microondas la avisó que la leche ya estaba caliente, con el tiempo había logrado descubrir que necesitaba solamente dos minutos exactos para que el cacao no formara grumos al mezclarlo. Su hija Pilar detestaba los grumos, aunque en realidad ni se notaran al echarles por encima los copos de cereales.

Isabel Rodenas se apoyó en el fregadero, tomó su taza de café que se había preparado hacía una eternidad y se atusó su largo cabello castaño, de todo su cuerpo esa era la parte de la que más se sentía orgullosa, sus largos cabellos, que según Eva, la peluquera de la esquina, era la envidia de todo el barrio. Del resto de su cuerpo no estaba muy orgullosa, pero verse coronada con aquella esbelta y larga belleza marrón compensaba todo lo demás.

Las niñas estaban tardando en bajar del piso de arriba, tuvieron suerte de encontrar aquel chalet de dos plantas, en las afueras de SanBernardo, el agente inmobiliario les contó que los antiguos propietarios fueron un matrimonio que tras el divorcio querían deshacerse de la propiedad a toda costa.

—¡Pilar!, ¡Mercedes!, bajad ya ¡vais a llegar tarde al colegio!

Consultó el reloj, se le estaba agotando el tiempo, si no se daba prisa llegaría tarde a la reunión de la directiva de Robotics International, como accionista mayoritaria era preciso que asistiera. Por segunda vez, y como gesto característico suyo, se pasó la mano la cabellera. ¿Por qué se estaban retrasando tanto en bajar las niñas? Y Javier ¿aún no había salido del baño?

Sin pensarlo subió las escaleras dispuesta a entrar en el dormitorio de las niñas en la planta superior y levantarlas de la cama con un buen tirón de orejas. Por regla general intentaban mantener una moderada disciplina en la casa, pero nunca permitieron que el hecho de haberlas adoptado fuera un impedimento para darles el amor y el cariño que necesitaban. Tampoco se obstinaron en echarse la culpa el uno al otro por no poder concebir, ni se empeñaron en intentar todo tipo de métodos de fertilización, no podían concebir hijos propios y eso era un hecho, por lo que de mutuo acuerdo decidieron que en el mundo habían bastante niños y niñas huérfanos a la espera de encontrar unos padres que los amaran de verdad. Pilar y Mercedes eran de distintos orígenes étnicos, y aunque hubiera podido ser una causa de problemas entre ellas, el resultado fue todo lo contrario, enriqueció su cultura y el aprecio por lo diferente.

El proceso de adopción no resultó en absoluto algo fácil y rápido, en más de una ocasión estuvieron a punto de tirar de la manta, eso era una de las cosas que más irritaba a Isabel, que los propios gobiernos no dudaban en poner trabas burocráticas a pesar de que eran conscientes de la penosa situación de las niñas en aquellos centros. Isabel se negaba en redondo a llamar a aquellos mugrientos antros con el nombre de

orfanatos. Mientras subía los últimos peldaños de la escalera, rememoró las dura discusión que tuvo Javier con el embajador en la República Fragistán. Tras varios años de trámites para lograr la adopción de Mercedes les negaban el permiso de salida de la niña, alegando haber pendiente el pago de una extraña tasa o impuesto. Enfurecido dio un carpetazo en la mesa del embajador con el montón de papeles, registros, permisos y certificados que les habían exigido durante aquellos años. Cada vez más furioso se enzarzó en una retahíla de improperios que hubieran hecho enrojecer al más espabilado hasta que de golpe, y ante la impasible mirada del embajador, se le encendió la bombilla. En realidad no se trataba de la falta de liquidación de ninguna tasa o impuesto, era el imprescindible pago de la correspondiente comisión o más bien soborno para el embajador, una vez arreglado ese escabroso asunto todo lo demás fueron facilidades. En dos días viajaban de regreso en compañía de la pequeña Mercedes que por aquel entonces contaba con apenas dos años.

—¡Niñas os queréis levantar de una vez!, se está haciendo muy tarde —repitió empezando a perder la paciencia y acelerando el paso hacia el dormitorio al final del pasillo donde desembocaba la escalera.

\* \* \*

Al principio se sintió desconcertada aquella no era en absoluto la habitación de sus hijas, allí en el centro de la estancia solo había una cama. Sintió una fuerte punzada en la cabeza, se masajeó las sienes, no tenía tiempo para una jaqueca tenía que saber donde estaban sus hijas.

—¡Javier! ¡Javier! —gritó con la desesperación creciendo en ella, al salir de la habitación todo había cambiado, el aspecto del pasillo era gris y apagado, lleno de puertas que conducían a varios dormitorios idénticos del que acaba de salir. Nada de aquello podía ser real, tenía que tratarse de una pesadilla, de la que despertaría en cualquier momento. Con sumo cuidado y aferrándose con fuerza a la barandilla bajó la escalera, su cuerpo parecía estar perdiendo fuerzas a cada paso que daba. Tras una eternidad llegó al final, la confusión iba en aumento y el pánico era cada vez mayor intentó aferrarse a la única y verdadera ancla de su vida, su marido.

Se conocieron en la universidad. La enorme aulas no propiciaron que se sentaran uno junto al otro, como hubiera ocurrido en cualquier película romántica, ni se cayeron fatal para terminar enamorándose el uno del otro. Isabel observó como escuchaba con verdadero interés sus explicaciones sobre la posibilidad de la creación de auténtica inteligencia artificial. No percibió ningún atisbo de desprecio porque fuera una mujer exponiendo una investigación de alta tecnología, una que quizás cambiara el mundo entero. Sin duda, aquella falta de hipocresía en la ambarina mirada de Javier fue la que despertó aquel sentimiento de simpatía. Eso dio paso a

esporádicos saludos que terminaron por transformarse en amistad y más tarde en verdadero afecto... Se habían casado un dieciséis de Abril y luego nacieron las niñas... ¡Las niñas! ¿Dónde estaban? ¿Dónde estaba Javier?

—¡Javieeeeer! ¿Dónde estás? —su garganta se desgarró como una fina hoja de papel.

¿Qué estaba pasando? Ante ella se presentó una figura resplandeciente, envuelta en una extraña luz blanca, parecía un ángel aunque en el fondo de su ser sabía que iba a hacerle daño, aunque no percibía maldad en aquella extraña y desconocida figura.

—Isabel. Javier y tus hijas murieron hace años —le susurró el resplandeciente ser.

—¡Mientes! —se volvió levantando sus arrugadas y temblorosas manos para cubrir sus lechosos ojos.

Con impotencia exigió a su cada vez más decrepito cuerpo alejarse cuanto antes del deslumbrante ángel, y allí al final del pasillo vio la puerta de atrás, de un brillante color dorado la estaba llamando, susurrándole que cruzarla era su única escapatoria a aquella locura.

No sabía por qué pero tenía la convicción de que aquel extraño ser no le impediría cruzar la puerta dorada, como si supiera de antemano lo que había tras ella.

Su delgados dedos aferraron con temor el esférico pomo de la puerta, por un instante creyó que no cedería, que estaría cerrada por el otro lado y que nunca volvería a ver a su marido ni a sus queridas hijas, las echaba tanto de menos. El instante en que cernió su débil mano en la empuñadura sintió como una ligera descarga recorría su cuerpo, una descarga rejuvenecedora. Giró el pomo y con cierto temor abrió la puerta de atrás, lo siguiente fue una cálida y reconfortante luz que la cegó y la envolvió por completo, cuando su pie derecho cruzó el umbral sintió como si un millar de suaves manos la empujaran al interior, como si la hubiesen estado esperando durante miles de años. Incluso algunas de ellas le resultaron familiares. La puerta se cerró tras ella con suavidad, sin producir ningún ruido.

\* \* \*

Estaba corriendo, y aunque sus piecitos se movían con asombrosa rapidez el pasillo era casi infinito, en olor a las tostadas recién hechas le aumentó el hambre. Aunque algunas veces no lograba coordinar bien su cuerpo. Al llegar al final del pasillo Isabel se atusó el pelo, se agarró con la mano derecha a la barandilla tal y como le había enseñado su madre. Los escalones parecían enormes para sus cortas piernecitas. El recuerdo de la vez que casi se cayó rodando por ella, le hizo crecer el miedo, por lo que su mano se aferró con más fuerza a los barrotes verticales de la barandilla. El ansia por devorar aquellas tostadas con mermeladas le achuchaba cada vez más y quería bajar tan deprisa como pudiera. La imagen de su madre con el floreado delantal colocándolas en un plato de la cocina y el tazón de la leche era lo

que más feliz la hacía en aquellos momentos. Bueno, eso y jugar con Manolito, le hacía gracia su cabello, parecía un cepillo, era muy divertido verle enfadarse cada vez que alguien se lo mencionaba.

Entró como un vendaval en la cocina, sobre la mesa estaban dispuestos en círculo varios platos con tostadas y en el centro de ellos el preciado tarro de mermelada, roja, lleno de las diminutas semillitas de las fresas. Con gran esfuerzo, acercó la silla que doblaba su tamaño, lo cual hacía que deseara crecer un poco más para que no le resultara tan difícil alcanzar el tarro. Se encaramó a la silla, empujándola con los pies para impulsarse sobre la mesa, estaba claro que desde el borde de la mesa nunca lo cogería. Era una de esas situaciones en las que podían ocurrir dos cosas, o lograba su objetivo y daba buena cuenta de la mermelada, sin añadidos extras como pan o una cuchara, lo mejor de la mermelada era comérsela usando los dedos, con lo cual luego vendría el castigo por su pequeña travesura, la otra opción era que su madre la pillara a gatas sobre la mesa intentando abrir el tarro, cuando era nuevo era casi imposible abrirlo, pero en aquellos momentos lo más importante era abrirlo y hartarse de mermelada.

Tuvo suerte, ya había sido abierto, lo que le permitió meter sus dedos en la gelatinosa sustancia, los introdujo en su boca todos juntos, llenos de aquella maravilla dulzona, el hechizo se interrumpió al momento por una voz.

—¡Isabel! ¿Qué estás haciendo? —fue un susurro que destilaba poder y fuerza.

Sabía que estaba allí, de nuevo la había encontrado, el ser resplandeciente estaba allí, frente a la puerta que comunicaba al comedor. Y no podía librarse de la sensación de que no parecía malvado, pero le haría daño, aunque no físicamente.

—¡Mamá! ¡Mamá! —no fue un grito, aunque en su voz temblorosa se percibía el miedo que crecía en su interior, como un pequeño remolino que aumentaba y se iba haciendo mayor.

No deseaba escuchar a aquel ser, no quería oír las *mentiras* que estaba intentando introducir en su mente, aquellos pensamientos eran feos, malos y le hacían daño. Una fuerte impotencia se fusionó con el remolino interior de aquella pobre e indefensa niña de pelo castaño. Trató de huir del desconocido dándole la espalda, y en su infantil mente destelló un recuerdo, breve, cercano, muy parecido a lo que le estaba pasando en ese momento. Como si supiera de antemano lo que pasaría miró al final de la cocina, no sabía cómo pero tenía la extraña certeza de que aquella puerta resplandeciente era su única escapatoria, sentía como la invitaba a cruzarla. Descendió de la mesa y se encaminó hacia ella. Su deseo fue correr como un relámpago, no pudo hacerlo, a cada paso se sentía más pesada.

—¡Tus padres murieron hace mucho tiempo! —susurró aquella imponente voz aunque dulce y melodiosa.

Sin desistir, siguió avanzando hacia la puerta de atrás, era su escapatoria, su huida

de la horrible realidad en la que se estaba viendo envuelta. Su visión se estaba volviendo borrosa, cada paso era una tarea hercúlea, casi imposible de realizar, sus rodillas sonaban crujientes y sentía como si un millar de agujas se le clavaran en ellas con cada paso, con aquellas piernas cada vez más largas, delgadas, lentas y arrugadas. No entendía que le estaba pasando, y por un instante pensó que se trataba de una pesadilla, que en breve su madre oiría sus gritos y la despertaría sacándola de aquel extraño mundo. Cuando por fin alcanzó agarrar el pomo dorado y resplandeciente de la puerta de atrás, notó una descarga energética que por alguna extraña razón le resultó familiar y reconfortante.

Se volvió hacia atrás sin soltar su mano del picaporte, al otro lado del pasillo el ser desconocido le estaba sonriendo, esa sensación de bondad proveniente de él era casi abrumadora, pero no podía evitar el tenerle miedo, miedo a lo que traía consigo.

—Ese no es el camino —sonó en su mente con una extraña fuerza y melodiosa candencia.

Isabel se atusó el pelo dos veces seguidas como hacía cada vez que se ponía más nerviosa de lo normal, giró el pomo y con suavidad, dominada de repente por una calma arrolladora abrió la puerta, al instante la luz la envolvió y su calidez le devolvió cientos, miles de recuerdos, muchos de ellos agradables, algunos tristes, adelantó su pie derecho en el umbral consciente de que no era la primera vez que lo hacía, la luz blanca la engulló y sintió una paz interior como jamás había vivido, la puerta se cerró a su espalda con suavidad.

\* \* \*

La sensación de movimiento la fue despertando del sueño, a sus setenta años se dormía con frecuencia, sin embargo no es que le importara mucho, de hecho ya nada le importaba en absoluto. Sus delicadas manos se posaban sobre los reposabrazos de la silla de ruedas, todo su cuerpo era delgado y marchito como una flor seca en un jarrón sin agua. Con suavidad y mucha paciencia, pues cada movimiento de cualquier parte de su cuerpo era todo un calvario, se apartó un mechón de su ya canoso cabello. En cada ocasión que se miraba en un espejo deseaba tener las fuerzas suficientes como para romperlo en mil pedazos, con la esperanza de que aquel gesto de rebeldía fuera capaz de devolverle la juventud y los recuerdos. Todo el mundo la llamaba doctora Isabel, pero para ella, allí en esa silla de ruedas que empujaba un impasible celador, vestida con un permanente batín blanco y rodeada de desconocidos, no significaba nada el trato que le daban, a veces estaba convencida de que ese no era su nombre y se preguntaba si había sido tan joven y bella como cualquiera de todas aquellas enfermeras que no paraban de ponerle inyecciones todos los días. Odiaba las inyecciones, siempre lo había hecho, siempre... contuvo el aliento unos instantes, era cierto, nunca le gustaron las inyecciones ni cuando era una niña. Una niña. Sí... las

tostadas con mermelada de fresa, le encantaba la mermelada de fresa, hundir sus dedos en ella.

Su nombre era... le rozó la memoria, y al instante se retiró como el agua de una ola al estrellarse contra la arena, estuvo allí pero se desvaneció, como todo en su vida. Algunas noches se acurrucaba, todo lo que sus constantemente doloridas articulaciones le permitían, en la cama de su habitación y la dominaba la impotencia no pudiendo evitar el lagrimeo de su ojos desgastados y lechosos.

El traqueteo de la silla se detuvo, habían llegado a su destino, aunque repetían aquel recorrido a diario, al final no recordaba para que la llevaban a aquella enorme sala llena de desconocidos, ese lugar la aterraba, era como verse reflejada en cientos de espejos, mostrándole cuerpos ancianos incapaces de valerse por sí mismos. Personas como ella misma, y le producía ansiedad ver que alguien como ella... ¡Sí! ¡Ella era Isabel Rodenas, había fundado Robotics International! ¡Ella había hecho historia! ¡La primera corporación en trabajar en el diseño de robots domésticos! ¡Ella era una luchadora, una triunfadora! ¡No era justo que acabara así olvidada en la esquina de una sala de un geriátrico cualquiera! ¡No estaba dispuesta...!

Al final de la sala, había una puerta que le resultaba extrañamente familiar, brillaba, la estaba llamando. El recuerdo de haber sido una luchadora toda su vida, le sirvió para incorporarse de la silla de ruedas con un esfuerzo sobre humano, como impulsada por un milagro y unas energías que de repente fluían por su interior dio un paso hacia allí.

—¡Isabel que estás haciendo! —sonó una advertencia susurrada en su mente.

Negó con la cabeza, sabía de sobra que la voz pertenecía al extraño, al ser resplandeciente. Como imbuida de la energía de un relámpago se abalanzó hacia la puerta de atrás, al tiempo que su energía interior crecía sus arrugas iban desapareciendo, su cuerpo se iba enderezando y rejuveneciendo.

—¡Isabel no huyas de nuevo! —le ordenó la voz del desconocido.

Tomó el pomo esférico sin dudarle, con firmeza recibiendo con alegría aquella descarga que empezaba a resultarle conocida, familiar y agradable. La abrió y con júbilo recibió una vez más la cálida luz blanquecina que emergía desde el otro lado, cruzó el portal sin miedo, feliz de poder escapar de aquel infierno. La luz la envolvió con su paz y tranquilidad, mientras una vez más con suavidad la puerta de atrás se cerró a sus espaldas.

\* \* \*

Sentada ante el espejo del tocador de su dormitorio se cepillaba sus largos cabellos color miel, el constante hormigueo no desaparecía de la boca de su estomago, se sentía estúpida por emocionarse de esa forma, ¡como si aquella fuese la primera cita que tenía! Aunque si era la primera con Javier, bueno al menos la

primera de forma oficial. No sabía de dónde pero una fuerza interior, como algo desconocido la había empujado a fijarse en él, y no es que fuera un chico deslumbrante, el hecho es que fue ella la que dio el primer paso para conocerle. Pero tenía un extraño magnetismo sexual que se apoderó de ella sin siquiera intentar impedirlo, lo más curioso fue que Javier era bastante tímido, apenas hablaba, por supuesto sus amigas no comprendían como podía haberse fijado en él.

Consultó el reloj por enésima vez, ¿por qué estaría tardando tanto? Siempre era puntual, ¿le había ocurrido algo? Una punzada de angustia le perforó todo el corazón, una certeza horrible, de la que estaba huyendo constantemente, por un instante la tristeza le estrujó el corazón con las tenazas de la pena y la depresión.

Con un fuerte manotazo apartó todas aquellas sensaciones desagradables, borrándolas de nuevo, arrancándolas de su memoria, se apartó el flequillo con su gesto habitual y continuó con aquel ritual que aplacaba su espíritu, cepillándose una y otra vez su brillante ambarina y esplendorosa cabellera. Esperando que Javier, fuera a buscarla, sin duda había parado a repostar gasolina para la moto, aquella era toda una MOTO en mayúsculas, una legendaria Harley Davidson Fat Bob. Montar en aquella máquina agarrando su cintura, era lo más parecido que había sentido a estar volando, sentir el aire azotándola a gran velocidad mientras sus abrazos rodeaban con fuerza el cuerpo de Javier, el tacto de la cazadora de cuero le transmitía la seguridad con que la manejaba, en ella Javier se transformaba por completo.

—¡Isabel! —la voz provenía de la planta baja de la casa, ¡por fin! ¡Javier había llegado!

Como un relámpago salió de su habitación al tiempo que recogía la rebeca, si salían de nuevo con la moto no quería pasar frío, el verano estaba acabando y por las tardes empezaba a refrescar.

Desde lo alto de la escalera vio a su amado, joven, esbelto y con esa sonrisa que siempre la había encandilado. El hecho que no llevara la cazadora de cuero negro que tanto le gustaba no le importó demasiado, se dio cuenta del detalle, pero sin embargo lo apartó de su mente.

Todo fue cambiando en el momento que su pie derecho bajó el primer escalón, la escalera apenas tendría unos diez o quince peldaños, su velocidad de movimiento se ralentizó, su mente deseaba moverse mucho más deprisa, mas su cuerpo se negó a obedecer, sus piernas estaban cambiando, envejeciendo a cada paso, no entendía que le estaba pasando y lo más angustioso era ver que al final de la escalera veía a su esposo, joven alegre saludándola con la mano desde allí. En ese instante fue consciente de que no solo ella estaba cambiando, el edificio entero se había transformado, aquella no era su casa, aquellas paredes grises e impersonales no eran su hogar.

El final de la escalera llegó y con ese hecho también las respuestas.

—¡Hola abuela! —le plantó sendos besos en las flácidas y arrugadas mejillas.

La agarró por el codo y la acompañó hasta el salón donde los cansados ojos reconocieron a los demás inquilinos de la residencia.

Javier la miraba expectante, deseando hablar con ella. Isabel había abandonado la dirección de la empresa para dedicarse a cuidar de él. En el accidente en que fallecieron su marido y sus hijas también murieron los padres del chico. Lo crio como si fuera su nieto y lo llamó como su difunto esposo. Que era incapaz de ocultarle que se sentía culpable de haberla llevado a la residencia, aunque ella sabía y así se lo había dicho en más de una ocasión, que su estado de salud era delicado y requería una atención constante.

—¿Cómo estás?

—Bueno, teniendo en cuenta que tengo setenta años no puedo quejarme, sobre todo cuando mi nieto viene a verme tan a menudo.

Una suave y diminuta lágrima asomó por el borde de sus párpados, y apretó con fuerza la mano que sujetaba la suya. Allí sentados frente a frente el tiempo pareció detenerse, la pequeña gota lagrimal empezó su recorrido por las mejillas del muchacho a una velocidad estremecedoramente lenta. Por un instante todo a su alrededor pareció contener el aliento, temerosos de romper la magia de aquel momento si alguno de ellos se atrevía a respirar. Apenas fueron unos segundos, pero para ambos fue una vida entera, una vida que habían compartido. Eran abuela y nieto, pero en realidad eran madre e hijo.

—Bueno, ¿vas a decirme que hay en la caja o tendré que abrirla yo misma? —declaró más que preguntó, con una encantadora sonrisa en su desgastado rostro.

Javier empujó la caja hacía ella con los dedos, con suavidad.

—Es para ti, me la dieron ayer. El ayuntamiento organizó un homenaje para ti, por tu carrera como investigadora de la robótica —sus palabras y su mirada destilaban por completo el orgullo que sentía por aquella increíble mujer, que adelantándose a todo el mundo, cuando pensar en robots domésticos era solo un sueño tuvo el valor de fundar la primera empresa dedicada a su investigación y posteriormente su construcción.

Con manos temblorosas recogió la caja y aunque la cinta roja quiso resistírsele, no aceptó de ningún modo la ayuda de su nieto, así era ella.

Al retirar la tapa de la caja, ante sus ojos apareció un medallón dorado, en el que estaba grabado su rostro, aunque mucho más joven, y rodeándolo había una inscripción, que no pudo leer pero adivinó que decía por la forma de los borrones que veía.

«Cada paso que damos, es uno menos por dar».

Levantó la vista claramente emocionada, y allí estaba de nuevo, la puerta brillante, a unos veinte metros por detrás de su nieto. Parecía una ficha gigante de

domino plantada en medio del extenso jardín. Sentía como la llamaba una vez más, era como una fuerza irresistible, se quedó mirándola casi sin voluntad.

—¿Abuela? ¿Abuela? —allí frente a ella vio el ser brillante, el extraño que aparecía con la puerta, la voz sonaba lejana y como en un sueño. Pero por primera vez lo tuvo claro, tan solo deseó que aquel descubrimiento no se perdiera como ya se habían perdido algunos de sus recuerdos. Entonces fue cuando se aferró con todas sus fuerzas a aquella idea, notó la presión sobre su mano y vio con sosiego que era el ser brillante quien se la estaba sujetando.

\* \* \*

Al ver que no respondía a sus llamamientos y temiendo que fuera a desvanecerse en uno de sus delirios del Alzheimer, le agarró con fuerza la mano como si de ese modo pudiera retenerla allí, al hacerlo sintió un cosquilleo y sin saber porque volvió la cabeza siguiendo aquella mirada que parecía perdida. Y la vio, la vio con la claridad. Era una locura, pero aquella puerta dorada estaba en medio del jardín, como un monolito y sintió la fuerza que desprendía. Apretó la mano de su abuela.

—Quédate conmigo, ¡por favor!, ¡no te vayas otra vez!

Como si hubiese pronunciado el hechizo adecuado, la puerta de atrás desapareció, como si nunca hubiese estado allí. Los dedos de la mano de su abuela agarraron la suya con dulzura y al volverla a mirar, supo que seguía allí, que por esa vez no había desaparecido en el laberinto de su enfermedad.

—¡Eras tú! ¡Llamándome! —declaró emocionada al tiempo que se acercaba su mano y depositaba un delicado beso en su dorso—. A partir de ahora tu serás mi ancla.

—Siempre estaré contigo, incluso cuando no puedas verme o reconocerme. Has sido una madre para mí y has estado a mi lado siempre que te he necesitado. Yo también estaré al tuyo cada vez que me necesites.

Soltando la mano con delicadeza, cogió la pequeña caja y extrajo el medallón dorado ensartado en una cadena fina, abrió el diminuto cierre y rodeando el cuello de su abuela le colgó el medallón al tiempo que con voz solemne pronunciaba aquella frase que había oído tantas veces.

«Cada paso que damos, es uno menos por dar».

## Circo Zombie

Pasaba por debajo del puente cada día. Enrique disfrutaba yendo a trabajar en su ya algo destartada bicicleta de carreras. Desde siempre había contado con unas fuertes piernas y el habituarse a usar la bici las fortalecía mucho más. Le gustaba notar su ensortijado cabello negro revolverse con el viento; por eso, en las zonas menos usadas del carril bici, pedaleaba con toda la potencia de la que era capaz. El aire revoloteaba a su alrededor y las baldosas rojas que conformaban el carril producían un extraño efecto visual. Daba la sensación de que el espacio y el tiempo se dilataran, lo disfrutaba todos los días, e imaginaba como a su alrededor se formaba un campo de chispas transportándolo a través del tiempo.

Hasta que llegaba al túnel. El carril descendía en una curva cerrada con una fuerte inclinación, Enrique pensaba en aquel lugar como un agujero negro, pues la pronunciada pendiente parecía como si te lanzara directo bajo el oscuro y estrecho pasadizo. Ese lugar le daba aprensión, entre otras cosas porque tendía a estrellarse contra la gris y fea pared de hormigón. Tenía que ejercer un fuerte control sobre su bicicleta para evitarla y que todo quedase en un mero rasguño.

Un inesperado guijarro le desvió la rueda delantera empujándolo hacia la pared, los nudillos de su mano derecha rozaron levemente la raposa superficie, fue como acariciar un papel de lija, a pesar de que instintivamente había apretado a fondo el freno, cuyas pastillas estaban demasiado desgastadas. Cuando logró detenerse por completo dentro de aquel siniestro túnel, ya era demasiado tarde, la sangre descendía por los dedos de su mano.

Un repentino movimiento en el extremo opuesto del túnel, captó su atención, aunque algo cegado por la luz de la salida, vio cómo un bulto acababa de moverse, en un primer momento creyó que se trataba de un montón de harapos que el viento había agitado. Todas aquellas impresiones se desvanecieron de golpe cuando los trapos se incorporaron de forma torpe, y se convirtieron en lo que eran en realidad, dos formas humanas, de andares vacilantes que se dirigían hacia él emitiendo extraños gruñidos.

Enrique no se lo pensó dos veces, dio la vuelta a su bicicleta y cuando se disponía a impulsar el pedal, por la boca del túnel aparecieron tres hombres armados con escopetas, que avanzaban en su dirección, y aunque al principio los tomó como salvadores, su sangre se heló en el instante que oyó sus advertencias.

—¡En esta dirección no saldrás con vida! ¡Tu única oportunidad es sortearlos! ¡Tienes cinco segundos para decidirte! —al principio no supo cómo reaccionar, lo que le activó fue el oír como estaban cargando las escopetas y empezaban a contar en voz alta.

—¡Uno!

Con rapidez volvió a dar la vuelta a su bici, tenía que encontrar la forma de esquivar aquellas cosas, fueran lo que fueran. Pero sus andares erráticos en el estrecho túnel lo hacía difícil. Apoyó el pie derecho sobre el pedal, notando como le temblaba incontroladamente.

—¡Dos!

No lo pensó más, se dio impulso intentando mantenerse lo más cerca posible de la pared, esperaba, que aquellas cosas se separan lo suficiente como para intentar pasar entre ellas, mantenerse cerca de la pared le restaba mucha maniobrabilidad, y los nudillos de su mano hicieron algo más que simplemente acariciar el áspero muro.

A cada pedaleada que daba se acercaba más a aquellas cosas y en cada una, su mente le repetía que no eran reales, que era imposible. Pero, sí, eran reales y eran zombis, un hombre y una mujer andaban tambaleantes hacía él, sus cuerpos en descomposición despedían un fétido olor que iba en aumento a media que se acercaban.

Entonces ocurrió, la pareja no-muerta se separó el uno del otro, era su oportunidad, pedaleó como no lo había hecho nunca. Los monstruosos seres se lanzaron en su dirección intentando atraparle. Moviéndose con destreza, inclinándose en ambos sentidos consiguió esquivar aquellas deformes garras. El subidón de adrenalina le hizo sentirse triunfante, lo había logrado, en unos segundos alcanzaría el otro lado del túnel...

BANG, sonó como un estruendo que se repitió en un eco ensordecedor, fue como si una maza le golpeará en la pierna haciéndole perder el equilibrio; el dolor fue lo siguiente, cuando ya estaba en el suelo después de rodar unos metros sobre el negro asfalto. La fuerte palpitación dolorosa que provenía de su pierna le hizo comprender que en realidad nunca tuvo ninguna oportunidad, varios balines de plomo se habían incrustado en el muslo, estaba en *shock*. Por unos segundos trató de arrastrarse hacía fuera del túnel, sin embargo cuando su espalda chocó contra la pared se dio cuenta que había ido a ciegas, los dos cadáveres andantes se acercaban con más rapidez y coordinación, como si antes hubiesen fingido su torpeza.

—¡No es nada personal! ¡Pero necesitamos más!

Los gruñidos estaban cada vez más cerca, y lo único que no parecía estar en descomposición eran aquellos amarillentos dientes que brillaban dentro de las supurantes y fétidas fauces que se abrían y cerraban hambrientas. Se lanzaron sobre su pierna herida que respondió con una fuerte sacudida de dolor al notar como los dientes le arrancaban los primeros bocados. Lo último que vio fue como los hombres armados, ladraban órdenes a los monstruos, que se apartaron de él obedientes, les colocaron unos collares unidos con dos cadenas. El más anciano de los tres se acercó a ellos y sacó de su bolsillo una bolsa de plástico de la que extrajo un par de corazones que los zombis devoraron con ansia.

—¡Buenos chicos! —exclamó al tiempo que les acariciaba el pelo.  
Tras eso, la oscuridad, la luz no regresó.

\* \* \*

Hubo una época en la que Andrés Clowers fue toda una estrella del mundo de la música. En cuestión de unos pocos años alcanzó el puesto número uno en la lista de los más vendidos. Aún así todo eso se convirtió en una enorme losa sobre su espalda que le fue imposible soportar por más tiempo el peso del éxito. Todas las mañanas, y aquella no era distinta, despertaba con el deseo de morir. No había nada en la tierra que consiguiera despertar en él ni un mínimo interés. Mantuvo los ojos cerrados, detestaba abrirlos y que la hiriente luz del día los irritara, no deseaba enfrentarse a un día más en la rutina aburrida y deprimente en la que se había convertido su vida. Las drogas y el sexo no aportaban nada nuevo, ya no eran suficiente para él, necesitaba algo nuevo, más fuerte. Esa búsqueda de emociones fuertes fue la que le condujo hacia un camino en el que no había límites para nada que imaginase, le empujó hacia todo tipo de perversiones en las que se jugaba constantemente con su vida o la de los demás. Pero aún así, siempre tenía una salida, y salir airoso de todas aquellas situaciones no hizo más que convertirlo en una monotonía y un verdadero aburrimiento. Necesitaba más, algo más fuerte.

Apartó con un gesto brusco las sabanas que le cubrían, dejando su cuerpo al descubierto, los pircings y tatuajes de sangre lo cubrían por completo. Al levantarse de la cama el tintineo del entrechocar de aquellos adornos fue un saludo matinal que estaba harto de oír. Se contempló en el espejo que había frente a la cama, en otro tiempo usado como estímulo en sus escarceos sexuales, por unos segundos estuvo tentado de arrancarse todas aquellas anillas y bolas que penetraban y perforaban su cuerpo, enlazados en lo que él llamaba tatuajes de sangre. Aunque en realidad eran dibujos realizados con cortes profundos, de este modo las cicatrices que quedaban formaban tatuajes permanentes, aunque más discretos pues parecían heridas sufridas en el pasado. Si uno miraba con detenimiento aquellas cicatrices se observaba un patrón, y se descubría el dibujo que formaban. Varias líneas del dibujo, un extraordinario dragón que recorrían su espalda y extendía sus alas a lo largo de sus brazos, seccionaron las venas de sus muñecas, antes de perder la consciencia recordaba haber visto la cara de satisfacción del autor del tatuaje mientras él se desangraba en la bañera.

La persona que le salvo la vida, fue a la primera que vio cuando en el hospital recobró la consciencia, estaba a su lado, interconectados por una máquina y varios tubos en un intento de salvarle la vida por medio de transfusión de sangre. Ese fue el mayor gesto que había recibido de su novia Laura, el siguiente fue abandonarlo una vez su vida estuvo fuera de peligro.

Andrés nunca se lo reprochó, sabía perfectamente lo difícil que resultaba vivir con él. No se soportaba ni él mismo. Aunque hubiese podido usar aquel abandono como aviso y una advertencia Andrés optó por usarlo como un motivo más con el cual justificar su autodestrucción.

Entró en la cocina tras recorrer el largo pasillo que conectaba todas las habitaciones de su casa con el salón, deseaba tomarse un buen café caliente, la necesidad de estimulantes era una necesidad diaria y empezaba con el ritual de tomarse un café recién hecho.

Desnudo se deslizó como si se tratase de un fantasma, las cortinas del salón apenas dejaban que se filtrase ni un solo resquicio de luz solar, le agradaba aquella penumbra, se sentía cómodo en ese ambiente, desde que había bajado de los escenarios odiaba cualquier foco de luz potente, y eso incluía al sol, pues le recordaban que una vez estuvo en la cima del éxito desde la cual se despeñó sin ayuda de nadie. Pensando en ello, se echó a reír, en realidad se comportaba como un vampiro, no salía de su casa hasta que el sol se ocultaba en el horizonte, entonces y solo entonces salía de su piso para recorrer todos los sórdidos locales de la ciudad en busca de todo tipo de drogas y emociones fuertes.

Dos noches atrás se encaró con un camello al que dio una bestial paliza sólo por el mero hecho de sentir como por sus venas recorría la adrenalina y que en sus manos estaba el poder de decidir si lo mataba o lo dejaba vivir. Cuando lo tuvo tendido en el suelo con la cara destrozada, rebuscó en sus bolsillos, sus ojos brillaron cuando palpó y extrajo una bolsa de plástico con *Nirvana*, una de las muchas derivaciones del éxtasis, allí había suficiente polvo amarillo como para dos meses, arrancó la camisa del camello y esnifó dos rayas que formó encima del estomago de su víctima. El efecto fue casi instantáneo, sintió como su riego sanguíneo se aceleraba, cogió la bolsa con el resto de la droga y la vertió creando un reguero por toda la cara del moribundo tendido a sus pies, donde se esmeró en vaciar cuanto más polvo mejor fue sobre la boca abierta, la nariz, los ojos y cualquier herida profunda que encontrase.

En cuestión de segundos el cuerpo del desgraciado empezó a sufrir fuertes convulsiones al tiempo que su boca se transformaba en un pequeño volcán de polvo, saliva y espuma. Para rematar su trabajo se bajó la cremallera del pantalón y tras sacarse su pene meó encima del cada vez más inmóvil infeliz, con las últimas gotas se acabaron las convulsiones quedando completamente quieto, Andrés consideró que era probable que hubiese muerto, pero no le importó lo más mínimo, aquel cerdo se lo merecía, no era si no uno más de la mucha basura que había en el mundo y nadie echaría de menos a un mierda como ese.

Siguiendo el ritual diario, tras tomarse el café, descendió las escaleras que conectaban su salón con el sótano, todas las casas del casco antiguo tenían uno, aunque la mayoría estaban tapiados. Andrés convirtió el suyo en un gimnasio

privado, en él había hecho instalar todo tipo de maquinas de musculación, allí ejercitaba su ya bien desarrollado cuerpo, cada músculo palpitaba cada vez que bajaba aquellas escaleras, notaba como si estuvieran ansiosos por ejercitarse hasta la extenuación.

Todas y cada una de las células de su cuerpo se activaron al notar cómo se tensaban por la fuerza de los pesos de la maquina y en su mente recreó una vez más la paliza que le dio al camello, aquella había sido la mejor de todas las que había dado, aunque estaba dispuesto a superarse aquella misma noche. Aumentó el peso de la maquina, sus bíceps se hincharon doblando su tamaño al izar la empuñadura hacía arriba, las células de su brazo chillaron de dolor ante el esfuerzo, un grito que él descartó sin más, el dolor físico era un precio muy bajo a pagar si a cambio obtenía un cuerpo capaz de destrozar la cara a cualquier imbécil de un solo puñetazo.

Continuó así durante las dos siguientes horas, cambiando de maquina a fin de ejercitar todos y cada uno de los músculos de su cuerpo, antes cuando era una estrella su cuerpo era el de un miserable enclenque, pero desde que se hizo los tatuajes de sangre, lo había convertido en toda una maquina casi perfecta. Una máquina que se alimentaba de adrenalina y emociones fuerte, aunque empezaba a pensar que pronto tendría que buscarse otra actividad, dar palizas empezaba a ser aburrido, tenía claro que aquella había sido la última, esa noche se uniría a un grupo de cazadores de humanos. Gente adinerada que organizaban cacerías de personas por mera distracción, tenía buena pinta, incluso sopesó presentarse como voluntario para ser cazado, sería divertido ver a los cazadores siendo cazados por él. Le apetecía cargarse algún que otro yupie ricachón para variar.

Los espejos que cubrían todas las paredes del sótano, incluido el techo y el suelo, le devolvieron la imagen de su cuerpo con todos los músculos hinchados por el ejercicio, dejó la máquina de los pectorales y agarró dos mancuernas, lo que más le gustaba era potenciar sus bíceps, ver sus brazos hincharse en cada ejercicio. Se contempló desnudo, satisfecho, hasta que una voz le susurró en el interior de su cabeza. *«¿De verdad crees que así ocultarás lo débil que eres? Yo te enseñaré a ser fuerte, tu madre también era débil y una estúpida llorica, y a ti te enseñaré a ser un hombre de verdad aunque tenga que arrancarte la piel a tiras».*

No era la primera vez que lo pillaba con la guardia bajada, aún así su reacción fue instintiva, lleno de rabia lanzó la mancuerna que sostenía en su mano derecha contra su propio reflejo. El espejo estalló en una lluvia de cristales que le devolvían miles de pequeños reflejos del rostro de su padre, aumentando su rabia a cada segundo, la risa macabra resonó en su cabeza. *«Quítate la camisa, has sido un chico débil y debes ser castigado, el dolor y la sangre te fortalecerán y no pararé hasta que dejes de lloriquear».* Su corazón estaba más desbocado que nunca. Cegado por la furia y el odio empezó a golpear los puños contra los restos del espejo roto que aún

permanecían en la pared, un dolor punzante le sacudió las manos y como respuesta aumento la fuerza con que golpeaba, hasta que las punzadas eran tan fuertes que perdió el conocimiento desplomándose sobre el montón de cristales rotos.

\* \* \*

Las tinieblas se rasgaron dando paso a la luz, pero esta no trajo consigo el sosiego y la calma, en realidad fue todo lo contrario, la pesadilla no había hecho más que empezar. El dolor desenterró los recuerdos, y la voz susurrante regresó. Cuando su madre desapareció él apenas contaba con doce años, se marchó de noche, sin despedirse, sin explicaciones, lo abandonó... lo dejó a manos del monstruo, aquel ser despreciable en que se había convertido su padre. Todos los días llegaba borracho, rezumando desprecio y rabia. Primero eran los gritos, aunque él intentaba apaciguarlo por todos los medios, en el fondo sabía que sólo lo calmaba una cosa. Los primeros golpes fueron esporádicos, luego se hicieron más frecuentes y más fuertes, por último los azotes con el cinturón y el castigo cara la pared, aquel era el peor, la rabia con que descargaba la delgada fusta sobre su espalda le provocaba tal dolor que siempre acaba por perder el conocimiento. La primera vez no pudo dejar de llorar, no comprendía que podía haber hecho que fuera tan terrible como para merecer aquel sufrimiento. Daba igual se portase como se portase, la llegada de la noche indicaba que irremediablemente su padre volvería completamente ebrio y lo castigaría como todos los días. Un mes más tarde y tras ser brutalmente maltratado por aquel ser que una vez lo había amado, con sólo doce años decidió que no podía seguir así, tenía que acabar con aquella tortura y solo veía una forma de hacerlo. Cogió sus sentimientos y los enterró en lo más profundo de su ser, los extirpó de su corazón dejándose llevar por la frialdad más absoluta. Como un autómatas fue hasta la cocina, donde se armó con el cuchillo más grande que encontró, sabía que el monstruo no se despertaría debido a la borrachera y tampoco le importaba demasiado, aquello tenía que acabar de una forma o de otra. Verlo allí tendido bajo las sabanas, le asaltó la gran pregunta, la que le había atormentado en las últimas semanas, como era posible que su madre no se lo hubiese llevado consigo, como pudo abandonarlo con esa basura repugnante.

Un reflejo en la mesita de noche captó su atención, se acercó para averiguar que era y todo su mundo se derrumbó a su alrededor. Una medalla del Sagrado Corazón de Jesús. La favorita de su madre. Una medalla que nunca se quitaba, enlazada con la medalla la cadena de oro estaba partida a poca distancia del cierre, los eslabones se habían abierto y separado, como si alguien hubiese tirado de ella con fuerza.

La sensación siempre la recordaba igual, como si hubiese llevado una venda en los ojos, sumido en la más absoluta ceguera, hasta que de repente la venda caía, las piezas encajaban, y tuvo la certeza de la verdad sobre la ausencia de su madre.

Si en algún momento había tenido el más mínimo atisbo de duda sobre lo que iba

hacer, esta acabó por desaparecer en aquel instante, destapó la figura sudorosa y pestilente, troceó la sabana en cuatro tiras que usó para atarle las manos y los pies a cada pata de la cama. Se subió a ella, agarró los genitales de su padre y los cercenó de un golpe con el cuchillo, fue como cortar un embutido. Con rapidez y sin inmutarse por los gritos de su torturador, le obligó a tragarse aquella masa sanguinolenta provocándole un ataque de tos que esparció gotas de sangre en todas direcciones. Se encaró a él y mientras lo miraba fijamente a los ojos le clavó el cuchillo en la garganta, asegurándose de cercenarla por completo, de la que salió escupida sangre a borbotones, lo contempló desangrarse como a un cerdo en una matanza, no sintió ningún tipo de remordimiento por lo que acababa de hacer, aquello no fue más que el primer paso.

\* \* \*

Cuando recuperó la conciencia fue a su dormitorio algo desorientado. Vestirse no le llevaría mucho tiempo, seleccionó un traje oscuro, últimamente le atraían esos colores, le hacían sentirse seguro y cómodo, al igual que la noche, sentía como la luna y la oscuridad penetraban su cuerpo y le daban fuerzas.

Entró en el Twenty, una discoteca de poca monta, donde acudían lo más raro y colgado de la fauna nocturna. En el otro extremo vio a Mario el camarero, limpiaba con esmero la barra, apenas habían llegado algunos parroquianos. Así que sin esperar ni un segundo más, Andrés cruzó la desierta pista de baile para sentarse en uno de los taburetes. No tardó mucho en acercarse Mario con una helada jarra de cerveza.

—¡Mira quién ha llegado! ¡Sí es mi cliente favorito! —gritó para hacerse oír por encima de la música al tiempo que le tendía la jarra.

—Sí, yo también me alegro, menos peloteo y aparta esa basura de mi vista. ¿Dónde podemos hablar un minuto?

Mario le indicó con un gesto que le siguiera, acto seguido desapareció por una puerta oculta tras una cortina negra. Andrés saltó la barra como si tuviera muelles en los pies, y siguió al delgado camarero al almacén de la discoteca. El cuarto en sí era bastante amplio, aunque las cajas de botellas apiladas por todas partes restaban la mayor parte del espacio. Moverse por aquel lugar era como andar en un extraño laberinto sumido en una permanente penumbra, acompañado por el atenuado eco de la música semejante al distante canto de alguna desenfrenada sirena a la espera de capturar a navegantes desprevenidos hechizándolos en un desenfrenado baile al borde del éxtasis.

Al final del recorrido, se reencontró con Mario, a su lado había una mesa con un viejo ordenador y un montón de facturas esparcidas. Con despreocupación el camarero apartó la montaña de hojas y en el espacio que había conquistado a las deudas empezó a preparar varias rayas de *nirvana*. Rasgó una hoja que cogió al azar

y formó con ella un canuto con la que aspiró dos rayas seguidas, en cuestión de segundos su facciones se relajaron y se formó una permanente expresión bobalicona.

—No seas tímido, sírvete un par —le ofreció el improvisado canuto.

Por un instante Andrés deseó cogerle la mano y desencajarle el brazo de un tirón, estaba seguro que recibiría una buena dosis de adrenalina, aunque últimamente ya no era suficiente, dar una tunda a drogadictos, vagabundos y homosexuales ya no le producía la misma excitación de antes. Necesitaba algo más fuerte, sentir que existía la posibilidad que lo mataran, algo que no sentía con las palizas pues siempre había buscado víctimas de una constitución física inferior. Por eso estaba allí, tenía que participar en una cacería humana, sabía que enfrentarse a cazadores armados con escopetas le produciría el subidón que buscaba. Se inclinó sobre la mesa y esnifó una de las rayas, tenía claro que si tomaba otra perdería el control y acabaría matando a aquel podre infeliz.

—¿Has pensado acerca de lo que te hablé? —la expresión de Mario había cambiado por completo.

—Sí, y estoy dispuesto —respondió Andrés sin dudar.

Mario estaba visiblemente nervioso y no dudó ni un segundo en tomar otra raya.

—La próxima cacería será dentro de un mes —explicó finalmente el camarero.

La expresión de Andrés cambió por completo dejando paso primero a sorpresa, impaciencia y por último enfado.

—¿Un mes? No quiero esperar tanto, quiero divertirme ahora no dentro de un mes —cada vez más contrariado e inestable se levantó dispuesto a desahogarse con aquel infeliz.

El camarero aún bajo los efectos de la recién aspirada raya rebuscó entre los papeles de la mesa.

—Sé que buscas emociones fuertes, sino no hubieras preguntados por los Cazadores. Pero estos son como una mafia y es difícil entrar en su club... Aunque hay otra alternativa igual de excitante —le tendió la tarjeta de presentación—. La dejaron en mi buzón hace dos días, llame para informarme y no ponen ninguna pega, cualquiera puede ir.

Los ojos de Andrés examinaron con detenimiento la tarjeta, era metálica de color dorado, las letras estaban impresas en relieve. Hacer una tarjeta como aquella tenía que valer una gran suma de dinero, por un segundo pensó que estaba hecha en una fina lámina de oro, pero lo descartó enseguida, ¿quién haría tarjetas de presentación en láminas de oro? Finalmente prestó atención a la información escrita.

**«Circo Zombi. Una experiencia que no olvidarás en tu vida. Sin restricciones».**

En el anverso había un número de teléfono que sin duda correspondía a un móvil.

—¿Circo Zombi? ¿Qué mierda es esto?

—No estoy muy seguro, la señorita que me atendió no quiso entrar en detalles, pero me aseguró que si participaba tendría el mayor subidón de adrenalina y la mejor experiencia extrema que pudiera imaginar o me devolvían el dinero.

—Pues parece una simple atracción de feria —expuso Andrés con desconfianza.

Mario lo miró con satisfacción pues él había tenido la misma impresión.

—No, no, me aseguró que no se trataba de eso en absoluto, y me insistió en que no había en todo el mundo una experiencia que se asemejara a esta.

—¡Como sea una mierda vendré a verte de nuevo! ¡Y no creo que te guste! —dejó escapar una risa amenazante mientras salía del almacén—. ¡No te va a gustar en absoluto!

\* \* \*

Alejarse de aquel antro le sirvió de tranquilizante, tuvo que reconocer para sí mismo que sentía curiosidad por conocer más detalles de aquella extraña atracción, por lo que llamó desde su móvil al número que indicaba la tarjeta. Tal cómo le había contado Mario, le atendió una voz femenina, y aunque fue muy cordial en todo momento no consiguió sonsacarle nada más que dos cosas, una dirección a donde ir y la absoluta promesa de que en su vida volvería a experimentar algo así, por supuesto se le exigió el pago de una fuerte suma de dinero, algo que no le importó lo más mínimo, pues cómo resultado de su breve pero intensa carrera como cantante aún guardaba una pequeña fortuna repartida en varios bancos ubicados en paraísos fiscales. Con lo cual la preocupación por buscar la forma de reponer esos fondos no le quitaba el sueño ni en ese momento ni en momentos futuros. Tras efectuar la transferencia a través de su móvil de última generación, subió a su flamante coche nuevo. Cada vez que su coche perdía ese olor característico de algo nuevo lo desechaba y se compraba otro. Tras introducir las coordenadas en el sistema GPS lo condujo hacia el lugar que le habían indicado, aunque según el dispositivo aquellas coordenadas correspondían a un descampado a unos veinte kilómetros de la ciudad.

Lo primero que pensó al ver el edificio circular alzándose frente a él fue preguntarse a quien se le había ocurrido construir una plaza de toros en medio de la nada y tan alejada de la ciudad. Los alrededores estaban sumidos en la oscuridad salvo por los tres focos que iluminaban la fachada, dos en cada punta del radio y uno encima de la puerta iluminando la palabra CIRCO, dejando en la penumbra ZOMBIE, como si lo hubiesen hecho a propósito. Se hallaba a unos pocos metros del acceso de entrada cuando de las tinieblas de aquel oscuro pasaje surgió el hombre delgado, sus formas eran exageradamente esqueléticas, por un segundo tuvo la sensación de estar frente a una marioneta de madera que se movía a base de brascos

movimientos según iban tirando de los hilos.

—¡Mira lo que han traído los vientos! —anunció a gritos y como respuesta se oyó un lejano eco de gruñidos ansiosos—. El señor Andrés Clowers, ¿no es así?

En realidad no esperó respuesta por parte del asombrado invitado, con una exagerada reverencia, su cuerpo se dobló de tal forma que su frente rozó el suelo terroso, le invitó a seguirle.

—Tenga la bondad de seguirme, a decir verdad le estábamos esperando.

Las delgadas piernas se movieron en largas y rápidas zancadas, las rayas rojas del pantalón que llevaba parecieron difuminarse en un borrón rojo, Andrés se preguntó cómo era posible que se moviera con aquella rapidez.

Seguir los pasos de aquel extraño anfitrión le produjo un breve pero intenso escalofrío que sacudió su abdomen. Mientras se adentraban por el estrecho y oscuro pasillo Andrés tuvo la clara certeza de que aquello no iba a ser la cutre atracción que se había imaginado en un principio, lo cual le alegró bastante el ánimo, por primera vez en muchísimo tiempo por fin iba a experimentar una sensación inolvidable, como la que tuvo la primera vez que salió al escenario a cantar en un campo de fútbol lleno de gente. La adrenalina empezaba a circular por su sangre.

Tras andar unos metros por el corredor en tinieblas, una puerta apareció en la pared de la izquierda, la cruzaron sin mediar palabra y la estancia en la que entraron empezó por parecer la armería de una comisaría para transformarse luego en el almacén de un traficante de armas. Las cuatro paredes estaban cubiertas por completo de armarios y estanterías que contenían armas de toda clase, desde arcos olímpicos a escopetas de cañones recortados, pasando por granadas y rifles de mira telescópica, ante semejante despliegue armamentístico se excitó como no lo había hecho antes y se regocijó al notar que estaba empalmado, sintiéndose más vivo que nunca.

—¡Elige tu defensa! Pero solo puedes elegir dos —anunció a voz de grito con una permanente e inquietante sonrisa sardónica—. ¡Elige con sabiduría, pues tu vida puede depender de ello!

Con sumo cuidado, recorrió con la vista todos y cada uno de los armarios y estantes de la sala. Sin dudarlos sus dedos rodearon la culata de una Smith and Wesson del calibre 45 y dos cajitas de municiones, la segunda fue una ballesta de asalto con tensor automático además del carcaj lleno de flechas de punta de titanio.

Se ajustó la correa de cuero de la sobaquera, se la colgó en el lado izquierdo, de este modo no tuvo problemas para alinearse el carcaj en el lado derecho. Hizo varias pruebas para asegurarse que era práctico y fácil acceder a las flechas con la mano izquierda y con un gesto rápido colocarlas en la ballesta que sujetaba en la mano derecha. Al tercer intento consiguió colocar la flecha y tensar la cuerda en un solo movimiento, a partir de ahí lo conseguía a cada intento. Sonrió para sí mismo, sentía que era capaz de enfrentarse a cualquier cosa. Escrutó al hombre delgado, este sin

perder su macabra sonrisa le indicó con una de sus esqueléticas manos, que se dirigiera a la puerta que había a otro lado de la armería.

—Hasta ahora has parecido lo suficiente valiente, pero ha llegado el momento de que te enfrentes a tu destino. Lo único que tienes que hacer es cruzar la pista del circo, en el otro lado está la puerta de salida, si llegas a ella te aseguro que habrás vivido la experiencia de tu vida...

Las luces de la armería parpadearon unos instantes, después el hombre delgado ya no estaba, ni las armas, nada, sólo las paredes desnudas y un único camino posible, pues la puerta por donde había entrado tampoco estaba. Cargó la ballesta con una flecha, apoyó la mano sobre la puerta como si aquel gesto pudiera adelantarle alguna idea sobre lo que le esperaba al otro lado. Cogió el pomo y con un chasquido le indicó que estaba abierta, tomó aire y tiró de la puerta, una luz cegadora le dio la bienvenida.

Tardó unos segundos en recuperar la visión, ante él se abrió un terreno circular que delimitaba una enorme pared de más de tres metros de altura, el suelo estaba cubierto de tierra rojiza, a primera impresión parecía arcilla desmenuzada. Aunque ya lo esperaba, volvió la cabeza para ver la puerta por donde había salido, no había ninguna, como si nunca hubiese habido una abertura, la pared se veía completamente lisa. Avanzó unos pasos, el terreno parecía firme, a una distancia de unos trescientos metros se hallaba una puerta, recordando las palabras del hombre delgado dedujo que llegar allí no sería nada fácil, avanzó otro par de pasos. Al principio lo percibió como algo arrastrándose. No se veía a nadie, pero estaba claro que alguien o algo se dirigía hacia él con un paso lento pero constante. Parpadeó, era una locura, lo estaba oyendo cada vez más cerca pero no los veía, parpadeó de nuevo, y como surgidos de la nada vio a unas veinte personas, vestidas con harapos y extrañamente pálidos, al principio creyó que estaban borrachos, hasta que el fuerte olor que desprendían le alcanzó, tuvo que hacer un gran esfuerzo para no vomitar, era nauseabundo, fueran lo que fueran aquel hedor era a putrefacción, a muerte. Confuso como estaba, no se percató de que una de aquellas criaturas, que una vez fue una mujer, había acelerado su andar, se le estaba acercando peligrosamente con los brazos extendidos y exhibiendo una ristra de dientes que asomaban por los agujeros putrefactos que se habían formado en sus mejillas. Sólo fue capaz de reaccionar en el momento en que los dedos de aquella cosa tocaron su hombro y el fétido hedor le envolvió por completo, levantó el brazo derecho mientras daba un paso a tras para alejarse de la criatura, apuntó un breve momento y apretó el gatillo de la ballesta.

El disparo tuvo más potencia de la esperada, la flecha se incrustó en la cara del monstruo impulsándolo varios pasos atrás, el brazo de Andrés recibió el retroceso con fuerza y estuvo a punto de perder la ballesta. A lo lejos se oyó un chasquido metálico, en el suelo del circo aparecieron varias aberturas por las que se arrastraron numerosas

criaturas como aquella. Su cerebro fue consciente de que aquello no era una atracción cutre, y que se estaba enfrentando a zombis de verdad. La adrenalina corría por sus venas como no lo había hecho nunca, por primera vez desde que había bajado de los escenarios estaba vivo de nuevo.

Con un rápido cálculo, determinó que en esos momentos debía haber al menos unos setenta zombis, con lo que se imponía el racionar la munición, las cajas de balas eran de veinticinco cada una, además de las veintinueve flechas que le quedaban en el carcaj. Apenas había recorrido unos pocos pasos, y era de esperar que a medida que avanzara seguirían apareciendo más. Se inclinó sobre el cuerpo de la mujer que había abatido, aseguró su pie derecho sobre la garganta y con la mano izquierda agarró la flecha que asomaba entre las cejas, se disponía a tirar de ella cuando se detuvo en seco, por un instante aquel rostro le pareció familiar, no pudo precisarlo debido al estado de avanzada descomposición. Un gemido cercano le sacó de sus pensamientos, arrancó la flecha y mientras se volvía hacía el origen de ruido la colocó dejando el arma lista para disparar justo el momento en que una de aquellas aparente torpes criaturas aceleraba y se abalanzaba sobre él. Su reacción fue automática, esta vez la potencia del arma no le pilló desprevenido de modo que no perdió potencia con el retroceso. Interpuso el arco entre los dientes que se abrían y cerraban en un afán por morderle, apretó el gatillo y la flecha penetró por la putrefacta y maloliente abertura, destrozando la parte trasera del cráneo al abrirse camino hacia el exterior del monstruo, no alcanzó a ver donde había caído, esa no podría recuperarla.

Por un segundo pudo ver al otro lado de la agujereada cabeza entre goterones de pus mal oliente, levantó la pierna derecha plantando el pie en el pecho del tambaleante zombi empujándolo hacía atrás.

Un destello llamó la atención de Andrés, algo brillaba en el cuello del muerto viviente que acababa de abatir, era una medalla, una que le era muy familiar.

—¿Ricardo? —en realidad no tuvo tiempo de cerciorarse pues los demás zombis parecieron despertar de su letargo y estaban acelerando el paso a un ritmo peligroso, si quería averiguar lo que le había pasado a su amigo tenía que salir con vida.

Cogió tres flechas de golpe, las fue colocando y disparando a un ritmo que le asombró incluso a él, desde que había comenzado su carrera en busca de experiencias extremas aquella era la primera vez que sentía realmente que su vida corría peligro, ni cuando se hizo los tatuajes de sangre lo sintió, estaba vez iba más allá, pues si lo atrapaban era más que probable que terminara siendo uno de ellos, el peligro transcendía incluso la muerte.

Animado por la acción y por cómo estaba reaccionando cogió cinco flechas de golpe, con una destreza impresionante las fue cargando y disparándolas, se abrió paso entre el montón de cuerpo, apenas pudo de recuperar tres de ellas, se estaban acercando y moviéndose muy rápidos como para distraerse demasiado tiempo.

Encajó la ballesta en el carcaj, necesitaba una arma más rápida, había llegado el momento de usar la Smith & Wesson, la amartilló y tras adelantar unos pasos más, apretó el gatillo varias veces seguidas derribando a varios de los no-muertos.

Había alcanzado el centro del circo, desde allí vio las gradas vacías, fantasmagóricas en ellas había cuatro cámaras de televisión, una en cada lado de la pista, quedando así cubiertos los cuatro puntos cardinales. Era de suponer que tenía espectadores, sin embargo lo que lo enfureció fue que fueran tan cobardes como para no asistir a ver el espectáculo en directo.

Unos pasos arrastrándose detrás suyo le pusieron en alerta, como si se tratara de un bailarín ejecutando su danza, giró sobre el pie izquierdo quedando encarado a las dos pestilentes criaturas, sin perder tiempo en apuntar, no era necesario, estaban demasiado cerca como para errar, disparó en la frente al que le atacaba desde el flanco izquierdo, la detonación actuó como un reactivador y el del flanco derecho se lanzó en un torpe pero peligroso salto, atrapándolo con sus dos brazos en una prensa que contradecía el aspecto demacrado y descompuesto de los mismos. Cuando se disponía a asestarle el ansiado mordisco, Andrés logró levantar el brazo derecho lo suficiente como para meter el cañón de la pistola en la cuenca vacía del lado derecho que acabó incrustándose en la masa viscosa, apretó el gatillo y un montón de masa verdosa salió disparada en todas partes, soltándole al desplomarse hacia atrás.

Apretó varias veces el gatillo hasta que dejó de producir detonaciones, dando paso a un casi inaudible click, el cargador estaba vacío, y aún tenía que recorrer algo más de un tercio de camino. Aquel era un imprevisto, tenía dos cajas de balas, pero tan sólo tenía un cargador, desde todos los lados de la pared circular se oyeron varias sonidos metálicos y sendas puertas se abrieron dando paso a una multitud de aquellas criaturas que corrían enloquecidas hacía él, pensar en intentar cargar la pistola era una locura, la guardó en la sobaquera sin saber muy bien porqué, sus perspectivas de salir de aquello con vida se estaban reduciendo exponencialmente.

Sacó cinco flechas del carcaj, cargó una y disparó contra el zombi que se le acercaba por la derecha, en esa dirección estaban algo más dispersos. Aceleró el paso, de un golpe con la ballesta derribó a otro que le estaba cortando el paso, no tuvo que ser muy listo para ver que aquellas supuestas criaturas sin mente estaban coordinados entre sí, en poco menos de unos minutos casi lo habían rodeado por completo. Se plantó a menos de un octavo del camino para alcanzar la puerta de salida, según sus propios cálculos era prácticamente imposible que lograra cruzar aquellos últimos cincuenta metros sin caer atrapado, con una sonrisa de desprecio sacó cuatro flechas y en un giro completo las disparó hacía las gradas destrozando las cámaras de televisión.

—¡El que quiera verme morir que baje a la arena! ¡Cobardes de mierda!

Con otro giro de ciento ochenta grados descargó su pierna derecha contra la

cabeza del más cercano, saltó por encima de él aprovechando los segundos que tardó en levantarse, aquellas monstruosidades no tenían nada que ver con los zombis de las películas de serie B, eran rápidos, actuaban con estrategia común, aunque no parecían razonar, como si alguien los hubiese adiestrado. ¡Qué locura! ¿Quién amaestraría a no-muertos?

Descargó dos flechas abriéndose camino, echó a correr, apenas le quedaban veinticinco metros, la puerta estaba allí, abierta esperándole. Tanteó el carcaj y sacó las seis últimas flechas, tenía que apurarlas, si quería llegar tenía que permanecer con la mente fría, a pesar de la adrenalina y la excitación. Girando el brazo derecho en un arco ascendente derribó a que estaba más cerca, tenía que calcular hasta el último segundo para aprovechar toda la fuerza del golpe, si no lograba desequilibrarlos se abalanzarían sobre él y no tendría escapatoria. Disparó una flecha que atravesó el cráneo del babeante monstruo de su izquierda y se movió con rapidez en zigzag, consiguiendo esquivar a tres de ellos. ¡Diez metros y lo habría conseguido! Le sacudió un nuevo golpe de adrenalina, al final lo conseguiría, saldría vivo de la experiencia.

El oscuro umbral se abría ante él, no había puerta, sólo una oquedad rellena de tinieblas, a sus espaldas oía el creciente murmullo, un mar de aquellas deformes criaturas se abalanzaba hacía él como una ola de muerte dispuesta a arrastrarle a aquella eterna agonía de muerte-viva. Se volvió para observar aquella putrefacta marea, renqueante aunque veloz, allí había al menos un centenar de zombis, retrocedió unos pasos, entrando bajo en dintel. Levantó la ballesta y cargó las cuatro últimas flechas derribando a los que estaban más adelantados.

Después de apretar el gatillo por última vez se arrepintió de haberlo hecho, el dolor de la carne rasgándose le sacudió con una fuerte punzada, acompañada del cálido borboteo de su sangre brotándole del cuello, instintivamente dio un paso adelante poniéndose al alcance de las primeras garras de la multitud caníbal, en un intento desesperado por salir de allí se libró del mortal abrazo y se encaró de nuevo con la puerta de salida. Por primera vez en su vida su cuerpo empezó a fallarle, sus manos empezaron a volverse pálidas. Deseó haber guardado una sola flecha o una bala, pensó en las que quedaban en las cajas y las rebuscó en el bolsillo, tenía que cargarla antes de que la palidez alcanzara todo su cuerpo. Con dificultad logró sacar una de las cajas, sus manos carecían de toda sensibilidad, no lograba controlarlas lo que provocó que las balas acabaran esparciéndose a su alrededor. Se agachó para recoger aunque fuera sólo una, un nuevo movimiento en la oscuridad del portal captó su atención, de allí surgió una de aquellas bestias no muertas, el rostro entumecido y supurante le sacudió todas las neuronas de su cada vez más torpe cerebro.

La palidez le alcanzaba la altura del pecho y la piel se le agrietaba surgiendo de ella millares de gusanos, la infección le transformado en uno más de ellos. El

causante de su contagio le observaba bloqueándole el paso. Allí, intentando quitarse la vida antes de que se completase la transformación reconoció el rostro de su atacante.

Mientras de un mordisco le arrancaba un par de dedos de su mano izquierda que había levantado en un vano intento de detenerle, en su memoria los recuerdos le salpicaron con furia, cada mordisco le sacudía con el recuerdo de los golpes que le propinó hasta casi matarlo. Su sangre resbalaba por la comisura de los labios azulados mientras masticaba. ¡El camello al que había propinado una paliza se estaba comiendo sus dedos! El último recuerdo fue el del momento en que vació todo el cargamento de Nirvana en su boca, solo que entonces no era gris ni maloliente. Estaba casi seguro que la sobredosis lo había matado y ahora estaba allí comiéndoselo vivo, le agarro el cuello y descargó los supurantes dientes en él. Después nada, la infección se había apoderado por completo de su cuerpo, sus ojos perdieron el brillo de la vida y todos sus recuerdos y pensamientos desaparecieron por completo uniéndose a la manada de no-muertos.

\* \* \*

En el exterior del Twenty, Mario sacaba las bolsas de basura, ansioso por llegar a su casa después de una larga noche de trabajo. Los cubos de basura de los bares colindantes a la discoteca se acumulaban en aquel estrecho callejón sin salida.

Sin preocuparse demasiado lanzó las bolsas en el interior de uno de los contenedores, cuando le sorprendió un ruido a sus espaldas, con el corazón desbocado se volvió y vio como una figura le bloqueaba la salida del callejón, por un instante pensó que era Andrés Clowers dispuesto a destrozarle a base de golpes. Aunque a esas horas el rocío refrescaba el aire su cuerpo empezó a sudar de miedo, no podría escapar a los rápidos puños de aquel sicópata.

—Tu amigo no ha sobrevivido —anunció el hombre delgado, mientras extraía un abultado sobre del interior de su chaqueta.

Mario descubrió como la gigantesca forma que le bloqueaba se trasmutaba en el escuálido gerente del circo.

—¡No era mi amigo! —enfaticó al tiempo que tomaba el sobre que le tendía—. Se lo tiene merecido no era más que un cabrón de mierda, mató a mi primo.

El hombre delgado se volvió y empezó a alejarse de él.

—Lo sé, y te alegrará saber que fue tu *primo* quien finalmente le abatió. Necesitaré que me mandes a otro muy pronto.

## Los Parásitos

Habían transcurrido cuatro años y medio desde que se había publicado el primer libro de la saga *Magius*, para sorpresa suya y la de su agente fue todo un éxito de ventas, en apenas dos meses había desbancado a los libros de Harry Potter y la saga Crepúsculo. Era el nuevo fenómeno en el mundo de la literatura adolescente, Enrique Gala pasó de ser un desconocido rechazado por las editoriales a ser un escritor de bestsellers. Aunque para él era como si le hubiese caído un rayo lanzándolo hacía aquel inesperado estrellato.

—¡Esto supera incluso las previsiones más optimistas! —le confirmó su agente al ver la lista de ventas. Su voz sonada emocionada, no en vano llevaba tiempo buscando la nueva J. K. Rowling.

El día que salió a la venta la cuarta entrega en menos de una semana superó las ventas de los dos volúmenes anteriores. Enrique estaba viviendo aquellos momentos como un zombi, sin apenas enterarse de lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Se hallaba de camino al centro comercial *Los Ángeles*. El edificio de forma circular constaba de varios pisos abarrotados de tiendas y gente dando vueltas en aquella gigantesca espiral de hormigón. En la planta baja, a pocos metros de la sección de música y la de moda joven instalaron una mesa rodeada de montones de cajas llenas de ejemplares de la recién publicada novela de Enrique. Dos horas antes de la apertura, Miriam su agente literario fue a buscarle a su apartamento, tenía que darle algunas recomendaciones antes de que se encarara con la multitud.

—¿Multitud? No creo que sea tanto —argumentó Enrique con un deje de escepticismo, conocía las cifras, había visto el ranking en los periódicos, pero seguía pensando que era un montaje para vender los libros.

Miriam lo miró con severidad.

—¿Cuando aprenderás a tener un poco de fe en ti mismo? Será mejor que te mentalices, esta firma de libros se prolongará hasta entra la noche.

—¿Tú crees? —la inseguridad relucía en toda y cada una de las palabras que brotaban de su boca.

—¡Lo ves! Por eso quería verte antes de la firma. No puedes seguir así, ahora mismo todo tu cuerpo está diciendo que estás cagado de miedo —agitó la mano en un gesto vehemente y la volvió a dejar el volante del coche—. Tus fans son adolescentes, te admiran y muchos querían ser como tú, no puedes darles esa imagen de inseguridad y miedo, tienes que transmitir firmeza, seguridad y un punto de chulería, ¿o quieres decepcionar a tus fans? Son ellos los que te dan de comer, no soy yo.

—Lo sé, pero no me siento cómodo fingiendo ser quien no soy —se excusó Enrique.

Miriam le taladró de nuevo con aquella mirada que ya conocía muy bien.

—¿Quién no eres tú? Qué yo sepa tus lectores sólo esperan ver al que escribió la saga Magius, ni más ni menos.

—Pero no acabas...

Miriam le interrumpió con un gesto seco.

—Sé perfectamente lo que he dicho, pero eso no impide que seas tu mismo, únicamente te pido que te relajes, que dejes de gritar con tu cuerpo que estás asustado. Además ni que esta fuera tu primera firma de libros.

Enrique se revolvió inquieto en el asiento del acompañante.

—Miriam, debo confesarte algo —hizo una pausa esperando la reacción de su agente, esta le conminó a continuar con un gesto asentimiento—. Llevo tres semanas sin haber escrito ni una sola línea del próximo libro de la saga. Creo que lo he estrujado demasiado y ahora estoy seco.

El efecto fue mayor del esperado, un poco más y el pie de Miriam habría perforado el suelo del coche cuando pisó el freno ante la noticia que acababa de caerle encima como un jarro de agua fría. A sus espaldas sonó un chirrido seguido de un bocinazo de protesta.

—¡Dime que estás bromeado! —la respiración era cada vez más agitada—. ¡Por tu padre dime que es una broma!

—Me temo que no —susurró como tratando de que no lo oyera.

Por primera vez vio como la mujer que lo había lanzado a la fama con un verdadero ataque de ansiedad, fueron tres largos minutos hasta que por fin logró recuperar el control de su respiración, calmarse casi por completo y reanudar la marcha del coche.

—No puedes estar seco, apenas has escrito cuatro libros, Rowling escribió siete y el nuevo libro siempre era más gordo que el anterior, de Crepúsculo llevaran cinco o seis publicados. Tú al menos tienes que tener para siete u ocho libros, recuerda que firmaste un contrato para toda la saga...

Esta vez fue Enrique, que algo enojado, la interrumpió a ella.

—Tuviera los libros que tuviera, y creo que se va a quedar en cuatro.

En esos cuatro años en que Miriam había sido su agente literaria la había visto enojada en algunas ocasiones, pero lo que estaba viendo era algo completamente nuevo, la dureza que veía en esos ojos azabaches empezaba asustarle. Cada gesto, emanaba una amenaza encubierta.

—Si te atreves a dejarme colgada con sólo cuatro libros, me encargaré de que te hundas en la miseria, no volverás a publicar un libro en toda tu vida.

Los ojos azules de Enrique dejaban entrever las dudas que tenía sobre su

capacidad de seguir con la saga que había creado. Miriam le miró fijamente, le sostuvo la mirada unos segundos, hasta que por fin las facciones de su rostro se relajaron.

—Pero, no pensemos en eso ahora. Estoy segura de que sólo se trata de una mala racha y antes de que te des cuenta estarás escribiendo de nuevo. Ahora quiero que te concentres en...

A partir de ahí ya no estaba escuchando, el problema seguía dando vueltas en su cabeza y cada vez se sentía más angustiado. Por un momento tuvo la sensación de que el coche estaba encogiéndose atrapándole en su interior. Hasta que un elemento fuera de lugar llamó su atención interrumpiendo así lo que hubiera sido un ataque de ansiedad en toda regla.

Entre la alfombrilla negra y el suelo de un impreciso color oscuro, asomaba una mancha blanca, no supo de qué se trataba hasta que no se sintió más calmado y fue capaz de enfocar su vista en el objeto. A la primera impresión parecía la esquina de una hoja de papel que asomaba por debajo de la alfombrilla, se agachó tomándola con la mano derecha exponiendo lo que parecía ser una tarjeta de presentación.

Le dio la vuelta y ante sí vio unas letras pequeñas y discretas seguidas de un número telefónico. Al principio le sorprendió, a los pocos minutos la observaba con una mezcla de escepticismo y curiosidad.

—¿Conoces a este hombre? —le enseñó la tarjeta a Miriam, que a modo de respuesta desvió su mirada hacia la tarjeta por unos breves segundos.

—No, ¿quién es?

—«Santero Ramírez, resuelvo todos los problemas» —leyó el texto de la tarjeta—. Parece un curandero.

—Eso no son más que estafadores —replicó Miriam para sorpresa de Enrique.

—Si piensas eso ¿Cómo ha llegado hasta aquí? —preguntó cada vez más intrigado y escéptico a que realmente opinase de ese modo sobre el tema.

—Bueno, quizás se le cayese a la anciana que recogí en las afueras, cerca del viejo cementerio —afirmó Miriam aunque no parecía muy convencida de lo que estaba diciendo—. Es una amiga de mi madre y me ofrecí traerla devuelta a la ciudad para que no tuviera que esperar el autobús.

—Curioso —sin darle más vueltas y de modo casi inconsciente se guardó la tarjeta en el bolsillo del pantalón.

El coche entró raudo en el *parking* del centro comercial, le faltó poco para atropellar a uno de los muchos fotógrafos que allí se habían apostado y que en cuanto reconocieron el rostro de Enrique en el interior del vehículo no dudaron en salirle al paso al tiempo que apretaban el disparador de sus cámaras con un auténtico frenesí.

El interior del *parking* parecía despejado, en cuanto Miriam detuvo el motor del coche, Enrique se permitió soltar la asa agarradera que había a su derecha, la yema de

sus dedos permaneció blanquecina por unos segundos. Dio dos grandes bocanadas a fin de recuperar su templanza.

—Creo que sería mejor que me marchase, díles que me he indispuerto.

Por tercera vez en apenas unas horas Miriam le taladró con la mirada.

—¡Enrique Gala Collins! ¡Ahora mismo subirás al departamento de libros, te sentarás en la mesa y sonriendo empezarás a firmar como un poseso hasta que yo te diga basta! —anunció a gritos mientras empujaba al desvalido Enrique hacia el ascensor que se hallaba al otro lado de la estancia.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron delante suyo, a Enrique le parecieron como las enormes fauces de un gigantesco monstruo que se lo iba a tragar en el momento que pusiera un pie en su interior. En ese instante tuvo una completa empatía con las vacas cuando son conducidas al matadero, como si Miriam lo estuviera llevando a un altar donde sería sacrificado a algún demonio o a un antiguo y olvidado Dios.

\* \* \*

El cursor parpadeaba en la pantalla de su portátil, Enrique lo miraba fijamente en un nuevo intento desesperado por encontrar la primera imagen que desencadenara la historia, el método le había funcionado en sus anteriores libros, pero ahora le estaba fallando, la hoja del procesador de textos seguía inmaculada y eso le ponía cada vez más nervioso. Si tenía que seguir el mismo ritmo que había llevado con los anteriores, el nuevo libro llevaba seis meses de retraso, no había sido capaz de escribir ni una sola línea, ni buena ni mala, su mente permanecía en blanco, ni con ayuda de elementos artificiales se le había ocurrido ninguna idea sobre la que trabajar. Intentó relajarse regulando la respiración, era consciente de que el mismo peso por el retraso no hacía más que empeorar las cosas, se pasó la mano por la maraña de rizados negros que poblaban su cabeza y suspiró. La sensación de fracaso se hizo cada vez más fuerte, en el fondo sabía que había una solución a toda aquella situación, pero sería definitiva, se acabarían los problemas de una vez por todas.

—Bueno, al menos no podrán decir que no lo intenté —musitó para sí mientras con gesto casual arrancaba la lágrima que se había asomado por el borde del párpado—. No puedo seguir manteniendo esta situación.

Se levantó de la silla y arrastrando los pies enfundados en las zapatillas con forma de cara de gato se encaminó hacia el cuarto de baño. Por el camino tropezó con algunas de las botellas de cerveza vacías que se habían acumulado en la esquina del salón, provocando un concierto de cristales sin que se rompiera ninguna de ellas, como bolos de una exótica bolera de cristal.

Al accionar la luz, el armario camerino de encima del lavamanos le mostró parte de una realidad de la que había intentado esconderse. Al otro lado del espejo vio el

rostro de alguien viejo y consumido, alguien que llevaba días sin dormir, con los rizos sucios y apelmazados. La situación estaba haciendo verdaderos estragos en él, verse de aquel modo, descuidado, sin afeitarse, con los ojos hinchados acabó por convencerlo de que había tomado la decisión correcta. Abrió el mueble y de su interior extrajo un pequeño bote cilíndrico con una etiqueta blanca, desenroscó la tapa y vació el contenido en su mano izquierda, observó las pastillas de color amarillo, en total contabilizó seis, en un arco rápido de la mano se las metió todas en la boca, cogió un vaso de plástico del interior del armario lo llenó de agua y se la bebió para ayudarse a tragar las cápsulas.

—Bueno, pues ya está hecho —suspiró aliviado como si por fin fuera a salir de aquella pesadilla.

Con absoluta tranquilidad abrió el grifo de la bañera, se inclinó un poco para colocar el tapón del desagüe, notando la suave caricia del agua fría que iba llenándola. Se quedó hipnotizado por la transparencia, el sedante gorgoteo acuático, todo a su alrededor desapareció por completo, sólo existían el ruido y las extrañas formas de espuma que se formaban como por azar, casi sin darse cuenta dejó de echar gel de baño, tiró la botella a una esquina del cuarto y se incorporó, sus ojos seguían observando la belleza de las pompas de jabón arremolinarse alrededor del chorro de agua. Como si siguiera los compases de una misteriosa música que sólo él fuera capaz de oír empezó a desprenderse de sus ropas dejándolas caer sobre la alfombra rosa. Sus gestos eran ceremoniosos como si repitiera un ritual mil veces ejecutado, quizás en otro mundo se hubieran desplegado miles de luces cargadas de magia, por desgracia para Enrique vivía en un mundo en que la magia se había ido mucho tiempo atrás.

No tenía miedo en absoluto, fuera lo que fuera lo que ocurriese en ese instante. Se sintió como el alma de un bebé antes de entrar en el cuerpecito recién formado. Introdujo un pie en la fría agua, adentrándose en aquella nueva vida que quizás le esperase. Como si se bañara en placenta, como si fuera a nacer en los siguientes minutos, se tendió en la tina adoptando la postura fetal a la espera de que las píldoras hicieran su efecto e iniciara su viaje, sólo esperaba que no fuera demasiado doloroso y que nadie interrumpiera el proceso antes de tiempo. Aquella tortura, con forma de página en blanco y musa ausente, tenía que acabar, para Enrique no había otra forma de lograrlo.

\* \* \*

Miriam de pie frente a la puerta del apartamento de Enrique consultó la hora en su teléfono móvil, apenas habían transcurrido unos minutos desde que llamó a los servicios de urgencias, nerviosa pensó en llamar otra vez. La vida de su estrella literaria podía estar esfumándose al otro lado de aquella estúpida tabla de madera y

no podía hacer nada hasta que la policía derribara aquel trozo de árbol muerto.

—¡Enrique! ¿Estás ahí? —golpeó con desesperación, llevaba quince días sin tener noticias y por un instante lo vio todo en su mente, cuando por fin cruzaran el umbral lo encontrarían colgando de una cuerda, con una nota acusándola de haberle presionado demasiado por un estúpido bloqueo de escritor—. ¡Por el amor de Dios di algo!

Se volvió inquieta con el corazón bombeando como una locomotora a punto de descarrilar, no podía quedarse quieta ni un instante más, tenía que encontrar el modo de entrar en el maldito apartamento. Corriendo se encaminó a su vehículo dispuesta a usar el gato hidráulico para romper la cerradura.

Lo levantó en vilo dispuesta a descargar el primer golpe, cuando en la lejanía se oyeron las sirenas de las ambulancias mezclándose con las de la policía, en cuestión de unos minutos se halló rodeada de enfermeros y agentes del orden interrogándola sobre lo ocurrido. En realidad fue incapaz de responder otra cosa que no fueran inconexos balbuceos. El ruido de un golpe la devolvió a la realidad, por fin se estaba actuando, dos agentes golpeaban la puerta con un ariete, fueron los segundos más desesperantes de toda su vida pero no los más duros, esos vendrían horas después. Aunque en un primer momento los agentes y los enfermeros la apartaron mientras entraban a borbotón en el inmueble, no tardó en recuperar el aliento, con las piernas como si estuvieran hechas de plastilina derretida se adentró en la penumbra que se percibía desde la calle.

Lo primero que le dio la bienvenida, la abrazó envolviéndola por completo y violándola por los orificios nasales, fue la pestilencia del lugar. Tuvo que hacer grandes esfuerzos para no echar a perder el desayuno a base de café con leche y rosquillas, con cada paso que daba más y más fuerte era el hedor. Le costó reconocer el comedor al que había acudido varias veces, para celebrar el éxito de cada nuevo volumen de la saga Magius, los muebles estaban cubiertos por bolsas de basuras, cajas vacías de pizzas y abultadas carpetas, en el rincón izquierdo, junto a un televisor destrozado y restos mohosos de comida vio como una forma peluda de larga cola se batía en retirada, Miriam hubiera jurado que tenía el tamaño de un gato, pero no iba a ir en pos de ella para averiguarlo. El espectáculo era descorazonador, no comprendía como la vida podía dar aquellos giros tan bruscos, esperaba que en el fondo ella no tuviera ni una pizca de responsabilidad sobre lo que estaba viendo.

Se paró de golpe, la luz de la linterna de uno de los policías había iluminado brevemente una de las paredes del fondo, su mente la estaba avisando de que algo no encajaba en todo aquello, por lo que ella recordaba aquellas paredes eran de color azul pastel, pero ahora tenían una tonalidad gris, con manchones más oscuros dispersados de forma aleatoria. Sin pararse a pensar y con grandes zancadas se acercó a uno de los enfermeros y sin mediar palabra le arrebató la linterna.

—¡Señora! ¿Qué está haciendo? ¡Devuélvame la linterna! —escupió el técnico de emergencias cuando por fin pudo sobreponerse del asalto—. ¡No puede estar aquí...!

Desde el punto de vista del joven enfermero, lo siguiente que vio fue algo que tardaría en olvidar, aquella mujer se volvió hacia él golpeándole con la mirada de tal forma que no pudo terminar la frase, más tarde juró a los policías que parecía dispuesta a matarlo si era necesario con tal de no perder la linterna y exponerse a que la obligaran a salir de allí. Aunque claro él no conocía el juego de miradas de la agente literaria, así que siguió su camino hacia la pared más cercana ignorando al consternado enfermero.

Cuando por fin estuvo lo suficientemente cerca como para observar con claridad la pared a la pálida luz de la linterna, sus sospechas se confirmaron, estaban escritas de arriba hasta abajo. Todas las paredes de la casa habían sido usadas para plasmar un frenético y en apariencia caótico texto. En ese momento fue capaz de recordar donde estaba la caja de diferenciales eléctricos de la casa, todos habían pasado por delante, desde los policías, los de urgencias y hasta ella. El cuadro estaba en el pequeño pasillo de la entrada, nadie se había percatado de ello porque quedaba oculto por la puerta, siendo sólo visible si se cerraba la puerta desde el interior de la casa.

Volvió sobre sus pasos, el corazón parecía a punto de salirse de la caja torácica, el haz de la linterna efectuaba un vaivén continuo debido a los temblores. Tomó la hoja de la puerta con la mano izquierda y empujándola la cerró. Allí a su derecha, recubierto por montones de líneas grises de aparente texto inteligible, estaba la caja del cuadro de diferenciales. Sin pensar en que podría estar cargándose el escenario de un crimen, abrió la puertecita de plástico y accionó todos y cada uno de los interruptores que contenía, desde varias partes de la casa se oyeron exclamaciones cuando la luz inundó sus ojos cegándolos momentáneamente.

El escenario que se presentó ante todos los allí presentes fue caótico, varias alimañas sorprendidas por la repentina luz se escabulleron entre los montones de basuras y hojas de papel. Miriam quedó muda de asombro al ver lo que se desplegaba ante ella, a primera vista no quedaba ni un hueco en ninguna de las paredes de la casa en la que no hubiera garabatos. Se acercó a examinar las paredes del corto pasillo y no tuvo problemas para reconocer la letra de Enrique, el trazo era compacto y alargado, con si hubiese escrito a contra reloj, como si creyera que no conseguiría terminarlo a tiempo.

—¡Lo hemos encontrado! —vociferó alguien más allá del salón.

Por puro instinto y porque ya había estado en aquel lugar con anterioridad, dedujo que la voz provenía del cuarto de baño, situado al lado del dormitorio. Sin pensarlo echo a correr hacia allí, esta vez ni se molestó en hacer el más mínimo caso a las protestas de los agentes. El olor fue variando, hasta que se convirtió en un olor dulzón, que sin saber porque Miriam identificó como un hedor a muerte y

desesperación.

El cuarto de baño no era muy amplio, apenas cuatro metros de largo por dos de ancho, en la esquina derecha cercana a la puerta había una bañera llena de agua hasta los bordes, los de emergencias estaban extrayendo de su interior algo que parecía un enorme trapo mojado y arrugado, daba la impresión de que iba a desmenuzarse en cualquier momento como si lo hubiesen sometido a algún tipo de ácido. Cuando sus ojos lograron enfocar mejor, su corazón dio un nuevo vuelco que estuvo a punto de terminar en una tragedia añadida a la ya existente, aquello que estaban manejando los enfermeros era su promesa literaria, o al menos lo que quedaba de ella. Con andares trémulos se fue acercando, hasta que una mano en el hombro la sujetó con fuerza.

—Déjeles hacer su trabajo —aunque debió sonar como una orden, sonó más bien como una petición.

Cuando la agente literaria se volvió en busca del rostro de quien la estaba sujetando, no pudo ejercer su juego de miradas disuasorias, ¿cómo iba hacerlo teniendo los ojos empañados de lágrimas? Sin una palabra dirigió de nuevo su atención hacia lo que estaba pasando al lado de la bañera. Uno de los enfermeros había extendido una manta en la que estaban depositando el cuerpo de Enrique, aunque bien hubiese podido tratarse de unos arqueólogos examinando una momia del antiguo Egipto. Ese era el estado en que se encontraba, un montón de huesos sujetados por una arrugada piel. Lo depositaron suavemente, daba la impresión de que podía romperse en cualquier momento y que alguno de los que lo sujetaban se quedara con un brazo o una pierna entre las manos. Todos dieron un respingo al mismo tiempo, un gemido provino de la garganta de aquella cosa y empezó a moverse ligeramente.

—¡Está vivo! —exclamó alguien.

Miriam miraba hipnotizada como aquel esqueleto cubierto por un fino pellejo se movía con lentitud de espaldas sobre la manta.

Con suma rapidez, nadie podía saber la gravedad en que se hallaba el joven escritor, habían echado a Miriam del cuarto. Trajeron una camilla, con una precisión que solo da la experiencia y coordinados como si fueran uno solo, subieron el cuerpo en ella, saliendo disparados hacia la ambulancia. Cuando los vio pasar, Miriam se sumó a la comitiva, no pensaba rendirse ahora, los enfermeros no le dijeron nada mientras no estorbase, aunque ella ya tenía preparaba, por si le hacían falta, varias de sus miradas más duras guardadas en la recámara.

\* \* \*

En los días siguientes, Miriam permaneció al lado de Enrique. Aunque sus constantes vitales estaban estables, no había recuperado la consciencia. De modo que aún no estaba claro que era lo que había ocurrido, la policía hablaba de un delirio

esquizofrénico con intento de suicidio. Así, que aunque se negaba a reconocerlo, Miriam tenía un fuerte sentimiento de culpa que la obligaba a quedarse al lado del joven escritor. Allí, en aquella aséptica habitación, toda de color blanco y oliendo a desinfectante y a lejía, Miriam lo miraba con compasión, preguntándose como su amigo podía haberse consumido de aquella forma en apenas unos días. Cogió una de las frágiles manos entre las suyas. Para su consternación casi se podían ver los huesos, era como si la piel se le hubiese vuelto transparente. Cada vez que entraba una enfermera, o veía un médico los acribillaba a preguntas, pero la única respuesta que obtenía era siempre la misma «Es demasiado pronto para hacer conjeturas» y así habían transcurrido aquellos dos días.

Hacía apenas unas horas que se lo habían llevado para hacerle radiografías del cuerpo completo, los análisis de sangre no revelaron nada. Cuando regresaron de la sala de radiografía, Miriam volvió a interrogar al auxiliar que como respuesta se limitó a encogerse de hombros. Verlo de aquella forma le encogió el corazón, se sentó a su lado y con lágrimas en los ojos se torturó preguntándose cuanta parte de responsabilidad tenía en lo ocurrido, en su mente resonaban una y otra vez las duras palabras que le había dedicado la última vez que se vieron, pocas horas antes de la firma de libros.

El ruido de la puerta al abrirse la obligó a dejar de autoflagelarse, una cosa era lo que sentía y otra muy distinta demostrar debilidad ante los demás, con un gesto rápido se secó las lágrimas y tras inspirar profundamente se preparó para encararse con quien fuera que entrase. Al principio le pareció una sombra borrosa, luego ya se convirtió en el rostro del joven médico que estaba llevando el caso de su amigo, con la bata abierta, pantalones tejanos y un jersey de color gris se le acercó tendiéndole la mano.

—¿Han descubierto algo? —aunque en realidad su cabeza ya se anticipaba a lo que fuera, su peor escenario sería que hubiesen descubierto algún tipo de tumor.

—Eso creemos, aunque no estamos muy seguros —explicó al tiempo que enganchaba las radiografías en el panel luminoso de la pared derecha—. Mire estas manchas de forma alargada, creemos que podría tratarse de algún tipo de tumor. Hemos contabilizado un total de diez...

—¿Diez? ¿Cómo es eso posible...? —en realidad no terminó la pregunta, otra tomó rápidamente su lugar.

—Doctor, estas radiografías —señaló dos de ellas—. Son consecutivas y podrían superponerse una a la otra, ¿no?

—Así es —respondió el facultativo, sabiendo de antemano a donde quería llegar, pero la permitió hacer.

—Esta mancha y esta otra se corresponden ¿Correcto?

—Sí, es correcto

—Entonces... —dudó unos instantes, repasó de nuevo las radiografías—. ¿Cómo es posible que se haya desplazado ligeramente hacia arriba? Creía que los tumores no se movían.

Sin mostrarse sorprendido ni por un momento expuso su opinión.

—En realidad creemos que se trata de un fallo de la máquina, podríamos sacar unas muestras antes de operarle, a fin de determinar su naturaleza. Pero creo que cuanto antes lo operemos mejor.

—Desde luego ahí hay algo que no debería estar y cuanto antes se lo extraigan mucho mejor —sentenció Miriam, no le gustaba en absoluto el cariz extraño que estaba tomando la situación.

—Sus constantes vitales son estables, algo débiles pero no han sufrido variación en estos días, creo que lo más prudente es operarle antes de que se extienda más, mandaré que lo preparen todo para operarle mañana a primera hora —recogió las radiografías y se marchó.

\* \* \*

Miriam se quedó un rato de pie mirándole, su cara rechoncha lo escrutaba buscando alguna respuesta, se arremangó la camisa azul y se desabrochó un botón del cuello, estaba teniendo un sofoco que la obligó a sentarse. La sensación de ser en parte responsable la asaltó de nuevo, cuando estaba rodeada de gente le resultaba fácil aparentar firmeza, pero cada vez que se encontraba a solas se derrumbaba.

—... que me operen... —al principio le pareció que había oído un suspiro, después y con asombro se percató que Enrique le estaba hablando—. Miriam ...que me operen...

Acercó la butaca todo lo que pudo a la cama, le agarró la mano con firmeza.

—Calma, no te preocupes, todo saldrá bien... —aquello la pilló desprevenida y finalmente se derrumbó, no tuvo ni fuerzas para contener las lágrimas—. ¡Por Dios, Enrique! ¿Qué te ha pasado?

Se sintió desnuda ante él, dejando florecer sentimientos que no se había atrevido a imaginar. Pero era evidente que siempre habían estado allí, ocultos en lo más profundo de su interior.

—Miriam, escúchame... Lo que tengo... Son gusanos, si me operan podrán sacármelos...

No daba crédito a lo que estaba oyendo, tenía que tratarse de una locura, un delirio producto de la enfermedad. Aunque recordó sus propias palabras al ver las radiografías.

—¿Gusanos?, ¿de qué estás hablando?

\* \* \*

Enrique la observó con detenimiento. Ver aquella faceta de su agente literario era algo nuevo, siempre la había considerado fría y obsesionada con las cifras de ventas. Cerró los ojos y trató de reunir fuerzas, sabía que no tenía mucho tiempo, en cuanto su cuerpo mostrara evidencias de una fuerte mejoría todo volvería a empezar.

—¿Recuerdas la tarjeta que hallé en tu coche?

—¿Tarjeta? —inquirió Miriam tratando de recordar.

—Sí, el día de la firma de libros, tras nuestra discusión, encontré una tarjeta en el suelo de tu coche...

Por un instante el silencio fue tan denso que hubiese podido cortarse con un cuchillo.

Enrique trató de esbozar una sonrisa.

—En realidad no tiene importancia. Ese mismo día después de las firmas, me tomé un baño de sales con la intención de relajarme, mientras me estaba desvistiendo la tarjeta resbaló desde el bolsillo del pantalón...

\* \* \*

Allí de pie, desnudo y con los pantalones en una mano, observaba la tarjeta de presentación, que tras hacer algunas piruetas en el aire, había terminado por posarse en las baldosas del cuarto de baño. En realidad no iba a dedicarles más segundos al pequeño evento, hasta que sus ojos se posaron en aquella extraña sentencia «Resuelvo todos los problemas».

Siempre se había considerado bastante escéptico, y la palabra santero ya le puso en guardia, tenía toda la pinta de ser uno de esos farsantes que se aprovechan de la ignorancia de la gente. Sin embargo un pensamiento se coló como una cuña, haciendo fuerza hasta llegar a su mente consciente.

—¿Qué puedo perder por intentarlo? ¿Dinero? ¿Tiempo? ¡Peor será como no recupere la creatividad!

Sin debatirlo por más tiempo, entró en el comedor y cogió su teléfono móvil de encima de la mesa, desde la cual la pantalla blanca del portátil lo observaba con reproche, o al menos esa era sensación que tenía desde que su musa se había declarado en huelga indefinida. A los pocos segundos de haber marcado una voz femenina le saludó desde el otro lado de la línea telefónica. La conversación fue más bien corta, lo único que sacó en claro fue que sin duda resolvían todos los problemas, o al menos es lo que le insistió hasta la saciedad la mujer que le atendió, y la dirección donde se hallaba el consultorio del santero. Algo reticente intentó obtener cita para el día siguiente a lo que la telefonista se negó rotundamente asegurándole que no les supondría ningún problema atenderle esa misma noche, por lo que al final cedió y concertaron la cita para media hora después.

Después de desviarse por un estrecho camino rural, el lugar fue apareciendo en el horizonte, hasta que se alzó imponente con apenas unos focos mal repartidos que le añadían una atmósfera bastante tétrica. El edificio parecía una vieja masía abandonada. Le inquietaba el aspecto del lugar y aún así se obligó a andar hacia la puerta. Se disponía a coger el pomo cuando esta se abrió de golpe, por un breve espacio de tiempo tuvo la sensación de estar mirando directamente hacia la puerta del Infierno. Dio un paso a tras al ver salir del interior de las tinieblas un hombre fornido ataviado con una larga túnica violeta.

—¡Buenas Noches! Señor Enrique Gala, es todo un honor que venga a visitarnos —anunció a voz de grito y con un seguido de varias y complejas reverencias.

—¿Sabe quién soy? —seguía sin acostumbrarse a que su fama fuera creciendo con cada libro que publicaba.

El robusto hombre lo miró con sorpresa.

—Pues claro, mis hijos adoran a Magius, son sus fans número uno.

—Yo... verá... necesito...

El santero le interrumpió con rapidez y gestos rimbombantes.

—¡Por favor! No tiene que decir nada, sé porque está aquí y puedo ayudarle. Me encantaría poder enseñarle nuestras instalaciones pero por desgracia estamos empaquetándolo todo, sin embargo me he tomado la molestia de prepararle algo que le ayudará con su problema —dicho esto extrajo del interior de la manga de la túnica un pequeño bote de plástico al acercarlo a Enrique lo agitó para que oyera el sonido de su contenido.

—¿Pastillas? —inquirió extrañado.

—¡Por supuesto! Hoy en día no es tan distinto de antaño, antes eran setas, hierbas, gusanos... en la actualidad son pastillas ¡Y estas le curarán! —explicó al tiempo que le entregaba el bote—. ¡Aaah! ¡Es muy importante que sólo se tome una!

—¿Una? Entonces ¿Por qué me entrega más de una?

—Porque nosotros nos marcharemos en unos días y puede encontrarse con el mismo problema en el futuro, dentro de un año o dos quizás, así que le conviene tener algunas de reserva.

Con una mezcla de escepticismo y curiosidad tomó el bote en sus manos. Desenroscó la tapa y desde su interior emergió un extraño olor agrio y al mismo tiempo dulzón. En su interior había diez cápsulas de color amarillo y de un tamaño algo considerable, al verlas tuvo la certeza que se le quedaría atascada en la garganta teniendo que acudir a urgencias a que le extrajeran aquella enorme habichuela.

—No se preocupe, se deshacen enseguida, ni notará que se la ha tragado —verlo gesticular de aquella manera empezaba a darle miedo, se preguntó dónde estaría oculta la telaraña en la que se sentía atrapado.

—Bueno, aún no me ha dicho el precio de tan milagroso medicamento —sin

darse cuenta había usando un tono despreciativo del que se arrepintió al instante.

—¡En realidad ninguno! Es decir ninguno de valor, sólo que siga escribiendo más libros de Magius para que mis hijos se deleiten leyéndolos.

—¿Nada más?

—¡Así es! —dicho lo cual empezó a marcharse a una insospechada rapidez hasta que desapareció en la oscuridad de la puerta del edificio.

Allí, en medio de la nada, frente la vieja masía, sin saber exactamente que pensar una repentina sensación de frío se fue apoderando de su interior.

No tardó en alejarse de allí lo más rápidamente posible.

De vuelta a su apartamento, trató en vano iniciar la nueva novela de la saga, pero cada vez que miraba la pantalla del portátil le producía una fuerte jaqueca ver la hoja en blanco del procesador de textos. En parte el hecho de haberse bebido varias cervezas no hacía sino potenciar aquel dolor punzante que le atenazaba la sien. Cansado de dar vueltas como un león enjaulado, entró en el cuarto de baño y del armario espejo tomó el frasco de las pastillas que le había entregado el santero. Por primera vez se entretuvo en leer la etiqueta del frasco que fue como si no tuviera pues la única indicación escrita era «Extracto de Musa», así que no le ayudó en absoluto en su indecisión sobre tomarse o no la pastilla.

Su reflejo en el espejo era más que lamentable, casi avergonzado de lo que estaba viendo apartó la vista, depositó seis de las cápsulas en su mano izquierda y se las tragó, no creía que fuera posible que unas *simples* píldoras fueran capaces de reactivar su perdida creatividad. El alcohol no lo había conseguido tal y como evidenciaba su avanzado estado de embriaguez, ese mismo estado fue el que lo llevó a tomar la decisión de tragarse seis en vez de solo una desoyendo por completo las serias advertencias que le había hecho el santero. Y encima se las tomaba con un tasa de alcohol en sangre más que elevada. Por esa razón acabó por darse cuenta de que en realidad buscaba su propia destrucción ante la imposibilidad de afrontar un posible fracaso en su carrera literaria. Prefería desaparecer a enfrentarse con el desprecio de sus lectores, así muriendo en el auge de la juventud y de su carrera se convertiría en toda una leyenda en el mundo de los libros. Uno más de los muchos artistas que habían decidido acabar con su vida en la cima del éxito. Así con esa idea colocó el tapón de la bañera, abrió el grifo y empezó a desnudarse, en cuestión de segundos las pastillas empezarían a hacer su efecto.

\* \* \*

El agua estaba fría, no recordaba cuanto tiempo había transcurrido desde que introdujo el pie en la bañera hasta que había despertado, toda su piel estaba arrugada y las articulaciones le dolían a causa de la inmovilidad y el frío. Su cerebro estaba embotado, vivo, pero como si su mente estuviera envuelta en una permanente niebla.

Con dificultad se incorporó. No se molestó en buscar una toalla. Lo único que le importaba era alcanzar el bote y tomarse las restantes pastillas antes de que se le pasase el efecto. Con pasos vacilantes llegó hasta el lavamanos donde había dejado el bote con las cuatro pastillas que quedaban.

Las dejó caer en su mano izquierda con torpeza, dos cayeron al suelo con lo que se obligó a arrodillarse para buscarlas. La vista se le estaba enturbiando por momentos. Y ahí fue cuando descubrió la verdad de aquel extraño medicamento que se había tomado. Bajo su rodilla izquierda escucho un crujido apagado. Al apartarla vio que había aplastado una de las cápsulas y entre los resto algo alargado se agitaba desesperadamente. Tuvo que apoyarse en las dos manos al contemplar las convulsiones del diminuto gusano.

La opacidad de su mente le impedía pensar con claridad. Aún así sacó otra de las pastillas y la aplastó con uno de los zapatos, el resultado fue el mismo, del interior de las píldora surgió un diminuto gusano de color gris, con una mancha negra en una de las puntas.

La sensación de irrealidad fue cada vez mayor. Unas fuertes nauseas le provocaban arcadas que no lograron sacar nada. Estaba claro que las que se había tomado llevaban disueltas en su organismo un rato largo. Por tanto debía haber seis de esas cosas moviéndose por su interior...

El pensamiento, las nauseas y la pesadez mental se desvanecieron de golpe. Sacudido por una fuerte descarga eléctrica su cuerpo tuvo varias convulsiones. En su cabeza explotaron miles de imágenes, a un ritmo trepidante y vertiginoso, imparable. Como pudo se arrastró y así desnudo como estaba, se sentó frente al portátil. Sus dedos se movían como relámpagos, accionando las teclas necesarias. El impulso de plasmar todas aquellas visiones era superior a cualquier atisbo de voluntad que le pudiera quedar, en aquel momento solo existían las imágenes y las teclas, todo lo demás desapareció.

\* \* \*

Recobró el conocimiento dos días más tarde, al abrir los ojos lo primero que vio fueron diez carpetas de color azul, en su interior había varios fajos gruesos de hojas, estaban distribuidas sobre la mesa, el portátil estaba cerca de su cabeza, por lo visto una vez más se había quedado dormido en el salón.

Sus tripas elevaron una protesta ante la falta de suministros alimenticios, consultó el reloj del ordenador y descubrió la realidad del tiempo transcurrido. Con razón estaba hambriento, lo más rápido era encargarse una pizza, al incorporarse comprobó que se sentía estupendamente. Cogió el móvil para llamar a la pizzería del barrio, mientras hacía el encargo sus ojos volvieron a caer sobre las carpetas tomó una al tiempo que confirmaba la dirección al encargado.

Extrajo el fajo de hojas que había en su interior comprobando con asombro que se trataba del manuscrito de la nueva novela de la saga Magius, el quinto volumen. Pasó las hojas y empezó a leer el texto, lo más sorprendente era que aunque no en todos los detalles, recordaba haber escrito la mayor parte de los pasajes. Su mirada describió un arco sobre el resto de carpetas. Si era cierto lo que imaginaba debían contener nuevos libros de la saga, con los cuatro ya publicados eran un total de catorce volúmenes, algo que no hubiera imaginado ni en sueños. Había superado con creces todas sus expectativas.

Comerse una pizza no fue suficiente para aliviar la sensación de hambre, de modo que acabó por encargar dos más, lo achacó a que había estado dos días *poseído* por ese arrebató de creatividad. En ese tiempo no había parado ni un solo segundo para descansar, comer o beber. Tampoco era consciente de haber ido a mear ni otras cosas, pero tuvo que suponer que sí lo había hecho.

Ese estado de placidez se vio roto por el recuerdo de lo ocurrido, la bañera, los gusanos... Fue al baño a refrescarse la cara. Lo que le mostró el espejo no le gustó en absoluto, por lo menos tenía que haber perdido unos cinco kilos, ¿cómo era posible? Empezaba a comprender las advertencias del santero, la efusión con que le había ordenado no tomar más de una pastilla. El temor de haber cometido un grave error fue apoderándose de él.

Una nueva descarga sacudió su ser, seguida por el bombardeo de imágenes y letras en un fluir constante e imparable que desbordaba toda su mente.

Tal y como ya le había sucedido la otra vez empezó a moverse, la sensación de ser una marioneta era insoportable, aunque no quedaba mucho de su consciencia para constatar esa ahogada queja.

De nuevo frente al teclado sus dedos volaban, pulsando las teclas, formando palabras que desgranarían todas las imágenes, historias y personajes que a una velocidad vertiginosa volaban dentro de su mente.

\* \* \*

El segundo despertar fue mucho peor que el primero, tenía constantes escalofríos y un dolor punzante como un hierro candente atravesaba su cerebro. Apenas se incorporó tuvo una fuerte arcada que le obligó a doblarse cayendo de rodillas contra el suelo a medio camino de la cocina. La sensación de mareo iba en aumento y no pudo evitar vomitar con fuertes contracciones, de la comisura de sus labios goteó una sustancia verdosa, mezcla de saliva y bilis. Su estomago estaba vacío y aquella repugnante sustancia era lo único que había alcanzado a regurgitar. Las gotas de sudor recorrieron su cabeza confluyendo en la frente creando una pequeña tempestad, los temblores y escalofríos fueron remitiendo. A pesar de toda aquellas sensaciones que lo golpeaban su cuerpo solo pedía una cosa. ¡Comer! Según el ordenador habían

transcurrido cuatro días desde su anterior desvanecimiento, alcanzó el teléfono no tuvo voluntad para negarse, encargó seis pizzas.

La sensación de bien estar empezó a sentirla tras devorar la tercera. En un rincón del salón a la izquierda del sofá empezaban a acumularse las cajas vacías y algunas latas de refrescos, las palpitaciones de su cuerpo que hasta entonces habían estado desbocadas empezaron a ralentizar. A medio bocado del primer trozo de la cuarta pizza se percató que el número de carpetas azules había aumentado, un rápido conteo visual le confirmó sus sospechas, eran veinte carpetas más. Encima de la mesa había un total de treinta manuscritos, y probablemente todos de la saga Magius.

Tomó la decisión de llamar al santero para pedirle ayuda. Con lo que tenía en la mesa tenía asegurada una flamante carrera como escritor, tan sólo tendría que entregar uno de los originales a su agente una vez al año. Tenía que encontrar la forma de que le sacaran aquellos diminutos gusanos de su cuerpo. Rebuscó entre los papeles la tarjeta donde estaba el número de móvil del santero, apenas había empezado cuando la tercera sacudida lo derribó sobre la mesa. De nuevo todo lo demás desapareció sólo existían las imágenes y las teclas, toda la realidad fue anulada por completo.

\* \* \*

El tercer regreso fue aún peor que el segundo, los temblores y escalofríos tardaron más de dos horas en remitir. Despertó tumbado en el suelo al lado de la mesa de trabajo, no tuvo fuerzas para intentar incorporarse. Era completamente incapaz de mantener ninguna línea de pensamiento, lo único que deseaba era permanecer allí tumbado. Necesitaba recuperar las fuerzas y el aliento, se sentía como si hubiese estado una semana sin respirar.

Cuando por fin desaparecieron los espasmos y los escalofríos, trató de incorporarse, las nauseas lo golpearon de nuevo obligándole a permanecer acostado sobre el diminuto charco de saliva y bilis que escupió. A medida que las horas transcurrían su mente se iba aclarando. Necesitaba encontrar el modo de pedir ayuda, aunque no se le ocurría como. Estaba claro que en el momento en que recuperase algo de energía los bichitos de su interior volverían al ataque, la respuesta estaba en actuar ahora cuando su estado era enfermizamente débil.

Lograr subir a la silla de trabajo le supuso el mayor esfuerzo que había hecho en su vida. Ante su ojos vio una enorme pila de carpetas azules, no tenía ni idea de cuantas abría pero debían ser más de cien, ¿de dónde saldrían? Nunca tuvo tantas carpetas almacenadas, ¿en esos arrebatos hacía cosas que no recordaba? No podía detenerse en averiguar esos detalles sin importancia. La cuestión era conseguir ayuda, necesitaba contactar con Miriam, ella era la única que conocía en la ciudad, su lucha contra el bloqueo del escritor apenas le había dejado tiempo para hacer amigos.

Miriam aparte de ser su agente literaria había empezado a parecer algo así como su amiga, o al menos así lo veía él. Se abalanzó contra el teléfono en un brusco movimiento, intentaba ser lo más rápido que podía. Todos y cada uno de los músculos y huesos de su cuerpo se quejaron al mismo tiempo con una descomunal punzada de dolor.

Había logrado descolgar el auricular cuando su cabeza giró contra su voluntad, primero en un sentido y después en el otro. Sintió como si los gusanos la hubiesen usado como el periscopio de un submarino, su vista se enfocó en el montón de restos de cajas de pizzas, había dos enteras, con algunas iniciales manchas de moho, las que no llegó a comerse en el anterior arretrato. Aún débil como estaba su cuerpo empezó a moverse ajeno a sus deseos, no fue capaz de emitir ni el más leve quejido, asistiendo impotente como devoraba aquellos desechos de comida. Su mente sintió náuseas pero su cuerpo no respondió en absoluto a ellas y siguió devorando las pestilentes y mohosas pizzas. Apenas había terminado de engullir la última empezó una vez más el fluir de las imágenes. Intentó resistirse con toda su voluntad pero hacerlo solo servía para volver el proceso en algo muy doloroso. Hasta que no aguantó más y se dejó arrastrar por aquella corriente de letras, imágenes y argumentos. Su último pensamiento real antes de desvanecerse en aquella marea fue que deseaba con toda su alma morir, tenía claro que aquello no pararía y los bichos no le permitirían pedir ayuda.

\* \* \*

Miriam le miraba asombrada, pendiente de todas y cada una de las palabras que susurraban sus labios. Todo aquello era increíble, una de las mayores fantasías que había oído. Pero lo cierto es que ella había visto las carpetas, el estado de casi momificación en que lo encontraron con tan sólo dos semanas de ausencia y lo más fehaciente había visto las radiografías. Ella misma era la que había señalado que las manchas parecían desplazarse. A todo esto una incertidumbre se coló en su cabeza, algo en el relato del escritor no encajaba.

—Quiero que hagas memoria y me digas con certeza cuantas pastillas te tomaste —aunque se veía venir la respuesta y las consecuencias derivadas de ella.

Enrique permaneció unos segundos en silencio observándola extrañado con aquellos ojos vidriosos hundidos dentro de las cuencas. Aunque extremadamente demacrado ella aún reconocía los rasgos de su amigo, no por ello podía evitar la sensación de estar hablándole a la momia de Tutankamón o de cualquier otro faraón. Apenas se atrevía a tocarlo por miedo a que se deshiciera en una nube de polvo y vendas.

—Seis —afirmó con un susurro aunque captó en él la certeza del hecho—. Estoy completamente seguro de ello.

Miriam estaba convencida de que así era, tal y como ella ya había supuesto. Sintió que un enorme peso había caído sobre su espalda, la sensación fue tan real que inconscientemente arqueó la espalda como si luchara contra ello. Tenía que tomar una decisión cuanto antes, no sabía cuál sería la mejor pero si tenía claro que ocultárselo a Enrique era todo menos justo.

—Te hicieron radiografías, buscaban encontrar una razón a tu extrema delgadez, encontraron unas manchas en tu cerebro... —tragó saliva, no sabía cómo decirlo con suavidad.

—Los gusanos —apenas fue una exhalación surgida del interior de Enrique, por un segundo pensó que se lo había imaginado.

—Las manchas son los gusanos —repitió con voz cansina.

Aunque el hecho de que Enrique se le adelantara con la conclusión, aún quedaba lo peor.

—Sí, eso parece...

—Si los han detectado en las radiografías eso quiere decir que pueden extirparlos, tienes que convencerlos para que me operen, aunque sea arriesgado tienen que sacarme esas cosas de dentro... —aunque en su debilidad apenas podía moverse Miriam vio como sus pupilas se habían dilatado ante la idea de poder librarse de aquellas horribles criaturas que lo estaban consumiendo. Eso fue como una nueva cuchillada en su corazón y no tenía forma de escabullirse de aquella situación.

—En realidad, ya lo hicieron... —las fuerzas le fallaron de nuevo, y la tensión se estaba acumulando hasta un nivel insostenible. Finalmente su entereza se quebró por completo y se echó a llorar.

—¿Y qué pasó? —todas sus emociones se reflejaban en sus ojos. Miedo, culpa, desesperanza, impotencia por no poder gritar ni moverse y menos aún salir corriendo de allí, y ante el asombro de la agente literaria, consiguió agarrar todas esas emociones y las hundió en lo más profundo de su ser, en aquel momento todas ellas no hacían sino que nublar su capacidad de razonamiento—. No resultó ¿verdad?

—No, cuando abrieron el lugar donde indicaban las pruebas que te hicieron, simplemente no había nada.

—Hijos de puta, son muy listos, debieron esconderse en otra parte...

—Sí, en las siguientes pruebas los localizaron en tu hígado, desconocen lo que son...

—Como ya te dije son gusanos, deben desplazarse por el flujo sanguíneo —afirmó haciendo que todo encajara de nuevo.

—Hay más... Me dijiste que te tomaste seis pastillas y en cada una había un gusano ¿no?

—Así es.

—En la radiografía había diez manchas...

—¡No puede ser, no puede ser! —el lamento del joven escritor sonó como uno de esos fuelles antiguos que se usaban para avivar el fuego.

—Creo que se reproducen... —por segunda vez se derrumbó y permitió que las lágrimas fluyeran. Todo aquello tenía que tratarse de una pesadilla y deseó con toda su alma despertarse.

—Miriam, no llores, esto es sólo culpa mía, el curandero me advirtió que únicamente me tomase una pastilla. Si le hubiese hecho caso nada de esto habría pasado... —un acceso de tos le obligó a interrumpirse, de su boca brotaron gotas de saliva y sangre, su estado parecía crítico.

Se levantó con presteza de la butaca para limpiarle la boca con cuidado, no pudo evitar el temblor de sus dedos al rozar aquellos labios azulados.

—No te preocupes, *ellos* no me dejaron morir. Esperaran a que me recupere y volverán a actuar —suspiró con resignación, su piel correosa se agitó levemente como si estuviera llorando, aunque en realidad no brotó ninguna lágrima—. No permitas que todo esto haya sido en vano. Prométeme que te encargarás de todo, tienes que ayudarme a acabar con esto antes de que mi cuerpo se empiece a recuperar. Es el único modo de que no puedan evitarlo...

En toda la colección de miradas que Miriam usaba para conseguir sus propósitos no había ninguna que se le pareciera a la que se veía en su rostro. Expresaba muchas emociones mezcladas, horror, rechazo, miedo, compasión y un largo desfile de contradicciones que la abatieron por completo.

—No creo que pueda... —aunque esa era su impresión inicial, verlo allí, sabiendo que cada vez que se recuperase los gusanos le provocarían otro *arrebato* y otro, y cada vez más largos y duros, la hizo cambiar de opinión. No era justo permitir que siguiera viviendo ese infierno. Aunque se lo hubiese provocado él mismo. Además ella también era responsable de lo ocurrido—. Está bien, ¿qué quieres que haga?

Muy levemente pero tras un esfuerzo se formó una sonrisa en los labios resecaos y azulados.

—La almohada... ¡Ahora! —sentenció haciendo acopio de fuerzas.

—¿Qué? ¿Ahora? —el vello de la nuca se le erizó por completo.

—Miriam, dijiste que en las últimas radiografías se habían alojado en el hígado ¿no?

—Sí, así es —respondió insegura de comprender algo.

—Tiene que ser ahora. Si por un momento sospechan algo actuaran y trataran de impedirlo por todos los medios. Ahora están escondidos y mi cuerpo está demasiado débil para luchar —hizo una pausa, consciente de lo duro que era lo que estaba pidiendo, pero convencido de que accedería—. Por favor, ayúdame a salir de este cautiverio.

—Yo... —alargó su mano izquierda y retiró la almohada sobre la que reposaba la cabeza de Enrique, hizo una inspiración profunda.

—Recuerda tu promesa, no dejes que esto haya sido en vano —suplicó por última vez.

—Te lo prometo —dejó caer la almohada sobre la cabeza del desfallecido escritor, para después entre un mar de lágrimas ejercer toda su fuerza sobre ella. Desde el otro lado apenas se escucharon leves gemidos que fueron acompañados por algunos espasmos sin fuerza, en realidad dejó de moverse más pronto de lo esperado. La alarma de los equipos de monitoreo la sorprendió de golpe, no había pensado en ello, en apenas unos segundos las enfermeras estarían allí. Tenía el tiempo justo para colocar la almohada en su sitio y rezar para que nadie sospechara nada, apenas estaba terminando cuando la puerta se abrió de golpe y de ella surgieron rápidas como un rayo. No tuvo que fingir sus lágrimas y tristeza. La empujaron a un lado y en los siguientes minutos se sintió invisible, observando desde aquella esquina de la habitación como trataban de salvarle la vida, preguntándose qué ocurriría si lograban reanimarlo.

\* \* \*

La noticia de la muerte de Enrique Gala Collins, sacudió a toda la comunidad literaria. Miriam como depositaria de todo su legado artístico se comprometió públicamente a revisar todos los manuscritos que había dejado atrás tan brillante escritor. Dos días después del obituario, se vio con coraje para entrar en el apartamento de Enrique. Ahora tenía por delante el arduo trabajo de ordenar aquel desastre, estaba segura de que lo que había escrito en las paredes era toda una novela completa, de modo que contando esa y las carpetas azules al menos debía haber un centenar de manuscritos. El legado de toda una vida, no era extraño que lo hubiese consumido de ese modo, no podía imaginar a que ritmo tendría que haber trabajado para conseguir todo ese material en poco más de dos semanas.

No dejaba de picarle la curiosidad por conocer el título de la historia de las paredes, de modo que empezó a desplazarse por todas y cada una de las habitaciones buscando el inicio. Al principio no se había percatado, pero tras observar la cuarta pared descubrió en la esquina inferior izquierda un número rodeado de un círculo. En las siguientes se confirmó el hecho de que ese era el indicador del orden de lectura, tan solo tenía que encontrar el número uno.

Tras varias paredes, un impulso desconocido la llevó a adentrarse en el cuarto de baño, allí en la pared visible encima del espejo aparecía en grandes letras el título «*Magius Reencarnado*». En la esquina izquierda el esperado número uno dentro de un círculo. Al fin había dado con él. Tenía que haber algún modo de poder llevarse el texto, sin tener que transcribirlo a mano. Después de mucho estrujarse los sesos,

Miriam halló la solución. En su despacho tenía un ordenador con un potente software de reconocimiento de caracteres, incluso llegando a reconocer textos manuscritos, o escanear imágenes en busca de texto, tan sólo tenía que sacar fotos de las paredes para que el programa hiciera su trabajo. Las fotos podía tomarlas con su móvil, no era de última generación pero era lo suficientemente bueno como para sacar fotos en una excelente calidad. En eso estaba, sacando su teléfono del bolsillo del pantalón, cuando este se le resbaló de los dedos. La tensión sufrida aquellos últimos días aún hacía estragos en su coordinación. Por suerte el golpe no fue muy duro, al menos no se desmontó en varias piezas, como había ocurrido con su anterior teléfono, pero con el rebote se deslizó debajo del armario de las toallas.

—¡Mierda! —exclamó con rabia, al tiempo que se agachaba para recuperarlo.

Deslizó con sumo cuidado los dedos por debajo del armario. No le fue difícil constatar la cantidad de polvo que se había acumulado allí debajo. Avanzó un poco más hasta que rozó un objeto cilíndrico, lo tomó entre sus dedos. Rebuscó un poco más y casi al fondo tocó la superficie metálica de su aparato telefónico, lo agarró con cuidado de no perder el otro objeto, cuando estuvo segura sacó la mano de debajo el armario, le alegró ver que su móvil no había sufrido ningún daño y en apariencia funcionaba correctamente. Su sorpresa fue mayor al descubrir que el otro objeto no era sino un pastilla de color amarillo, con dos letras grabadas «E M».

—E M —musitó Miriam—. ¡Joder! ¡Extracto de Musa, es una de las pastillas de Enrique!

Con un acto casi reflejo, al pensar en los gusanos en el cerebro de su amigo, se acercó al inodoro con el objeto de tirarla allí dentro,

—«El curandero me advirtió que únicamente me tomase una pastilla, si le hubiese hecho caso nada de esto habría pasado...» —la voz del fallecido escritor resonó en su cabeza.

La contempló unos segundos notando que su aprensión inicial empezaba a ceder.

—Bueno, ahora yo sólo tengo una ¿no?

## Susurros en la Oscuridad

Al principio no fue más que un suave quejido, casi imperceptible en la oscuridad de la habitación, aún así fue suficiente para despertar a Valerie, en realidad ya debería estar acostumbrada, pero no podía evitar despertarse sobresaltada al mínimo ruido. Llevaba meses sin dormir ni una sola noche de un tirón, para ello estaba aquel estúpido chisme dispuesto a impedírselo, todas y cada una de las noches. De modo que allí estaba ella, con el corazón desbocado, totalmente quieta a la espera de oír el siguiente ruido, cualquier indicio que le diera una pista sobre la urgencia de la situación. Al poco de estar a la espera, saltó de nuevo el ruido, el intercomunicador era peor que una campana, daba la impresión de que un enjambre se había introducido en su interior. Entre el estruendo fue capaz de distinguir la pesada respiración. Todo parecía estar en orden, aún así la tentación de salir de su dormitorio, bajar las estrechas escaleras hasta la planta baja y colarse en el de su padre fue bastante fuerte.

Nunca había sido una mujer segura de sí misma y cada vez que tomaba una decisión sentía que estaba cometiendo el peor error de su vida, pero también era consciente de que el único modo que tendría para llevar a cabo la erradicación de sus dudas sobre el estado de su padre era despertándolo y aunque muchas noches se había imaginado haciéndolo, nunca se atrevió a zarandearle hasta despertarlo solo para preguntarle.

—¿Papá estás vivo?

De modo que siempre había optado por permanecer allí tendida en la oscuridad esperando oír el siguiente ruido procedente del intercomunicador y rezar para que entre el estruendo rugido el enjambre fuera capaz de distinguir su respiración.

En realidad no es que la relación entre ambos hubiese mejorado con los años, podría decirse que se mantuvo estática. Ambos sabían que el punto de unión había sido su madre, de modo que cuando ella murió su lazo sentimental simplemente se mantuvo congelado en una extraña cercanía distante; aunque al principio Valerie prefirió encerrar su dolor en su interior.

Ahora y tras la segunda embolia que había sufrido se sentía en la obligación de cuidar de él como si se tratase de un hijo, y por ello no dejaba de ser irónico ya que ella siempre había rehuido las relaciones serias porque no se sentía preparada para tener y cuidar de una familia, no se veía responsablemente capaz de cuidar de una criatura indefensa como un bebe. Pero la vida había demostrado ser completamente sorda a sus deseos y peticiones de modo que ahora tenía que lidiar con un bebe de setenta y ocho años.

Todas las noches se repetía aquella situación, varias veces se despertaba sobresaltada y mientras esperaba el siguiente ruido, se entregaba de lleno a todas

aquellas inquietudes que no dejaban de asaltarla, era mucho peor que tener una pesadilla que se repitiera día tras día, sin parar, en el fondo ella sabía que aquel infierno se lo había creado ella misma, y fuera a donde fuera lo llevaba arrastrando consigo. No en vano había pensado muchas veces en huir de allí, irse a otra ciudad, incluso escapar a otro país, pero era consciente que fuera a donde fuera su infelicidad interior iría con ella. Todas esas fantasías se desmoronaron al oír el segundo ruido acompañado de los ronquidos, esa era su ancla a la vida cotidiana, la que le hacía volver y poner los pies en el suelo. ¿Cómo iba a dejarlo sólo? ¿Qué clase de persona sería? ¿Cómo se atrevía a pensar en ello? Las sombras se agitaban a su alrededor como si percibieran todos los cambios de humor que en ella se producían. La dureza del colchón le recordó que debía intentar dormir algo.

Agitándose inquieta, se envolvió en la sabana asomando sólo la cabeza esa era su forma de fingir que la estaban abrazando y evitar sentirse sola. Si no descartaba aquellos angustiosos pensamientos no pegaría ojo en toda la noche y al día siguiente le sería completamente imposible enfrentarse a su jornada de trabajo como camarera. ¿Cómo era posible que además de todas sus penas y sufrimientos, encima tuviera que trabajar de camarera? Odiaba ese trabajo, la hacía sentir estúpida y encima tenía que aguantar la amargura y las malas caras de los demás.

Esa noche, como la mayoría de las noches, no pegó ojo, le fue completamente imposible detener los pensamientos que constantemente la asaltaban, así que a las seis de la mañana lo que la sobresaltó no fue el ruido del insoportable vigila-bebés, sino la alarma del despertador, esa era la hora en que se vestía como un rayo, no porque llegara tarde a su desafortunado trabajo, sino por el temor de que su padre se despertara. Como mucho, apenas cinco minutos después de que ella se fuera, él ya estaría despierto gritando su nombre.

El primer día que logró escabullirse antes de que despertara, los remordimientos pudieron más que el convencimiento de que era más que capaz de ingeniárselas para vestirse sólo. No desaparecieron ni cuando volvió al mediodía al salir del trabajo. Verlo vestido fue un alivio, a pesar de todo ello los remordimientos no la abandonaron por completo hasta una semana después. Aún así no podía evitar sentirse como una ladrona al escabullirse escaleras abajo y andar de puntillas al pasar frente a la puerta de su dormitorio. Para su desgracia la puerta de la calle estaba justo al lado de la habitación donde dormía su padre. Valerie estaba convencida de que con el valor suficiente sería una estupenda ladrona. El modo tan suave, milimétrico, paso a paso y sin ruido en que era capaz de hacer girar la cerradura de la puerta hubiera sido la envidia de cualquier ladrón de guante blanco.

En la calle no se atrevía a ponerse los zapatos hasta que no estaba a un mínimo de veinte metros lejos del portal, lo cual producía la imagen de alguien que tras echar una cana al aire escapa antes de que la otra parte empiece con preguntas personales.

En realidad así era como escapaba sus frecuentes escauceos sexuales. Aquella mañana fue consciente, a escasos minutos del amanecer, con la chaqueta gris doblada en un brazo y los zapatos en la mano, escapando por la calle de su padre de puntillas, que en los últimos meses cada amanecer lo había visto en esas condiciones, no importaba de donde escapara, de su padre o de un amante, la verdad era que el sol salía a su encuentro y la sorprendía en la calle con los zapatos en la mano.

Apenas si había dado unos pasos alejándose calle abajo.

—¡Valerie! —la voz llamándola sonó clara en la calle desierta.

Se volvió hacia el otro lado. La conocía perfectamente, pertenecía a su madre. Se quedó absorta mirando la desierta calle, las blancas paredes encaladas resplandecían ante la creciente luz del amanecer. Desde su fuero interno deseaba verla aparecer tras la curva casi al final de la calle con la bolsa del pan debajo el brazo y andando sin prisas, a su ritmo, con la sonrisa en el rostro coronado por el ensortijado pelo castaño y llevando aquel largo vestido estampado con flores. Esa hubiese sido su mayor alegría. Si de ella hubiese dependido, se habría quedado allí dispuesta a esperar a que su madre apareciera por detrás de la curva todo el tiempo que hiciera falta, aunque eso hubiese significado esperar toda su vida. Tenía la certeza de haberla oído pronunciar su nombre con la misma claridad con que oía los ruidos de la ciudad que empezaba a despertar, el imparable avance del tiempo, el ruido de la creciente actividad en la panadería cercana, todas ellas le gritaban sin cesar que se moviera o iba a llegar, otra vez, tarde al trabajo.

La tristeza escaló por sus pies, clavándole las uñas a cada centímetro de terreno que conquistaba. Finalmente logró dar un paso, y luego otro, con el corazón roto y listo para que la tristeza una vez más hiciera en él su nido y se acomodara en su interior, con todo su cuerpo marcado por el recorrido hecho por la pena desde los pies hasta su pecho. Le dio dos sacudidas al corazón y Valerie lo sintió, roto, triste, desilusionado hubiera dado con gusto su vida con tal de que su madre hubiese aparecido al otro lado de la calle. Arrastrando sus pies descalzos por los fríos adoquines y totalmente desecha en lágrimas, siguió su camino hasta el bar donde trabajaba. No es que fuera un restaurante de lujo ni la mejor cafetería del mundo, sino un bar-cafetería en el que paraban a desayunar muchos trabajadores antes de iniciar su jornada laboral. Aquella vez, dio un rodeo algo más largo de lo habitual antes de decidirse. Tenía que coger todo ese dolor y tristeza y encerrarlos en lo más hondo de su interior. Si había algo que no soportaba era que pudieran considerarla una mujer débil, odiaba que la vieran llorar o dudar, a pocos metros de su destino se calzó los zapatos negros de tacón medio y aquel simple gesto para ella era como embutirse en una coraza de plata, una coraza que ocultaba sus debilidades, y la dejaba lista para encararse a quien hiciera falta. El ritual terminó cuando se secó las lágrimas con la manga del jersey en un gesto despreocupado y veloz. Por suerte no le gustaba

maquillarse, ella ya tenía su coraza de plata tras la que ocultarse y no necesitaba esconderse bajo potigues.

Anabel ya había abierto las puertas del local, se saludaron con un simple gesto de cabeza, su relación con ella no es que fuera una maravilla, aunque dicho sea verdad tampoco era una maravilla con nadie, entró en la trastienda donde recogió el delantal verde y la estúpida cofia que les obligaban a llevar. Se arremangó y sin demorarse más tiempo salió detrás de la barra encendiendo la cafetera para que se calentara.

Los primeros clientes de la mañana empezaron a entrar y desde ese momento hasta que faltaban pocos minutos para salir, Valerie no volvió a pensar en lo ocurrido aquella mañana.

\* \* \*

Puntual como sólo ella sabía ser su amiga Luisa Fernández entró por la puerta del bar a escasos veinte minutos de la hora en que Valerie terminaba su turno. Como ya era habitual en los últimos años, cada miércoles, quedaban para comer juntas. La noche anterior ya tuvo la precaución de dejar la comida de su padre lista en el frigorífico, de modo que lo único que este tuviera que hacer era calentarla en el microondas y aunque nunca se había quejado directamente por la tarde tendría que enfrentarse a la mirada acusadora «he tenido que comer solo». Apartó esos pensamientos de su cabeza, sacó el cacillo de la cafetera y tras rellenarlo con café lo volvió a encajar en ella. A Luisa le gustaba el café cargado y con poco azúcar. De todas sus amistades a lo largo de su vida aquella era la única en que se había esforzado en conservar de verdad, le gustaba la sinceridad y franqueza con que siempre le había hablado, haciéndole ver todas aquellas cosas que ella rechazaba. Admiraba su cuerpo, incluso después de haber parido dos veces no había engordado ni un sólo milímetro. Algunas veces conseguía hacerla sonrojar cada vez que la miraba con picardía y le aseguraba que si fuera lesbiana estaría locamente enamorada de ella y se echaban a reír como adolescentes. Algunas noches, Valerie se confesaba a si misma que en realidad sentía cierta atracción sexual hacía su amiga, y aún a sabiendas de lo abierta que era de mente, la sola idea de que se alejara de su lado la aterraba profundamente, prefería tener su amistad a arriesgarse a perderla por querer *algo más*, en todo caso quien sabe quizás aquella intimidad que compartían finalmente desembocaría en...

—¡Valerie! ¡El café está rebosando! —esa voz era capaz de hacerla volver a la realidad, cuando se volvió Luisa estaba riéndose—. Me gusta cargado ¡No aguado!

Valerie tuvo que hacer un esfuerzo por olvidar aquellas emociones y lograr comportarse con *normalidad*.

—Perdona, hoy he dormido fatal —respondió tras detener la cafetera y la catarata de café.

Luisa tenía esa permanente manera de mirarla con complicidad que la derretía por dentro. Con rapidez y sin pensarlo le preparó otro café, esta vez sin desborde por exceso de agua.

—¿Otra vez el vigila-bebés?

—Sí, ese aparato infernal no deja de hacer ruido —confirmó Valerie con un gesto de enfado.

—¿Por qué no lo cambias? —la desafió mientras removía la sacarina que acababa de echar en la taza.

Valerie le devolvió la mirada como diciendo burlonamente «Que lista».

—Porque mi padre esta encaprichado en él, dice que es el único que vale.

—Pues cargártelo —la mirada de Valerie la hizo reír—. Al aparato, no a tu padre. Te lo cargas y compras otro.

—Claro, y me padre me obligaría a comprar otro igual, si no es el que él quiere me lo hace descambiar en la tienda.

—Dile que ya no lo fabrican —le respondió Luisa sin darle importancia.

Valerie se quedó pensativa, mientras se quitaba el delantal preparándose para salir. Se despidió de Anabel con un simple gesto de cabeza.

—Hija, no sé cómo puedes trabajar con alguien y no relacionarte con ella en absoluto —le recriminó Luisa.

Como respuesta a un tema que Valerie daba por zanjado desde hacía años se limitó a encogerse de hombros.

De todos los restaurantes de la ciudad, eligieron el más elegante de todos los más económicos que conocían, a decir verdad iban casi siempre al mismo, Valerie sentía un extraño vínculo, quizás tuviera que ver con los asesinatos que años atrás allí se cometieron cuando era un bar de copas. El caso es que el *Manhattan* era su restaurante favorito, siempre que podía arrastraba a Luisa hasta allí, donde devoraban un espléndido risotto con salsa de setas.

—Bueno, ¿vas a contarme lo de anoche o no? —la apremió Luisa.

Valerie le sonrió, aquella era una de las muchas características que adoraba de aquella mujer, tenía la capacidad de hacerla sentirse alguien querido, y ver en ella aquel sincero interés que reflejaban sus ojos color miel la hacían sumergirse dentro de esa dulce mirada.

—En realidad no es nada, sólo que me pareció... —asaltada por el recuerdo se le formó de nuevo un nudo en la garganta que le impidió continuar.

—¿Sólo qué...? No te quedes a medias —le volvió a apremiar.

De tratarse de otra persona la hubiera mandado a paseo diciéndole que se metiera en sus asuntos, pero no era *otra persona*, y eso hacía el proceso más difícil todavía, el tener que dejar fluir sus emociones siempre la incomodaba. Luisa era la única capaz de ejercer el suficiente poder sobre ella como para empujarla a hacerlo.

—Esta mañana, cuando salí de casa de mi padre...

—Sí —Luisa demostraba ser consciente de lo difícil que le estaba resultado y la estaba dejando que siguiera a su ritmo y eso lo agradeció de verdad.

—Me pareció oír a mi madre llamarme... —cuando la palabra madre brotó de sus labios la acompañaron dos lágrimas en sus ojos. Había deseado que no fuera así, pero a pesar de haber transcurrido dos años desde su muerte le era completamente imposible mencionarla sin emocionarse hasta el punto de llorar, hablar de ella era recordar que ya no la volvería a ver más y eso era imposible de asimilar.

—¿Estás segura de eso?

—No, no, claro que no lo estoy, en realidad estoy convencida que fueron imaginaciones mías, pero fue tan real...

Luisa la estaba observando mientras ella jugueteaba nerviosa con el tenedor. Le gustaba como caía sobre sus hombros su pelo largo y oscuro.

En cuantas ocasiones habría deseado poder rozar aunque fuera por un segundo aquellos labios tan perfectos. Sentirse observada de aquella manera le hizo preguntarse que estaría pensando en aquellos momentos. Pero también sabía que había desviado sus pensamientos a propósito, para evitar pensar en ello de nuevo, además centrar toda su atención en Luisa era mucho más agradable.

—Creo que tu subconsciente intenta decirte algo —aventuró su amiga.

—¿Decirme el qué?

—Creo que aún no has pasado el luto por la muerte de tu madre, de hecho creo que has estado evitándolo todo este tiempo.

Así que allí, en el restaurante favorito y delante de su mejor y *casi* única amiga Valerie echo a llorar sin control. En alguna parte de su mente, las piezas habían ido encajando una a una hasta formar el enorme y doloroso puzle de la muerte de su madre, se sentía como si hubiese llevado una venda y Luisa se la hubiese quitado de golpe, con lo que no le quedaba otra alternativa que encarar de una vez que su madre se había ido para siempre, y por muy doloroso que eso fuera debía rehacer su vida sin culpar a los demás de su pérdida y eso incluía no culpar a su padre.

\* \* \*

A pesar de ello aquel día hizo lo imposible para retrasar su regreso a casa de su padre hasta que tuvo la certeza de que ya se habría acostado. No suponía ningún esfuerzo para ella encontrar excusas con las que prolongar el tiempo que estaba compartiendo con Luisa. Del mismo modo que cuando se marchaba de la casa de madrugada también era toda una experta en abrir la puerta desde la calle sin apenas hacer ruido, se disponía a pasar de largo cuando una punzada de remordimientos la atacó, así que concentrándose al máximo abrió con sumo cuidado la puerta del dormitorio de su padre. En la oscuridad de la habitación, lo vio moverse en sueños,

parecía estar teniendo una pesadilla, allí en la penumbra estuvo un largo rato observándolo, sufría incluso en sueños.

—Miriam... —fue un simple murmullo agitado.

Ahí estaba todo, en un segundo, una sola palabra y su percepción de las cosas cambió. No era la única que arrastraba un duelo mal gestionado, que echaba en falta a su madre, quizás no al mismo nivel, pues ella no tenía ochenta y siete años, ni le fallaban las piernas al intentar sostener casi cien kilos de peso ni sentía una completa falta de interés por lo que ocurría a su alrededor. Sólo sentarse ante el televisor para alimentarse de la basura de los *reality shows* y de las interminables tardes de películas del Oeste. Se preguntaba si en realidad había perdido las ganas de vivir, si retenerla allí era simplemente un síntoma más de ello, así no tenía una razón por la que salir del su casa, como si ya estuviera encerrado en su tumba.

—Todas las noches le rezo a tu madre para que venga a buscarme —le confesó en una ocasión.

El recuerdo de aquellas palabras la sacudió de nuevo, Valerie desconocía hasta que punto su padre deseaba o no seguir viviendo.

«Quizás sería mejor...».

Pensarlo la horrorizó pero se vio a si misma cogiendo una almohada, colocándola suavemente sobre el rostro dormido y apretar hasta que dejara de moverse evitándole que siguiera sufriendo una vida que no deseaba... Y aunque la visión apenas duró treinta segundos el impacto en su corazón ya estaba hecho, retrocedió asustada de sí misma, escandalizada por lo que podía hacer. ¿Qué clase de monstruo era que había sido capaz de verse asesinando a su propio padre? ¿Era compasión o simplemente puro egoísmo para quitarse la responsabilidad de tener que cuidarlo? Cada vez se sentía más agitada ante ese vaivén de sentimientos contradictorios y optó por salir del dormitorio, cuanto antes se tendiera en la cama de su cuarto tanto mejor, empezaba a sentirse mareada y tropezó varias veces mientras subía la estrecha escalera.

Se sentó en la cama y tuvo que hacer verdaderos esfuerzos por lograr quitarse la ropa, se sentía como si hubiese estado bebiendo toda la noche, era extraño, ni Luisa ni ella habían bebido nada de alcohol, no tenían costumbre de beber entre semana, el mareo iba en aumento y descartó intentar ponerse el camisón, desnuda como estaba se metió debajo de las mantas desando que Morfeo decidiera descender sobre ella con rapidez antes de que el mareo la dominara y empezaran las nauseas. El intercomunicador le dedicó un sonoro zumbido a modo de buenas noches, lo que provocó que se maldijera a si misma por olvidarse por completo de romper el maldito trasto. Esa era una de las cosas que odiaba de sus encuentros con su amiga, la absorbía tanto que se le olvidaba todo lo demás, y aunque Valerie sabía que eso no era nada bueno tampoco tenía muchas ganas de combatirlo, ya que consideraba el mero hecho de estar a su lado como lo más maravilloso del mundo, y si por

casualidad *provocada* conseguía aunque fuera levemente rozarle la piel era un éxtasis de placer. Sólo de pensar en ello se excitó, fue como si el mareo la hubiera conducido a una desinhibición como la producida por alguna droga, aunque quizás sólo era una forma más de huir de las emociones desatadas mientras veía a su padre durmiendo.

Con un gemido apartó cualquier reflexión que quisiera entrometerse, su cuerpo estaba ardiendo y deseaba recrearse en ello. Imaginar que sus manos no era las suyas, sino que era Luisa quien la estaba acariciando, recorriendo todo su cuerpo, jugando con su sexo. La sacudida de placer la hizo arquearse mientras intentaba controlar sus gemidos, en aquel momento se sintió feliz, pero no duró mucho pues el deseo de que hubiese sido real la hizo sentir avergonzada por conformarse con sólo eso. Con esa sensación y exhausta por la constante montaña rusa en que se habían convertido sus emociones acabó por dormirse, lo cierto es que para su desgracia los sueños no fueron demasiado apacibles, quizás podría decirse que estuvieron en consonancia con su cambiante estado de ánimo y pasaban de secuencias agradables a escenas angustiosas, parecía como si hubiese enlazado con la angustia que desprendían los sueños de su padre. En todo aquel maremágnum de sentimientos encontrados el cuchillo de la realidad resquebrajó el tejido creado por Morfeo en forma del escandaloso chirrido del vigila-bebés, sobresaltada por aquel penetrante sonido Valiere regresó al mundo de los insomnes, y por primera vez estuvo agradecida de que aquel infernal trasto hubiese acudido en su rescate, el mundo de los sueños aquella noche no estaba resultando nada agradable y no le apetecía en absoluto de nuevo volver a sumergirse en él.

Tembló de frío bajo las sabanas, su cuerpo desnudo estaba helado, se levantó de la cama para rebuscar en el ropero, estaba convencida que ponerse el camisón no iba a servir de nada, necesitaba algo más contundente. Recordaba haber visto un pijama de franela gruesa en alguno de aquellos cajones, tenía que darse prisa pues estaba tiritando cada vez más.

—¡Joder! Qué pronto ha llegado el frío —exclamó entre temblores.

El instante en que sus manos tironeaban un viejo pijama azul celeste de entre un montón de ropa apretujada en el cajón, el intercomunicador saltó de nuevo con uno de sus estremecedores chillidos que tan bien conocía. Permaneció en silencio y a la escucha mientras se ajustaba el pijama a pesar del olor a rancio y a naftalinas. Esperaba como siempre oír la pesada respiración de su padre, pero esta vez no volvió, Valiere empezó a preocuparse, sin duda ese fue el momento más largo de su vida en el que estuvo conteniendo la respiración, con la mirada fija en aquel chisme que tanto había odiado. Con la apariencia de un walkie-talkie de color blanco, no más grande que un puño, era el centro de toda su atención, cada segundo que avanzaba y seguía sin producirse el esperado chirrido, más aumentaba su ansiedad, el silencio que la envolvía parecía abrazarla como una suerte de presagio mortal, como si su corazón

desbocado pudiese hablar con el frío silencio que se adueñaba de todo y este le contase que se estaba produciendo algo mortal, que se preparase para lo peor puesto que no era nada bueno lo que estaba ocurriendo en el dormitorio de su padre. Finalmente el vigila-bebés rompió su prolongado silencio, aunque no del modo habitual, pues no hubo ni chirrido ni zumbido sólo susurros. Normalmente el tiempo que permanecía activado emitiendo su estruendoso parloteo apenas era cuestión de segundos, pero en aquella ocasión por más de tres minutos seguidos permaneció retransmitiendo lo que acontecía en el dormitorio de su padre, de modo que aunque la sorpresa inicial fue mayúscula, al poco se percató de la realidad de lo que estaba oyendo, algo parecido a una extraña oración en una lengua desconocida.

—In talhuj mac'l, In talhuj mac'l —de algo sí estaba segura, aquella no era la voz de su padre.

¡Algún extraño se había introducido en la habitación de su padre! Se abalanzó a la puerta, mientras desde el intercomunicador seguía oyéndose aquel rítmico murmullo, desde lo alto de la escalera se oía perfectamente como el sonido tenía su origen en el dormitorio de su padre.

Como si de una gata en plena cacería se tratara fue descendiendo uno a uno los veinticuatro escalones, en cada uno se detenía unos segundos atenta a los ruidos que provenían desde la planta inferior, en toda su vida no se había movido de aquella forma pero su cuerpo respondía como si lo hubiese hecho siempre, al acecho, dispuesta a saltar sobre cualquier amenaza que apareciera.

Al descender el último peldaño tuvo unos instantes de duda, si debía enfrentarse a extraños no podía hacerlo con las manos desnudas. Con extremo silencio cruzó el pasillo en dirección opuesta. Cualquier observador ajeno habría pensado que estaba huyendo, pero nada más lejos de la realidad, al final del pasillo se hallaba el diminuto comedor, en el que apenas había cabida para dos butacones, una mesa de centro y el mueble de la televisión, en realidad ese era su punto de parada. Detrás del enorme aparato, colgado en la pared había un cuadro antiguo en él se veía un centauro tensando un arco, los vivos colores del mismo, incluso en la penumbra del cuarto le conferían un extraordinario realismo que parecía que la figura cobraría vida en cualquier momento. Con sumo cuidado, Valerie apartó la pintura, oculta detrás se descubrió una caja fuerte, sin vacilación giró la rueda deteniéndose en los puntos precisos, con un chasquido se abrió y de su interior extrajo una pistola, esperaba no tener que usarla y que hiciera su trabajo de intimidación, no era de gran calibre, y a pesar de estar reluciente y bien cuidada en realidad era antigua. Perteneció a su abuelo, un capitán militar que instruyó a los reclutas en el cuartel militar de las afueras de la ciudad, aunque ella en realidad nunca llegó a conocerlo, falleció cuando apenas había cumplido cuatro años de modo que todo lo que conocía de él era por las historias que le contó su padre durante su niñez. Cogió uno de los cargadores y lo

insertó en la diminuta arma, aunque para ella era lo suficientemente grande como para insuflarse algo más de valentía, con ella empuñada en su mano derecha se encaminó de regreso por donde había venido, ya era hora de no perder más tiempo y descubrir que estaba pasando en el cuarto de su padre. El inquietante rezo no había disminuido ni un sólo instante, y en ningún momento fue capaz de identificar ni una sola de las palabras que estaba oyendo. El pasillo no tendría ni diez metros de largo desde donde ella estaba, pero aún así a cada paso que daba este parecía crecer otro paso, durante lo que se le antojó una eternidad pareció como si no avanzara ni un sólo milímetro.

Cuando llegó a la altura de la escalera y se agarró a la barandilla como queriendo recobrar la realidad física de la casa, su mano izquierda se aferró a las barras de madera con fuerza mientras reposó su frente en la barandilla, respiró con profundidad repitiéndose una y otra vez que era producto de su miedo, dirigió la mirada al tramo restante del pasillo y ante sus ojos se estiró hasta al menos veinte metros más, Valerie cerró los ojos con fuerza, aferrándose al mantra que se repetía una y otra vez, aquello era producto de su mente, cuando abrió los ojos de nuevo, el pasillo había recobrado sus dimensiones habituales, con cautela y empuñando la pistola con fuerza, tanto que parecía que quisiera exprimir todo su jugo, prosiguió su camino hasta la puerta. Desde el otro lado ahora se escuchaba perfectamente el funesto canto en aquella extraña lengua.

Al apoyar la mano en el pestillo notó como el metal estaba helado, sin embargo el frío no era natural, era un frío mortal, de algo ajeno a este mundo, aunque quizás no fueran más que un reflejo del temor que la estaba asaltado, y ahora con la mano en la manilla del picaporte, a segundos de intentar abrir la puerta fue completamente consciente de que en realidad ese miedo era el que la había obligado a actuar con quizás demasiada cautela, el miedo de que en el momento que abriera aquella puerta encontraría el cuerpo sin vida de su padre, así que quizás ir a buscar la diminuta pistola no había sido sino un intento de retrasar en lo posible el tener que afrontar la posibilidad de que ya estuviera muerto, otros hubieran bajado las escaleras como un rayo sin pensar en nada, ella en cambio estaba dominada por el más absoluto terror, el horror de verlo allí tendido en la cama, reprochándole el haber tardado tanto en bajar a salvarle la vida.

En aquellos momentos ya había olvidado que apenas unas horas antes se había visto a si misma colocándole una almohada sobre la cabeza, en un piadoso acto de evitarle tanto sufrimiento. El gélido contacto del picaporte de color dorado le azuzó los pensamientos haciéndolos huir como una manada de caballos desbocada, el rezo se había interrumpido unos segundos pero enseguida recuperó su ritmo, Valerie temblaba de la cabeza a los pies, no le cabía duda que algo extraño estaba ocurriendo y tenía muchas posibilidades de que no fuera nada bueno, con el corazón compungido

y empuñando la pequeña arma de fuego en su temblorosa mano derecha, accionó con rapidez el pomo y abrió la puerta de un veloz empujón. Antes de entrar intentó forzar al máximo sus ojos en busca de algún movimiento sospechoso en la penumbra de la habitación, desde allí no alcanzaba al interruptor de la luz, al tener la pistola en su mano derecha no le quedaba otra opción que entrar en el cuarto para accionarlo con la mano libre, de otro modo tendría que dar la espalda a fuera lo que fuera que hubiese allí dentro.

Se disponía a dar el primer paso cuando a su izquierda y en un costado del enorme y negro armario que había en la esquina izquierda, vio moverse algo. En un primer momento creyó que se trataba de un gato, pero poco después se percató de su error, pues más bien parecía un manojo de maderas moviéndose en una extraña y delirante armonía, como si las guiara una música que ella era incapaz de oír. Lo siguiente fue retroceder un paso con todo el cuerpo tensado como una cuerda de una guitarra, aún así esa tensión no iba a dar como resultado una acción, pues el horror de lo que estaba viendo la estaba paralizando por completo. Se sentía al borde de la ruptura, como si su mente fuese esa cuerda de guitarra y aquella criatura que estaba irguiéndose delante de ella la estuviera tensando hasta el punto previo a la ruptura. En cada movimiento que percibía en la penumbra era como si una de los hilillos que forman la cuerda se estuvieran partiendo acercándola cada vez más al punto de no retorno, donde su mente consciente quedaría absorbida por la locura irreal de lo que estaba sucediendo y no sería capaz de encontrar en camino de regreso a la realidad.

—¡Es mejor que vuelvas a tu dormitorio y olvides lo que has visto! —un fuerte olor a putrefacción provino de aquella criatura acompañando el cavernoso sonido de sus palabras, en realidad no supo si las había escuchado o habían resonando en el interior de su cabeza.

En realidad no sabía que estaba viendo, aún así apuntó con la pequeña arma de fuego hacía el rincón donde le parecía ver un montón de varillas negras agitándose, una de las cuales se dirigió hacía la cama donde yacía su padre.

—¡Aléjate de él! —amenazó a aquella cosa que se revolvía inquieta en el oscuro rincón entre el armario y la cama.

A medida que sus ojos se iban acostumbrando a la oscuridad, las gesticulantes varillas fueron definiéndose en una gigantesca araña zancuda, cuyo cuerpo parecía un enorme y putrefacto melón de color oscuro, de esa pestilente y abultada forma se proyectaban seis extrañamente delgadas largas patas que contra toda lógica eran capaces de sostenerlo, estas se movían sin cesar en una armoniosa y delirante coreografía, en un disimulado vaivén con el que se acercaba cada vez más a los pies del catre. Valerie adelantó un paso, apuntando con la pistola al centro de aquel monstruo. En esos momentos ya no pensaba, tan sólo había una certeza en su mente, fuera como fuera no permitiría a esa *cosa* acercarse a su padre.

—¡Dije que te alejarás! —espetó al tiempo que con el pulgar tiraba del percutor.

El macabro baile de las extremidades del gigantesco arácnido cesó brevemente para reanudarse al poco tiempo. La estentórea risa resonó en su cabeza como si un enjambre de abejas se estuviera riendo al mismo tiempo.

—¿De verdad crees que esa birria que empuñas puede matarme?

Si tenía que ser sincera consigo misma no podía negar que esa duda se le había cruzado por su mente más de una vez desde que había visto la monstruosa figura perfilándose en la penumbra de la habitación. Aunque también tenía claro que en el interior de ese cuerpo tenía que haber órganos vitales, como un corazón, y desde esa distancia empezaba a distinguir lo que parecían ser un par de ojos rojos como el fuego.

—No necesito matarte para que le dejes en paz —adelantó otro paso, rectificando el lugar al que apuntaba centrándose en uno de los ojos de la bestia.

Ante la sorpresa en el cambio de actitud de Valerie, la araña retrocedió un poco, aunque fuera lo justo para alejar sus saltones ojos de la diminuta pistola.

—¡Aún así no me iré sin lo que he venido a buscar! —zumbó la cavernosa voz del arácnido.

—¿Qué eres? ¿Qué estás haciendo aquí?

—¡Oh, Vamos! Sabes perfectamente que he venido a llevarme la vida de tu padre —el chasqueo procedente de alguna parte bajo los ojos de la araña le hizo imaginar unas mandíbulas llenas de miles de dientes como alfileres—. ¿De verdad no sabes quién soy?

Como si quisiera dar énfasis a esa pregunta del agujero que parecía ser su boca brotó un fuerte olor pestilente, a materia descomponiéndose y sirviendo de alimento a millones de gusanos, Valerie se apoyó en la butaca cercana intentando controlar las fuertes náuseas que estaba sintiendo. Con los ojos totalmente desorbitados no perdía de vista ni un solo segundo cada uno de los movimientos de aquella repugnante criatura, con extrema lentitud se fue desplazando hacia la derecha hasta colocarse entre aquel monstruo y la cama donde plácidamente dormía su padre. Seguido de ese pensamiento le asaltó otro, ¿cómo era posible que no se hubiese despertado con todo ese jaleo? ¿Estaría muerto y aquella monstruosidad la estaba engañando para también matarla a ella?

—¡Aún está vivo! Aunque no por mucho tiempo —retumbó de nuevo el coro de zumbidos dentro de su mente.

Presa por la desesperación ante la constante amenaza de la bestia arácnida, Valerie apretó el gatillo, una leve sacudida golpeó su mano acompañada de una detonación como la de un petardo, el pequeño proyectil no más grande que la punta de un bolígrafo salió despedido por el cañón del arma. Lo que siguió fue una explosión dentro de su cabeza, un rugido resonante como un millar de insectos

aullando enfurecidos, las largas y delgadas extremidades de la gigantesca araña se agitaban frenéticamente, una de las cuales le asestó un descomunal golpe sobre la muñeca de la mano arrebatándole la pistola que se precipitó al suelo para terminar deslizándose al extremo más alejado. Para recuperarla de nuevo tendría que encararse con aquel ser y dejaría expuesto a su indefenso padre.

—¡No vas a tener otra oportunidad! ¡Acuéstate! ¡Olvida todo lo que has visto y vive tu vida! Tan solo tienes que dejarme hacer mi trabajo —le ofreció por segunda vez, mientras las dos patas delanteras se movían sin parar sobre el ojo derecho del que estaba rezumando un espeso líquido negro—. En realidad él ya ha tomado su decisión.

Apenas tuvo tiempo de asimilar lo que acaba de oír cuando vio como aquella cosa extraña del ojo herido la pequeña bala y la dejaba caer envuelta en aquella pestilente sustancia oscura, después toda la realidad fue engullida por la atronadora risa de aquella infernal criatura, el sonido se estaba volviendo cada vez más insoportable, el zumbido de millones de abejorros revoloteando en el interior de su cabeza.

—¡No tienes ninguna posibilidad contra mí! —atronó con petulancia. Apartó sus extremidades para que pudiera ver como su ojo estaba completamente intacto—. ¡Tan sólo eres una humana!

Valerie sintió como sus rodillas cedían ante la fuerza de la voz que resonaba en su cabeza, doblándose como una marioneta a la que le han cortado los hilos, deshecha como una vieja muñeca de trapo y allí de rodillas con la cabeza inclinada y su rostro contraído por la rabia, Valerie tomó una decisión que nunca se hubiese creído capaz de tomar. A pesar de haber actuado sin detenerse a pensar ni una sola vez, comprendió a que se debía, y por primera vez en toda su vida fue consciente de una realidad de la que siempre había rehuido. En la oscura habitación a los pies de la cama de su inconsciente padre, Valerie tomó la primera decisión de su vida por voluntad propia, sin coacciones y chantajes emocionales.

—¡Tómame a mí! ¡Deja que él siga viviendo! —permitiendo que fuera su corazón quién hablara.

La araña retrocedió sorprendida y confusa agitando las delgaduchas patas como si estuviera sopesando lo que estaba ocurriendo.

—Si eres quien pienso, y tienes que llevarte a uno de los dos, tómame a mí, deja que él siga viviendo —insistió Valerie con los ojos empapados por las lágrimas.

—¿Estás segura de ello? ¿Te das cuenta que a él le queda poco tiempo? —zumbó la araña agitando sus fauces de miles de dientes como agujas.

Valerie permaneció en silencio, pero no porque necesitase recapacitar sobre su decisión sino para recuperar el aliento y apaciguar su desbocado corazón.

—Sí, no me importa cuánto tiempo pueda vivir, si dando mi vida le estoy regalando ese tiempo extra, que así sea, toma mi vida a cambio de la suya —estas

últimas palabras las pronunció incorporándose y mirando desafiante a los ojos de la bestia que se acercaba a ella en un lento y extraño ritual. La mirada roja como el fuego la envolvió por completo, y un murmullo, una entonación resonó en la distancia. En su interior una sensación desgarradora la fue sacudiendo como si le estuvieran arrancando su propia esencia.

Todo a su alrededor enrojeció, la habitación entera parecía estar consumiéndose en llamas, la sensación desgarradora de su interior fue en aumento, como si millones de agujas se estuvieran clavando por todo su cuerpo y aunque no podía apartar la vista de la abrasadora mirada de la bestia por el rabillo de sus ojos vio como las mortales extremidades se movían su alrededor. Deseó poder cerrar los ojos a la espera del golpe definitivo que acabara con su vida. Deseaba que aquello terminase cuanto antes.

Una bola de fuego azul surgió a su izquierda, flotaba con lentitud hasta que entró de lleno en su campo visual, no era mayor que una pelota de tenis, por un segundo llegó a pensar que esa llama era un gigantesco fuego fatuo, quizás de su propio cuerpo. Bien podría ser que aquella sensación de miles de alfileres clavándose en realidad fuera su cuerpo entrando en descomposición. Aquella extraña criatura parecía estar drenando cada gota de energía de su interior. Como si respondiera a sus pensamientos se elevó hasta colocarse a la altura de sus ojos, rompiendo el cautiverio al que los había estado sometiendo la monstruosa mirada de la criatura. Al alcanzar el punto adecuado empezó a palpar, al tiempo que se expandía duplicando su tamaño metamorfoseándose en una forma humana, que fue perfilándose a cada segundo, Valerie comprendió que lo que estaba viendo no era un fuego fatuo, era la forma energética, la forma astral de alguien, por cómo iba aclarándose comprendió que tenía que tratarse de su abuelo, con gusto cruzaría al otro lado, si él estaba a su lado no tendría ningún miedo de buscar la luz al final del túnel, si él estaba allí no tendría ningún miedo a dejar este mundo. El fuego a su alrededor desapareció de golpe, la oscuridad la envolvió y con ella un repentino frío, tan sólo veía la azulada figura resplandeciente, incluso la terrible araña parecía como si nunca hubiese existido, tan sólo lo que estaba ocurriendo en ese momento era la prueba de que no había sido una alucinación, si es que aquello no formaba parte de la misma locura alucinatoria. Como si pudiera conocer sus pensamientos el ser de luz le habló, no con sonidos, lo que sintió fue como si le hablase directamente a su alma, unos suaves susurros en la oscuridad que le transmitieron una paz como no había sentido en su vida.

—Recuerda que siempre te amé, que me hubiese gustado que las cosas entre nosotros hubiesen sido de otro modo, pero aunque ahora no lo comprendas había una razón para que fueran así, no olvides que solo un detalle no explica todo el cuadro.

Algunas veces es como si alguien pulsara un interruptor en nuestras cabezas o se corriera una cortina que oculta la ventana. En ese instante vemos con claridad como

todas las piezas van encajando, así es como se sintió Valerie al comprender quien era en realidad el ser de energía que flotaba ante ella. La mirada de la criatura la había distraído de lo que estaban haciendo sus patas a su espalda, y sobre todo le sacudió el recuerdo de una afirmación «En realidad él ya ha tomado su decisión», todo lo demás no había sido más que una mascarada, una distracción para que todo ocurriera como debía.

—¡Papa!... —apenas pudo decir nada más, las lágrimas la interrumpieron exteriorizando todo el amor que por su padre había sentido y que nunca había dejado que fluyera entorpeciendo su relación con él, no permitiendo que viera que su padre no era más que otro ser humano como lo eran ella y todos los demás, con sus defectos y sus virtudes.

—¡Papa! Yo... —aquel segundo intento terminó como el primero, la tristeza que sentía por no haber sabido aceptar a su padre tal y como era, y no exigir que fuera como ella pensaba que tenía que ser un padre, por haberse obstinado en solo ver sus defectos y no querer reconocer las virtudes.

La forma energética, el alma de su padre, se acercó a ella, levantó su mano y con un dedo de luz le tocó la frente, en su interior se produjo una explosión de recuerdos de alegres momentos que ambos habían compartido y que ella había desplazado al rincón más oscuro de su memoria, el estado de ánimo de Valerie pasó de la tristeza a la felicidad, al compartir de nuevo esos momentos con el espíritu de su padre.

—Recuérdame y sonríe, pues es preferible que me olvides a que me recuerdes y llores. Siempre me he sentido orgulloso de ti.

Una explosión de segadora luz llenó la habitación y se mantuvo deslumbrante un instante para desaparecer por completo dejándola sola en la oscuridad del dormitorio, el espíritu de su padre se había marchado. Por la ventana del dormitorio empezó a filtrarse la luz del amanecer, con su mano templada fue recorriendo la habitación hasta acariciar la mejilla de Valerie que abrió los ojos aturdida, la sensación de paz y bien estar no la abandonó ni al ver el cuerpo inerte de su padre en la cama, se sintió afortunada por haber tenido la oportunidad de hacer lo que tendría que haber hecho hacía mucho tiempo, aún así no pudo evitar que las lágrimas se deslizaron por sus mejillas. El recuerdo de haberse despedido de su padre y lo que habían compartido en aquel último momento habían logrado borrar todo el dolor y la amargura de su vida.

Cogió el teléfono inalámbrico de la mesita de noche, y sin importarle la hora que era marcó el número de su amiga Luisa. Había llegado el momento de quitarse la coraza de plata y sincerarse con ella a cerca de sus sentimientos, antes de que fuera demasiado tarde.

## Clone Fashion

La despertó un sonido ahogado que provenía del pasillo. Era algo pesado arrastrándose. Se incorporó en la cama. Por la abertura de la espalda del batín sintió un frío estremecedor, en su mente aparecieron miles de horribles imágenes fruto de haber visto demasiadas películas de terror. Allí sentada en la oscuridad, Natalia esperaba que la puerta se abriera y toda clase de bestias y monstruos se lanzaran sobre ella. Al segundo se echo a reír, era bastante cómico verse sentada en la cama, estrujando la sabana asustada como una niña pequeña. El susto se lo llevó cuando la puerta se abrió de sopetón. En el umbral se perfiló una figura femenina que se acercó contoneándose con una peligrosa elegancia. Cuanto más cerca estaba más aterrorizada se encontraba y lo peor de todo es que el miedo la mantenía petrificada, incapaz de moverse.

Cuando apenas la separaba un metro de la figura, pudo adivinar las líneas del rostro que la escrutaba con malicia. Apenas pudo hablar, percibió en cada célula de su ser la maldad que transmitían sus facciones. Fue incapaz de moverse y menos aún de pensar en huir, ni cuando aquellas frías manos la obligaron a que abriera la boca, ni cuando las introdujo en el interior de su garganta. Lo único de lo que era capaz era de dejar escapar unos apagados gimoteos, y las náuseas que sentía al notar como milímetro a milímetro se iba introduciendo, avanzando, notando como los dedos se agitaban en su interior. Estaba segura que de un momento a otro la mandíbula se le iba a desencajar con un fuerte quejido, pero no fue así, sus ojos estaban a punto de salirse de las órbitas cuando ambos codos le rozaron los labios y sintió como las manos se abrían paso hasta el estómago. Separó los brazos obligándola a abrir la boca como nunca hubiera imaginado que fuera posible y sin esperar ni un segundo introdujo su cabeza entre los brazos, daba la impresión de ser un domador de leones suicida, aquel ser se estaba zambullendo literalmente en su interior.

Nada de aquello podía ser real, tenía que tratarse de una pesadilla, era eso o que ella se estaba volviendo loca, pero el dolor que estaba sintiendo en la quijada era real, de alguna forma desde el interior la obligó a levantar la mandíbula, parecía un polluelo tragándose un gusano. Cuando la cintura se deslizó garganta abajo no pudo hacer otra cosa que llorar, no sabía cómo terminaría pero al menos, el dolor que le sacudía por toda la mandíbula empezaría a remitir pues tan solo era cuestión de tragarse las piernas que se movían ligeramente como si aquella mujer o lo que fuera estuviera nadando en su interior. Ver como los pies desaparecían en el interior de su garganta no fue ni de menos lo peor, lo más escalofriante vino cuando la sintió moverse entera en su interior. Las náuseas que había sentido cuando sus manos entraron en su estómago no se pudieron comparar a las que sintió al notar cómo se replegaba en posición fetal, se daba la vuelta para luego desplegarse, encajando cada

uno de sus miembros con los suyos, cada brazo con los suyos, cada pierna con las suyas y cuando la cabeza de ella subió por el cuello para ubicarse en la suya se sintió como un jersey y un pantalón que aquel ser acababa de ponerse, la nausea fue insoportable y vomitó, aunque lo único que fue capaz de expulsar sobre las sabanas fueron unos pocos garbanzos mezclados con bilis. Ella seguía allí, en su interior. El corazón le palpitaba alocadamente y toda la impotencia que había sentido se canalizó en un desgarrador grito que retumbó por toda la sala, sus cuerdas vocales protestaron, no estaban acostumbradas a que las maltratasen de esa forma pero ella las obligo a seguir gritando. Estaba aterrorizada. Finalmente se desplomó sobre la almohada.

Ya era demasiado tarde, aunque el inicio ocurrió días atrás.

\* \* \*

Natalia Flores tuvo una breve pero intensa carrera como cantante, pero para su desgracia la fama y el éxito la rozarían el día de su cumpleaños, un día que por cierto, desde que había sobrepasado la barrera de los cuarenta, se obstinaba en olvidar. Desde que ella recordaba había sentido en su interior ese hervir por la música, según le contaba su padre, cuando ella nació no lloró como todos los bebés, emitió un melodioso gorjeo, demostrando así cual era su natural predisposición.

De modo, que aquel día acudió a su fiel cita en el *Manhattan*, un pequeño garito (tal y como a su madre le gustaba etiquetarlos) con una larga barra a la izquierda de un diminuto escenario que ocupaba la pared del fondo, y el resto del local repleto con varias mesas distribuidas en un aparente desorden. Del lugar, sólo había tres cosas que le encantaban, la luz tenue, porque desde el escenario no se veían las caras de los asistentes, las paredes, con apenas decoración dejando al descubierto los estrechos ladrillos rojos que las formaban, aunque nunca supo concretar porque le gustaban aquellos ladrillos y la tercera y quizás la más importante de todas ellas, aquel diminuto café-concierto tenía la mejor acústica de la ciudad, era el único lugar donde se atrevía a cantar *a cappella*.

La noche transcurrió con más o menos éxitos. La mayoría de los asistentes eran parroquianos habituales, de modo que se conocían de sobra casi todo el repertorio que había estado explotando en los últimos años, aún así aquella noche debía ser especial y se había propuesto cerrar su actuación como no lo había hecho nunca, estaba decidida a que aquella fuera su despedida, su última explosión. Como traca final, el cierre a una carrera mediocre recorriendo los locales de la ciudad en busca de una oportunidad que nunca había llegado, con esta idea en mente, llevaba meses ensayando y preparando su voz para el esfuerzo que le supondría cantar a ese nivel sin haber podido tener acceso a una escuela de canto. Sus ingresos como secretaria de una pequeña gestoría, no le alcanzaban para permitirse semejante lujo.

Se acercó al micrófono de pie y sin preámbulos, se aclaró la garganta y abrió la

boca, en aquel instante, tan sólo con las primeras palabras que entonó la magia se apoderó del local, todos los presentes enmudecieron y no se atrevían casi ni a respirar, el sentimiento y la tristeza que transmitía con la canción tocó a todos y cada uno de los presentes, incluso los camareros y el portero dejaron su quehaceres y centraron su atención en ella. No en vano había elegido aquella canción con esa intención, había sido su inspiración. Lucio Dalla imbuyó en ella tanta emoción que para Natalia Flores, *Caruso* era la madre de todas sus canciones, la fuente de la que había bebido toda su vida y a la que aquella noche estaba dispuesta a devolverle todo lo que le había dado. Se le erizaron los finos vellos de sus brazos y ya no pudo retener ni un instante más las lágrimas que descendieron mejilla abajo dejando un suave rastro salado.

La luz de los focos nubló su vista absorbiendo la tenue penumbra. Deseó que ese momento fuera eterno, que no terminara nunca, para ella aquello era el nirvana, el paraíso perdido, la sensación de que el tiempo se había detenido, solo existían ella y la luz blanca que la envolvía. Por un instante levitó. El poder del júbilo que sentía era tan fuerte que creyó que iba a explotar.

—*Che scioglie il sangue dint'e vene sai...* —dijo un pequeño paso hacia atrás expectante.

El asombro tenía a todos los presentes petrificados, nadie se atrevía a romper el hechizo que los había embargado durante toda la canción, Natalia empezó a ponerse nerviosa, por un segundo creyó que todo habían sido imaginaciones suyas. Con el corazón palpitante, y temblando de puro nervio dio otro paso hacia atrás, una tabla del escenario crujió bajo sus pies, algo tan simple como aquello provocó el maremágnum de aplausos y ovaciones, de repente todas las luces del bar se encendieron y ante ella vio algo que no imaginó ni un instante, el local estaba abarrotado, todas las mesas ocupadas y repartidos por toda la sala grupos de gente de pie, todos aplaudiendo y ovacionándola, se sentía como un conejo deslumbrado por los faros de un coche.

Allí en el rincón izquierdo de la barra José, el camarero, situado junto al panel de interruptores le hacía gestos indicándole que saludara al público, fue como cuando encajan varias piezas de un puzle, sin más dilación efectuó varias reverencias al tiempo que daba las gracias por semejante ovación. Prácticamente todas las personas de las mesas se habían incorporado de sus asientos para continuar aplaudiendo, el sonido de las palmas se convirtió en un mantra que la embargó de nuevo, su espíritu seguía conectado a las emociones recreadas de la canción que como una gigantesca ola la embistió de lleno, extasiándola una vez más, desembocando en un imparable reguero de lágrimas.

Nunca sería capaz de decir cuánto tiempo duró, una eternidad, aquella prometía ser la noche más feliz de su vida. Cuando el eco del último aplauso se apagó empezó

a echar de menos aquel instante de felicidad perfecta. Con un fuerte ataque de repentina timidez recogió su guitarra de la silla donde la había dejado, bajó del escenario y moviéndose en un mar de manos y sonrisas que la felicitaban incansablemente por su brillante actuación, cruzó hacia la barra como si cruzara un trigal y sus manos acariciaran los jóvenes brotes.

Cuando llegó a la barra, José se acercó a ella como una bala, su cabello rubio rizado se agitó ligeramente, siempre le había gustado ver como la ensortijada melena rebotaba sobre su cabeza.

—¡Espectacular! —se abalanzó sobre ella propinándole sendos besos en las mejillas—. ¡En mi vida he oído cantar así!

Natalia lo miró con cariño, José siempre había sido su fan número uno, en realidad fue el que convenció al dueño del local para que llegase a un generoso acuerdo con ella por las actuaciones.

—Lo de las luces ha sido casa tuya, ¿no? —le interrogó con complicidad.

Le devolvió la mirada y contestó a su pregunta con un encogimiento de hombros y cara de sorpresa.

—Hubiese sido una injusticia que te lo hubieses perdido —añadió con dulzura.

En su foro interno consideró que la mujer que atrapara a aquella joya sería tremendamente afortunada, no sólo por el hecho de que fuera extremadamente guapo si no por lo buena persona que era. Como si alguien controlara su cuerpo le agarró por el cuello de la camisa y le estampó un sonoro besazo en los labios.

—¡Ejem! —el carraspeo sonó a sus espaldas, la magia del momento se desmenuzó en mil pedazos y la vergüenza por lo que acababa de hacer la obligó a girarse sin atreverse a mirar a su amigo, sabiendo de sobras que el rubor de sus mejillas empezaba a encenderse como dos estufas—. ¿Natalia Flores?

A unos metros detrás de ella, como una isla en aquel mar de gente, vio a un hombre vestido con un traje color azul marino, destacaba como un faro en la noche más cerrada, su corazón dio un vuelco, sabía perfectamente que era lo que seguía. Había estado esperando aquel momento más de veinte años, y por fin allí de pie, en aquel incesante mar de brazos que la felicitaban por fin había ocurrido. Sus negros ojos lo escrutaron de arriba a abajo, el traje con un planchado perfecto y las líneas de los pliegues bien marcadas le conferían la imagen que siempre había imaginado, no le quedaba ninguna duda, ante ella estaba el cazatalentos más importante del país, eso significaba que su sueño de convertirse en una estrella de la canción estaba a punto de hacerse realidad.

—¿Natalia Flores? —repitió de nuevo el hombre trajeado, mostrando su impecable dentadura en una sincera sonrisa.

—Sí, sí soy yo, ¿en qué puedo ayudarle? —estaba empezando a tocar el suelo con los pies.

El cazatalentos le tendió la mano, que ella se apresuró a estrechar con firmeza. El tacto de aquellas manos de fina piel y uñas pulcramente arregladas, le acabó de bajar de la nube de éxtasis.

—Imagino que sabe quién soy, y porque estoy aquí —adelantó sin preámbulos ni rodeos—. El hecho es que su *Caruso* me ha impresionado mucho, y deseo felicitarla personalmente, únicamente lamento no haberla conocido mucho antes, el potencial en su interior es enorme.

Poco a poco, palabra a palabra el cubo de agua fría se volcó sobre ella.

—No, no comprendo, ¿qué quiere decir? —balbuceó nerviosa mientras deslizaba el pulgar en círculos sobre el pañuelo blanco con el que se secaba el sudor durante las actuaciones, y que ahora sujetaba en su mano derecha.

—No quisiera que se lo tomase como una ofensa, pero a su edad es difícil introducirla en el cambiante mundo de la música, de haberla conocido hace veinticinco años, a estas alturas ya sería una de mis mejores creaciones, pero me temo que es demasiado tarde. Permítame, aún así demostrarle mi más sincera admiración, hasta hoy nadie había conseguido hacerme llorar con una canción —acabado su discurso, sin esperar respuesta se dio media vuelta y desapareció mezclándose entre la multitud, al tiempo que las luces se atenuaban hasta recuperar la habitual penumbra del garito.

Confundida, petrificada, sintió como si le acabasen de arrancar su corazón y lo hubiesen lanzado al suelo para acabar pisoteándolo repetidas veces. De todos los escenarios que su mente imaginó para aquel momento, se había producido el único que no esperaba. Saboreó, olió, incluso lo tocó con la punta de la lengua tan sólo para que le arrebataran el caramelo, dejándola donde estaba, ante las puertas del éxito.

El contacto de una mano en su hombro la hizo salir de sus pensamientos, no tuvo que darse la vuelta, conocía de sobra a quien pertenecía. Pero no estaba segura de querer enfrentarse a él, precisamente a él ¡no! Ya le habían llamado vieja una vez como para tener que explicárselo. Se zafó de la mano del joven camarero y salió corriendo del bar. Su mayor éxito acababa de convertirse en su mayor fracaso, y no estaba con ánimos para seguir escuchando las interminables felicitaciones, de que le servían si el mayor cazatalentos le acaba de decir que era demasiado vieja para conseguir triunfar como cantante.

\* \* \*

Huir de allí por la puerta principal hubiese sido una autentica locura, la mejor opción era salir por la puerta de emergencia situada a la derecha del escenario, con grandes y rápidas zancadas, cruzó el tablado y con un fuerte empujón abrió las dos hojas de la puerta metálica. En el exterior el aire fresco la saludó con efusión, la sensación de que le estaba faltado el aire había sido muy fuerte.

—¡No es justo! ¡Joder! —gritó en el callejón oscuro, a lo lejos se oían los coches circular en la calle cercana, sentía como una llama de furia interior se encendía desde la boca de su estomago hasta llenar todo su cuerpo, tenía ganas de emprender a puñetazos con todo.

—No, no lo es —afirmó con un susurro una figura que fue surgiendo por la puerta de emergencia.

La figura del hombrecillo transmitía bondad y buenas intenciones, aún así Natalia no pudo evitar la sensación de alguien pisando su tumba.

—¿Quién demonios eres tú? —le inquirió.

—En realidad no importa quien soy, lo realmente importante es que he presenciado lo ocurrido y creo que puedo ayudarle con su insignificante problema —la voz del pequeño hombre era relajante, suave—. ¿Le gustaría rejuvenecer un par de años?

—¡Puedo ayudarle a lograr todos sus sueños! ¡Una nueva oportunidad para triunfar! —el susurrante sonido de aquella voz la estaba subyugando, encandilando, al tiempo que le depositaba una tarjeta de presentación en su mano izquierda.

El mero hecho de desviar la atención para ver el contenido de su mano fue suficiente, al siguiente segundo ya no estaba allí, Natalia se engañó pensando que sin duda había estado más tiempo del que creía observando la tarjeta y no se percató de la marcha del hombre. Algo más relajada y con las hirientes palabras del cazatalentos olvidadas por completo, se encaminó hacía su casa, mientras en un gesto despreocupado se guardaba la tarjeta en el bolsillo de su pantalón vaquero. Al llegar al final donde desembocaba el callejón, las luces de la ciudad la rodearon dándole la bienvenida de vuelta a la realidad, a cada paso que daba su alma iba descartando todos y cada uno de los recuerdos amargos de la noche, como si dispusiera de un *Tipp-ex* mental para borrarlos y reescribir sus recuerdos a su antojo, lo último que recordaba de aquella noche era el maravilloso cierre que había hecho cantando *Caruso a cappella* y la impresionante ovación que había recibido por su actuación y al día siguiente así se lo contaría por teléfono a su madre.

Aquella noche durmió embargada por la felicidad, filtrando la noche por un colador logró solo mantener en su mente lo mejor de la noche, su actuación. Se sentía en paz consigo misma, y con el resto del mundo, incluso se sintió capaz de amar a su madre, a pesar de las diferencias que siempre habían tenido, diferencias que se habían hecho mucho más patentes el día en que Natalia le comunicó su deseo de dedicarse profesionalmente al mundo de la canción.

\* \* \*

—¡Qué lástima de tiempo perdido! —la voz de su madre sonó como un taladro en su cerebro, acababa de contarle su éxito de la noche anterior y ya se estaba

arrepintiendo.

—Mamá, ¿por qué dices eso? —preguntó Natalia aunque estaba convencida de que era inútil tratar de razonar con ella.

En los siguientes minutos tuvo un fuerte *déjà-vu*, aquella llama de rabia interior ya la había sentido con anterioridad, de hecho la sentía cada vez que hablaba con ella.

—No sé cómo no te has cansado de perseguir pajaritos, a estas alturas deberías estar casada y con varios hijos, ¿no vas a darme la dicha de tener un nieto sobre mis rodillas? ¿Hasta de este pequeño regocijo me quieres privar?... —Natalia apartó el auricular de su oreja, mientras aquel incesable parloteo sonaba como si un nido de grillos se hubiese instalado en el teléfono.

—¡Mamá! ¡Para ya! —gritó con dolor. Pero la verborrea siguió sin descanso.

—Va siendo hora de que sientes la cabeza, te busques un buen marido y te dejes de tantas fantasías de niña chica...

—¿Buscarme un marido? ¿Para qué? ¿Para hacer lo que le hiciste a papá? ¿Eso es lo que tengo que hacer? ¿Destrozarle la vida cómo tú hiciste? —cómo cada vez que hablaba con ella su paciencia llegó al límite y explotó lanzándole todas esas preguntas como si fueran flechas directas a su corazón.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? —le espetó su madre desde el otro lado de la línea—. ¿Así es como me pagas todos los sacrificios que hago por ti? ¿Diciéndome todas esas barbaridades?...

Se produjo una pausa, lo suficiente como para que una sacudida nerviosa le atenazara el estomago, quería colgar el teléfono, acabar con aquella situación, pero antes de que acabara de decidirse el discurso siguió con un cambio de tono.

—Yo quería mucho a tu padre, no es justo que me culpes de su muerte. Esta vez has ido demasiado lejos, no sé por qué me odias, pero hubiera preferido que no me llamaras. Quizás hubiese sido mejor no haberte tenido, así no podrías hacerme más daño, sí, habría sido mejor que no fueras mi hija. ¡No quiero volver a saber ti! —sus modos cambiaron como una ola, desde la más profunda tristeza hasta la cresta del más visceral enojo.

—¿Mamá? No digas eso ni en... —no pudo terminar la frase, pues el monótono tono del auricular le sugirió que era inútil, su madre ya había cortado la comunicación.

—¡Mierda! ¡Mierda! —allí de pie en la cocina, con la taza de café en una mano, acabó por perder el control.

Esta vez ni quiso ni pudo controlar la explosión de ira, un fuerte calor se expandió por todo su cuerpo encendiéndole las mejillas, sin ser capaz de racionalizar lo que le estaba pasando estrelló la taza contra la encimera, para después emprenderla a golpes con la mesa usando su teléfono inalámbrico como un martillo. Las astillas de plástico y cristal saltaron en todas direcciones, algunas clavándose en la mano provocando

diminutos regueros de sangre. Su respiración era cada vez más agitada, sentía que le faltaba el aire, la sensación era cada vez más angustiante, nunca parecía tener el aire suficiente para respirar con normalidad, provocándole que acelerara más todavía su respiración hasta que la sensación de mareo la obligó a sentarse en el suelo.

Perdiendo finalmente la noción de la realidad a su alrededor, el desgaste energético había superado sus reservas y en aquella niebla metal en la que se encontraba acurrucada contra el horno de la cocina, su cuerpo agotado se fue calmando, su desbocado corazón fue frenando sus palpitaciones y entre sollozos recuperó la normalidad respiratoria. Le dolían todos los músculos del cuerpo, tenía la sensación como si alguien le hubiese dado una paliza, como si hubiese tenido una pelea consigo misma y los sollozos se convirtieron en una cascada de lágrimas cuando fue consciente de que acababa de hacerle a su madre lo mismo que ella le estaba reprochando. La había tratado del mismo modo en que su madre trató a su padre, y eso la entristeció mucho más, pues comprendió que en el fondo la estaba imitando, estaba copiando su comportamiento y se odió por ello, por haberse convertido en lo que más odiaba, ¡una copia de su madre!

—¡Ojalá no fuera tu hija! —gritó a la soledad de la cocina.

Con los ojos empañados observó los restos del teléfono inalámbrico, y sintió vergüenza de su desmesurada respuesta. Ausente como estaba se fijó en una extraña pieza del móvil que no terminaba de encajar en todo aquel estropicio, intentó enfocar la vista en ello y al segundo intento lo consiguió, era como una rectángulo de color blancuzco. Se inclinó para tomarlo con la mano, era de cartón. El mero hecho de tocarlo provocó un estallido de imágenes en su memoria, en un segundo todo lo que había olvidado regresó de golpe, el desprecio del cazatalentos, su huida por la puerta trasera. El último recuerdo que la asaltó fue el ofrecimiento del hombrecillo.

—¡Puedo ayudarle a lograr todos sus sueños! ¡Una nueva oportunidad para triunfar! —resonó de nuevo en su mente.

\* \* \*

Localizar el edificio que la telefonista le había indicado no fue difícil, no al menos si seguías las indicaciones. En caso contrario, por un extraño efecto óptico, con las irregularidades del terreno permanecía oculto a la vista desde la carretera principal, lo realmente difícil fue asimilar el hecho de que algo como eso se alzara allí en medio de la nada, en un terreno completamente seco y sin apenas vegetación. Con paso vacilante, después de aparcar el coche al lado de un cartel desvencijado que indicaba la zona habilitada como *parking* se fue acercando al edificio.

Se paró a veinte metros de lo que parecía ser la entrada principal, se congratuló de haber pedido hora para esa misma mañana, pues tuvo la certeza de que le sería completamente imposible entrar en aquel lugar una vez se hubiese ocultado el sol.

Tras cruzar el umbral la oscuridad la envolvió unos segundos, pasado ese instante una deslumbrante luz blanquecina le golpeó los ojos de lleno, necesitó un momento hasta que se acostumbro. Poco a poco se fueron dibujando todos y cada unos de los detalles del lugar donde se hallaba. La primera sensación que tuvo fue que había viajado en el tiempo hacia el más lejano futuro, un largo pasillo, de pulcras paredes blancas, se extendía ante ella. A ambos lados había varias puertas de las que no paraban de entrar y salir hombres y mujeres ataviados con relucientes batas blancas, algunos empujaban carritos con sofisticados equipos médicos.

—Aquí disponemos de lo último en tecnología regenerativa —le aseguró con una amplia sonrisa la recepcionista desde detrás del mostrador.

Había visto muchas películas y series de televisión sobre hospitales y médicos como para comprender que aquellas máquinas no las iba a encontrar en un hospital *normal*; entonces fue cuando empezó a comprender que la terapia debía estar aún en una fase experimental y que en realidad esa era la razón por la que no habían hablado de ningún precio, entre otras cosas.

—¿Esto es seguro?... Quiero decir no tendrá efectos secundarios ni nada por el estilo ¿no?

—Para eso es mejor que dirija sus preguntas al doctor Medina —señalando al hombrecillo encorvado de pelo rojo como el fuego y que vestía una impoluta bata blanca.

—Nuestra terapia regenerativa, está basada en el estudio de remedios cicatrizantes usados en la antigüedad y las más modernas terapias clónicas.

—¿Clónicas? —en toda su vida no había oído ni una sola noticia sobre ese tipo de terapias, además que si no le fallaba la memoria la clonación de humanos estaba prohibida—. ¿Eso no es ilegal? Además aún no me han dicho el precio...

El diminuto doctor se acercó a ella, comprobando con asombro que apenas le sobrepasaba el ombligo, la tomó de la mano y la condujo hasta una de las habitaciones del largo pasillo, en ella Natalia vio una enorme bañera de acero llena de extraños tubos y cables.

—Por desgracia en el campo de la investigación, la línea que separa la ilegalidad de lo moralmente aceptable es demasiado fina. Pero puedo asegurarle que por lo que quizás puedan acusarnos es de jugar a ser Dios. Lo único que perseguimos es ayudar a la humanidad y conseguir un mundo mejor, y su colaboración es más valiosa que lo que pueda pagarnos —extrajo una jeringuilla de un cajón de la mesita con instrumental quirúrgico que estaba ubicada al lado de la bañera, con la otra mano le indicó una silla—. Si me lo permite voy a extraerle algo de sangre, necesito secuenciar su ADN para determinar la terapia a seguir.

Natalia estaba tan confusa que ni siquiera supo reaccionar en cuanto vio como aquel hombre ya estaba preparándose para la extracción.

Le arremangó la manga de la camisa azul, le ajustó la goma elástica con el fin de remarcar las venas y sin ninguna muestra de vacilación le clavó la aguja procediendo a drenar varios tubos de ensayo con su sangre.

Tuvo que aferrarse a la mesilla, el mundo había empezado a girar sin control, la sensación de debilidad fue apoderándose lentamente de ella, hasta que acabó por perder por completo la consciencia derrumbándose sobre el frío mármol de la pequeña mesa.

\* \* \*

Despertó de golpe, asustada, con la sensación de ser acechada por una extraña y diabólica criatura, las tinieblas se desvanecieron de golpe, la hiriente luz se reflejaba en las blancas paredes de la sala. Los recuerdos se fueron aclarando al mismo tiempo que sus ojos se acostumbraban al resplandor de las bombillas halógenas que poblaban el techo, lo que la llevó a pensar que estaba tumbada en una cama. A los pies de la misma apareció sonriente la diminuta figura del médico del pelo rojo. No era capaz de recordar su nombre, pero ver a alguien conocido la tranquilizó. En ese mismo instante decidió que debía confiar en él.

—Discúlpeme, tendría que haberla visto venir y no extraerle tantas muestras de sangre de golpe —le enseñó cinco grandes tubos de ensayo conteniendo lo que parecía ser su sangre, pensar en ello le produjo una nueva oleada de vértigo—. Tómese lo con calma, es mejor que descanse, tan sólo debe saber que ya hemos iniciado los preparativos para el tratamiento, en unas pocas horas estará todo apunto. Si necesita algo no dude en pulsar el botón que hay a su izquierda en la cabecera, las enfermeras estarán encantadas de atenderla, ellas mismas ya se encargaron de acomodarla en la cama.

Tras una discreta inclinación se alejó desapareciendo de su vista, la sensación de mareo fue remitiendo, aunque la remplazó una somnolencia que trató en vano de combatir, acababa de surgir de la oscuridad y no le apetecía en absoluto volver a ellas, sabiendo que regresar allí era exponerse al acecho de la criatura de sus sueños. No había acabado de pensar en ello cuando ya se estaba riendo, consciente de lo ridículo que era que una mujer de cuarenta y cinco años tuviera miedo de una pesadilla.

La segunda vez que despertó no le resultó tan traumática, fue como despertarse en su cama un día cualquiera, salvo por el hecho de no tener que ir a trabajar, se sentía como si estuviera realmente en esas vacaciones en un balneario que dijo que se tomaba en la gestoría administrativa donde había estado trabajando los últimos veinte años. Se desperezó y pulsó varias veces el botón de llamada, le apetecía tomar un buen desayuno. Las enfermeras no aparecieron, en su lugar se personó el doctor Medina.

—¿Que tal ha dormido? —su sonrisa volvía a brillar en aquel rostro bonachón.

—Estupendamente, creo que no dormía así desde hacía meses —se desperezó de nuevo—. Me gustaría comer algo...

Con un gesto de la mano le indicó una negativa a su petición, mientras estaba examinando las maquinas que controlaban su ritmo cardíaco y sus ondas cerebrales.

—Señorita Natalia, hemos observado una serie de anomalías en su cuerpo que nos tienen preocupados —aunque su tono era casual, como si quisiera restarle importancia no evitó alarmarla.

—¿Anomalías?

—En realidad, ¿tiene dificultades para respirar? —sin esperar respuesta a algo que ya sabía, continuó—. Tiene el tabique nasal desviado, además de muchas probabilidades de desarrollar diabetes...

Las facciones de Natalia fueron perdiendo color, trató de tragar saliva pero se le atascó a mitad de la garganta, provocándole un repentino ataque de tos.

—Tendrá que disculparme, no era ni intención alarmarla de esta manera, en realidad por suerte podemos curar todas esas anomalías con la recombinación de su ADN, pero es mi deber informarla de ello.

—¿En qué consiste?

—Verá —el médico se puso a su izquierda y le acercó una de las mesas que contenía el ordenador donde se controlaba su ritmo cardíaco, con suma rapidez tecleó varias órdenes y la pantalla cambió de imagen—. Tenemos un análisis completo de su ADN, con lo cual hemos podido averiguar sus problemas actuales y los que tendrá con bastante probabilidad en un futuro cercano, ahora bien, tenemos marcados los causantes de ellos en su ADN, la terapia curativa consiste en tomar la secuencia de otro ser humano sano y sustituir los defectuosos del suyo.

—¿Eso se puede hacer? ¿No será peligroso? —aunque el doctor Medina no mostraba ninguna evidencia de estar burlándose de ella, no podía evitar sentirse escéptica y protagonista de alguna extraña película de ciencia-ficción—. ¿Y quién donará ese código que me inyectaran?

—En realidad no existe ningún peligro, en cuanto al donante, tenemos una extensa base de datos con el ADN de un montón de personas, entre ellas actores, científicos, músicos y usted elegirá al donante.

—¿De verdad? —la sensación de irrealidad iba en aumento a cada explicación que aquel hombrecillo hacía.

—Sí, en unos minutos una de las enfermeras le traerá el catalogo de los donantes. Debo decirle que como uno de sus problemas es de tipo externo, tenga muy presente que el suyo adoptará la forma de la del donante —apostillo preparándose para marcharse.

—¿Cómo? ¿A qué se refiere?

Le señaló la nariz con uno de sus dedos regordetes.

—Elija con cuidado, su nariz se remodelara exactamente igual a la del donante, pues le inyectaremos toda la parte del ADN que configura esa parte de su cuerpo, por eso mírela bien. Una vez haya terminado el proceso no habrá vuelta atrás.

La miró con dulzura y añadió.

—Dicho poéticamente, su carne será como arcilla en mis manos —como si se tratara de una obra teatral tras su frase salió por la puerta como un actor haciendo mutis por el foro. Natalia tuvo la certeza que desde que había llegado aquella mañana estaba deseando soltar la frase, lo que la hizo reír con ganas.

\* \* \*

Desde el primer momento en que vio la foto en el catalogo de donantes de ADN se consideró la mujer más afortunada del mundo, no recordaba ni una sola vez en su niñez en que no hubiese admirado a Katerina Herbut. Recordaba haber visto todas sus películas, algunas varias veces. No había ninguna actriz que asemejase la maestría que había tenido *La dama del celuloide* tal como la llamaron en el mundo del cine y en las glamurosas revistas de moda. Por tanto no dudo ni un solo segundo en desear tener aquella naricilla tan perfecta cuya punta era ligeramente respingona dándole un aire enigmático. No le faltó tiempo para imaginar cómo se vería su rostro con algunas arrugas menos y con un apéndice nasal como el de Katerina Herbut, desde ese instante no quedaron rastros de alguna duda sobre someterse o no al tratamiento, sólo ganas de seguir luchando y si además la terapia regenerativa conseguía alisar las arrugas más prominentes aún mejor.

Como un animal asustadizo una diminuta lágrima asomó por el borde de sus ojos, se detuvo en el mismo precipicio como un esquiador que se prepara para hacer el mejor descenso de su vida, permaneció así indecisa hasta que Natalia parpadeó precipitándola mejilla abajo. Con un gesto inconsciente se secó el húmedo regueo con la manga de la bata, mientras entregaba el catalogo a las enfermeras.

—Katerina Herbut —fue lo único que pudo articular.

Las dos enfermeras que la atendían hicieron un gesto afirmativo con la cabeza, en sus rostros pudo comprobar que compartían su elección.

Más tarde aquel mismo día el doctor Medina apareció en la sala, llevando un enorme frasco de cristal de cuyo tapón salían varios tubos de goma, en su interior pudo ver un líquido amarillento. Dejó el bote en la mesilla.

—Buenos días, ¿ha descansado bien?

—Sí, me siento como si hubiese dormido un mes entero.

—Por favor, acompáñeme. Si no tiene inconveniente empezaremos en tratamiento

ahora mismo —sugirió señalándole la bañera metálica de la sala.

Natalia se incorporó agarrando la mano que le tendía el doctor, cuando sus pies se apoyaron encima de unas zapatillas blancas sintió que en realidad esa era su última oportunidad de echarse atrás. Al erguirse sintió como su seguridad iba en aumento, el contacto con el suelo y la firmeza con que la mano del médico la sostenía la ayudaron a dar el primer paso, el resto fue más fácil.

—Verá —explicó el hombrecillo mientras la acompañaba—. Será sencillo, tan sólo tiene que tenderse en la bañera, una vez dentro la cubriremos con una solución salina, que notará fría, pero es completamente normal, le pondremos un vial en el brazo derecho por el que le suministraremos el compuesto para unificar su ADN con la del donante, notará un débil cosquilleo por todo el cuerpo, es una inofensiva descarga eléctrica para acelerar la absorción del ADN modificado...

—¿Descargas? ¡No dijo nada de electrocutarme! —se detuvo en seco.

—Señorita Natalia —la presión en su mano se acrecentó, transmitiéndole al instante un impulso de tranquilidad—. Le aseguro que no corre ningún peligro, además yo mismo estaré supervisando todo el proceso, sin las débiles descargas el proceso de asimilación del nuevo ADN tardaría años en producirse. Con este método será cuestión de horas.

Al final cedió, no entendía muy bien como lo hacía, pero empezaba a sospechar que aquel hombre tenía una habilidad especial para convencer y tranquilizar. De su mano procedía un calor reconfortante. Solamente, se soltó para desabrocharse las dos cintas de su espalda que ataban el batín; lo dejó caer y para su asombro no sintió ninguna vergüenza de estar allí de pie, completamente desnuda delante de él, sorteó el borde y se introdujo en la bañera, el frío metal le produjo un escalofrío que apenas pudo contener. Aún así dobló las rodillas y se tendió, el vello de su cuerpo acabó por erizarse, estremeciéndose una vez más ante la baja temperatura del metal.

El médico desapareció de su campo visual, aunque su voz le habló desde algún punto a su espalda.

—Ahora, llenaré la bañera con la solución salina. Le pido disculpas por lo fría que está, pero es necesario para el buen funcionamiento del proceso, en unos minutos se habrá acostumbrado a ello.

Desde uno de los tubos que surgían desde el suelo a su izquierda y que se torcían por encima de la bañera empezó a brotar un gélido líquido transparente que rápidamente fue rodeándola.

—Debe sumergirse por completo —le indicó al tiempo que le aplicaba unos pequeños tapones en los oídos y la nariz—. Tiene que respirar con este tubo en la boca.

Al principio sintió los ojos irritados, aunque se acostumbró rápidamente, no le pareció muy distinto a nadar en agua de mar. La imagen del techo se veía

distorsionada. Pero distinguió sin problemas la figura del médico que con las manos recubiertas con guantes de látex extrajo uno de sus brazos y sin muchas contemplación le clavó la aguja de la jeringuilla que sostenía con la mano derecha. Con calma pero sin pausa le fue inyectado un líquido rosáceo, a continuación la miró y le mostró una sonrisa tranquilizadora. Desapareció unos minutos de su campo visual, se estaba preguntando que sería lo siguiente cuando obtuvo su respuesta a modo de suaves pinchazos, como si un montón de diminutos alfileres le tocaran todo su cuerpo al mismo tiempo. No dolía, pues parecía como si no llegaran a penetrar en la piel, no por ello dejaba de ser algo molesto. Llevaba unos minutos experimentado los pinchazos cuando el médico reapareció, sostenía el frasco de líquido amarillento que destapó para finalmente verterlo en la bañera, la reacción de los dos líquidos hizo que los pinchazos eléctricos aumentaron su potencia, sintió como si la piel se le despegara del cuerpo y la estuvieran estirando por todos los lados, la sensación era más espeluznante que dolorosa, le vino la imagen de una serpiente mudando su piel.

La mezcla en la que se hallaba sumergida se fue enturbiando. Como el doctor estaba fuera del alcance de su limitado campo visual no tenía forma de saber si aquello era normal en el proceso. Además de otro efecto que si la empezó alarmar, el líquido a su alrededor se estaba espesando y adquiriendo una consistencia gelatinosa, limitándole cada vez más los movimientos, hasta que la tuvo completamente inmovilizada, encerrada en aquel capullo se le ocurrió pensar que era como estar metida dentro de un enorme pastel de gelatina de naranja. No supo cuanto tiempo permaneció así, la sustancia que se había formado sobre sus ojos le impedía ver con claridad, pareció una eternidad, en la que toda clase de locos pensamientos la asaltaron.

*«¿Y si esto no es más que una sádica forma de asesinar?».*

No tenía modo de saber si nada de lo que le habían dicho era real o no.

*«¿Porqué he consentido a tan loco tratamiento? ¿Tan desesperada estoy?».*

La primera vez que lo notó no estaba segura, lo primero que se le ocurrió fue que eran imaginaciones suyas. Finalmente sintió cuatro manos agarrándola de los brazos y las piernas. Todas las dudas, todas las paranoias desaparecieron y emergió del interior de aquella pasta como una niña recién nacida, con restos de placenta por todo su cuerpo. Había experimentado tres cosas que nunca se había imaginado, sentir el cambio de piel, mutar en el interior de un capullo y volver a nacer. No le cupo ninguna duda de que aquella experiencia estaba cambiando por completo su forma de ver la vida, se sintió como una ave fénix resurgiendo de sus cenizas, la vida le estaba dando una nueva oportunidad que estaba dispuesta a aprovechar. A medida que los minutos iban transcurriendo y las dos enfermeras la ayudaban a ponerse en pie mientras le limpiaban los restos de la gelatina, la realidad se fue haciendo patente. Todas aquellas fantasías de renacimiento se fueron disipando, pensó que en realidad

su aspecto no habría cambiado demasiado, no existía el elixir de la eterna juventud, y el recuerdo de la sensación de que le estiraban la piel, la convenció de que como mucho le habrían desaparecido algunas pocas arrugas.

Las enfermeras la obligaron a sentarse en lo que dedujo se trataba de una silla de ruedas, la empujaron durante varios minutos, efectuando tan solo dos pequeñas paradas que supuso era para abrir y cerrar puertas. Una vez en el destino la ayudaron a ponerse de nuevo en pie y la obligaron a andar unos metros, al final descubrió donde se hallaba cuando la sensación de lluvia la sorprendió, después notó como las manos enguantadas la frotaban con energía, la estaban limpiando, no soportó por más tiempo permanecer en la oscuridad y se limpió los restos de gelatina de los ojos con las manos ayudándose del agua que caía sobre ella. La luz se fue abriendo paso, su vista se fue enfocando y ajustando a la claridad.

La habían llevado a un cuarto de baño, desde el plato de la ducha vio encima del lavamanos un espejo. Sin pensarlo un instante se liberó de las frenéticas manos que la estaban aseando y se abalanzó hacía él. Las enfermeras no hicieron ni un solo amago de impedirse, lo que vio ante sí, la imagen que le devolvió aquel pequeño rectángulo plateado fue lo mejor que le había ocurrido en toda su vida. En un primer momento pensó que tenía que tratarse de un truco, pero tras varios segundos observándose terminó por convencerse de la realidad de lo que estaba viendo. La nariz no era lo único que le había cambiado, aunque si fue lo primero en lo que se fijó, y allí desnuda, observando como de una manera casi milagrosa, sin cirugía, aquel hombre había remplazado su enorme y fea nariz por algo tan maravilloso y bonito. El aire que le confería era completamente esbelto, jovial, alegre, joven... Cuando esa palabra cruzó su mente se percató de los demás cambios, las patas de gallo, las arrugas de la frente, todas y cada una de ellas habían desaparecido por completo, la imagen que tenía ante sí era la de una chica de apenas veinte años, y no solo su rostro.

Mientras las enfermeras le pedían amablemente que volviera a la ducha, se dedicó a repasar su cuerpo, sus pechos había crecido en la medida justa, la celulitis, el flotador de la cintura, todo había desaparecido, no sólo las arrugas si no también el exceso de grasa, en aquel momento su cuerpo era tan perfecto que incluso lo percibió en como la miraban las enfermeras, quedándose tan satisfecha y relajada que finalmente dejó que aquellas dos mujeres siguieran aseándola.

La impresión la había dejado tan extasiada que apenas fue consciente del camino de regreso a la habitación, ni de cuando la vistieron con el batín y la tendieron en la cama. Intentó luchar contra la fatiga que se iba instalando en su cuerpo hasta que no pudo más, su cerebro había decidido que ya había tenido suficientes emociones por un día y que había llegado el momento de descansar. Esa vez, Natalia tuvo uno de sus sueños más vividos de los que había tenido nunca. En él la experiencia y recuerdo de

las tres fases, serpiente, oruga y renacimiento, se repitieron sin parar. En un eterno círculo como si estuviera experimentando el mito de la reencarnación, despertó en la oscuridad, y aunque lo olvidaría en pocos segundos no supo aclarar si aquel sueño había sido una pesadilla o el regocijo de lo que le había ocurrido, tampoco tuvo tiempo que dedicarle ya que su cerebro optó por el camino del olvido y descansar dejándose llevar de nuevo al mundo onírico, más tarde se perdería en los recodos laberínticos de su memoria que ese segundo descenso fue perturbado por una extraña pesadilla en la que una mujer se le introducía por la boca.

\* \* \*

Notó un suave zarandeo que lentamente la obligó a despertar y todo ello aderezado por un fuerte dolor de cabeza decidió tomarse con calma el mero hecho de despertar.

—Señorita Natalia ¿Cómo se encuentra? —aunque tenía los ojos abiertos, lo único que veía era una potente luz blanca—. Con toda probabilidad tendrá dificultades para ver con claridad, es normal, tenga en cuenta que la regeneración se produce en todas sus células, incluso las de sus ojos.

Natalia se incorporó a tientas, inclinando la cabeza como si fuera un gato, se sorprendió por la claridad con que le llegaban los sonidos.

—Doctor, tengo la peor jaqueca del mundo, es como si me hubiese estado de jugar una semana entera, y estuvieran usando mi cabeza como uno de los tambores de Calanda.

Lo que detestó es no poder ver la reacción del médico, ahora mismo tendría que guiarse por lo que dijera, por suerte el deslumbramiento parecía estar cediendo, pues en la luz observaba como se movían algunas sombras, que se correspondían con las voces del médico y las enfermeras cuando hablaban entre ellos.

—¿Y bien? ¿Tengo que preocuparme por esta insoportable jaqueca?

—Señorita Natalia, debe recordar que todo su cuerpo ha sido sometido a un severo reajuste a nivel genético y celular, debe darle tiempo para que se recupere. ¿Recuerda algo de la pesadilla?

Lo miró entre la sorpresa y la incompreensión, a parte del punzante dolor se sentía bien, tanto física como anímicamente, si hubiese tenido una pesadilla se habría despertado con el ánimo alterado ¿No?

—¿Pesadilla? No recuerdo ni haber soñado —el dolor empezaba a remitir.

—Anoche, gritó en sueños, las enfermeras acudieron rápidamente y tras comprobar que estaba fuera de peligro la vieron hablando en sueños, visiblemente agitada, ¿no recuerda nada?

Natalia se frotó las sienes, como si masajeándolas hiciera que el dolor desapareciera con más rapidez.

Lentamente las formas borrosas se fueron enfocando. En su memoria había un hueco, como si le hubiesen borrados esos recuerdos, cada vez que intentaba acceder a ellos sólo encontraba ese agujero en su mente, como si alguien los estuviera desplazando para que no los alcanzara nunca.

El doctor Medina le dio unas palmaditas en el hombro.

—No se preocupe, seguramente no tiene importancia, en poco tiempo estará en casa disfrutando de su nueva juventud.

Aquellas últimas palabras fueron un disparador, apenas pudo contenerse a esperar que el médico se marchara, se levantó de la cama, y su impulso inicial se vio bruscamente detenido por la debilidad con que respondieron sus piernas. Se le aceleró el corazón de nuevo, en su vida había visto unas piernas tan perfectas como las que ahora tenía, se vio tentada a buscar cicatrices ocultas, pues llegó a pensar que la única explicación posible era que le hubiesen injertado otras piernas, aquellas no tenían nada que ver con las rechonchas y cortas piernas con las que había nacido y crecido, las que ahora tenía eran largas y estilizadas y no había rastro de cicatrices en ninguna parte, se obligó a ponerse en pie, notó como si los huesos fueran encajándose, colocándose en su sitio, el crujido al principio la asustó, a medida que fue remitiendo se fue tranquilizando y el comprobar que a cada paso le resultaba más fácil andar, fue venciendo el miedo y sin dudarlo se encaminó al cuarto de baño donde las enfermeras la habían limpiado.

El espejo de devolvió aquella imagen que ya había visto, y aún así le seguía pareciendo completamente irreal, se desabrochó el batín tirando de los ínfimos cordones de la espalda, lo dejó caer, era incapaz de reconocerse. Allí en el mundo de más allá de la frontera plateada no se veía a sí misma, era una extraña que le devolvía la mirada, una extraña que se movía cuando ella lo hacía, sus brazos, sus piernas, sus pechos, su estomago, nada de eso era como ella lo recordaba. Aquella atractiva jovencita que la estaba mirando no podía ser ella, aunque su rostro tuviera ese aire tan familiar, aunque sin las patas de gallo, todas aquellas cosas que recordaba y que siempre había odiado de si misma habían desaparecido como por arte de magia y ahora al verse de repente despojada de todas ellas la hizo sentirse desnuda, más de lo que en realidad estaba, pues no era capaz de reconocerse en aquel maravilloso cuerpo.

Con manos temblorosas, lentamente, lo fue recorriendo con las puntas de los dedos, deslizándolas por aquella fina piel sin arrugas, sin asperezas, se acarició los pezones y sintió un fuerte estremecimiento, la turgencia de sus pechos al acariciarlos la excitó como nunca lo habían hecho. Su mano izquierda descendió jugueteó con el ombligo, tan perfecto, ni muy hundido ni muy salido, se entretuvo allí hasta que por fin se atrevió a explorar su sexo, la excitación fue aumentando cuando finalmente rozó el clítoris, todo lo demás desapareció. En aquel momento sólo existía ella y su

cuerpo nuevo, necesitaba convencerse de que era real, que estaba en ese cuerpo, que sentía todas y cada una de las células, el orgasmo le llegó como una explosión cuyo epicentro era su sexo y su onda expansiva se dispersó por todo su cuerpo, transportándola a un éxtasis casi insoportable, lo que estaba experimentando no lo había vivido nunca en las muchas relaciones que había tenido, no con esa intensidad, realmente aquel nuevo cuerpo era impresionante, allí de pie, con las piernas mojadas se sentía salvaje y con una fuerza que iba aumentando. Por primera vez en mucho tiempo fue capaz de mirarse en el espejo y sonreír.

—¿Qué coño estás haciendo con mi cuerpo? —apenas fue un susurro, aún así la sobresaltó, en la imagen del espejo, a sus espaldas se desvaneció un rostro de mujer.

Se volvió de golpe asustada, allí no había nada, retrocedió hasta que chocó con el lavamanos, se sentía confusa. Agitando la cabeza descartó lo sucedido achacándolo a un sentimiento de vergüenza por lo que acababa de hacer, la excitación que había sentido al acariciar su nuevo cuerpo le planteó ambigüedades para las que no estaba preparada afrontar. Aún así, todo aquello había servido para encajar las piezas de su cuerpo, se sentía fuerte, regresó a la cama tras recuperar el batín. Deseando regresar al escenario.

El doctor Medina no accedió a darle el alta definitiva hasta que no le hubiesen hecho todo tipo de pruebas y análisis para asegurarse de que todo marchaba como era debido. Y con la condición de someterse a controles periódicos.

Y así tras un largo mes, Natalia obtuvo el alta médica y ese mismo día preparó su regreso al *Manhattan*. Tras hablar con el dueño del local y mostrarle de lo que su voz era capaz no tuvo reparos para confirmarle que día volvería a estar presente entre el público el prestigioso cazatalentos, ni reservarle la actuación de esa noche.

\* \* \*

Tenía la sensación de que aquel sería el día más brillante de su vida, que por fin la noche más oscura en la que había estado sumergida había terminado y que ahora tras resurgir como un fénix el éxito la esperaba a la vuelta de la esquina. Se incorporó en la cama, la luz del sol iluminaba todo su dormitorio. Aunque no recordaba haberlo hecho se congratuló de llevar puesto su camión preferido, aquel día era especial, y despertarse con él era una buena señal, siempre le daba buena suerte. En el fondo sabía que era una tontería pero le gustaba pensar que era así, y esa noche iba a necesitar toda la suerte del mundo, quería hacer un cierre de actuación con algo muy personal, iba a hacer un homenaje a su difunto padre, en el concierto de esa noche interpretaría *Caruso* de Lucio Dala *a cappella*, precisamente porque ese fue el último papel que interpretó su padre hacía de aquella canción algo muy personal, sobre todo por las veces que la habían interpretado juntos. Cómo se había reído cada vez que él desafinaba, así con esos recuerdos, la mezcla emotiva era doble, por un lado tristeza

por la ausencia y por otro alegría por los buenos momentos que habían compartido juntos antes de su muerte. Por esa razón fue a negociar con el dueño del *Manhattan*, aquella noche haría su *reentré* en el mundo del espectáculo del mismo modo en que lo había abandonado antes de la... operación de cirugía.

El transcurso del día fue como una montaña rusa de emociones, estaba ansiosa por volver a pisar el diminuto escenario del local, prácticamente se pasó el día ensañando y demostrándose a sí misma que era capaz de subir y bajar por la escala musical incluso mejor que antes, tenía el triunfo asegurado.

Apenas dos horas antes del inicio del concierto se acercó al local, había intentado controlarse, pero las ganas de volver a ver a José pudieron más que la idea de esperar hasta última hora para darle la sorpresa de su cambio. Las luces de neón ya estaban parpadeando cuando se plantó frente a la fachada, su corazón era como una locomotora y tratar de ralentizarlo era una tarea completamente inútil, las puertas abiertas de par en par empezaban a acoger un lento fluir de personas, aún así en aquellas tempranas horas el número de parroquianos era alto, parecía como si se olieran el magnífico espectáculo que iban a presenciar, y a Natalia no le cabía ninguna duda sobre ello, puesto que en los ensayos en casa había obtenido unos resultados que antes no hubiera podido ni imaginar, era evidente que la *operación de cirugía* había hecho algo más que mejorar su aspecto externo.

Cruzar el umbral fue como un rito, cuando saliera de allí ya nada sería como hasta ahora, de eso estaba segura. Antes se hubiera encaminado con pasos vacilantes hacia la barra del bar. En el momento en que su pie derecho tocó el suelo al cruzar al otro lado de la puerta, sintió como una fuerza interna le nacía desde su interior y se expandía por todo su cuerpo, como si ella fuera un jersey que se estaba poniendo esa energía interna, sus pasos se volvieron firmes y sin vacilaciones, aquella era su noche y nada ni nadie se la podría arrebatar.

Llegar hasta la barra del bar sin ser reconocida fue incluso deliciosamente fácil, José estaba de espaldas preparando un combinado, no la vio llegar tal y como ella había pretendido, se sentó en uno de los taburetes.

—¿Me pondrás una cerveza? Por favor —agachó un poco la cabeza, lo había calculado al milímetro.

En cuanto la mano de José apareció con el vaso de tubo lleno de cerveza, Natalie se la agarró de la muñeca y tiró de él, levantó la vista y le clavó una mirada llena de lujuria.

—¡Hola guapo! ¡Cuánto tiempo sin verte! —sin esperar ninguna respuesta le estampó un largo y sensual beso.

Este dio varios pasos traspuestos intentando recobrar la compostura, a pesar de que estaba más o menos acostumbrado a recibir halagos no pudo evitar sonrojarse ante aquella muestra tan efusiva. Natalie lo observaba expectante, y le resultó

tremendamente excitante comprobar que no la reconocía, o al menos no daba muestras de ello.

—¿Nos conocemos? —la incomodidad se hizo patente en la voz de José, cada vez eran más clientes que estaban pendientes de lo que estaba pasando entre ellos dos, incluso algunos había soltado silbidos de aprobación durante el apasionado beso.

—Es posible... —aventuró Natalia—. Esta noche actúo aquí, espero que te guste el espectáculo.

Los ojos de José se abrieron con asombro.

—¿Tu eres Natalia...? ¿Cómo es posible?

—¡Shhhh! No rompas el encanto —le depositó un dedo en los labios obligándolo a callar.

—Se dice que esta noche viene el Cazatalentos en persona, estás de suerte, como le guste de tu actuación te lanzará a la fama —José le confirmó algo que ya conocía, todo estaba encajado.

—Sí, lo sé por eso he elegido actuar esta noche —Natalia le guiñó un ojo con picardía.

José no podía dejar de mirarla, Natalia se percató de ello enseguida, pero no importaba porque ya no habría vuelta atrás.

Se dio la vuelta y se dirigió al pequeño cuarto que había al fondo del local, al lado izquierdo del escenario, al final de la barra, en lo que ella consideró un lugar seguro. Al fin se permitió relajarse, se sentó frente al manchado y amarillento espejo, durante unos breves instantes no reconoció en absoluto a la persona que le devolvía la mirada, mucho más joven, mucho más arrogante de lo que había sido ella, quien era esa extraña llena de malicia que la estaba mirando desde el espejo.

—¡No, no, no! ¡Déjame! —se impulsó hacía atrás queriendo alejarse de la imagen del espejo perdiendo el equilibrio al enredarse con la silla en la que se había sentado, tendida con los tobillos enganchados en las patas de la silla vio horrorizada como la imagen seguía mirándola desde el espejo, aquello era una locura, no podía ser cierto, no quería ver aquello, notar como la oscuridad la abrazaba y la envolvía fue todo un alivio, allí dentro se sentía a salvo, allí aquella extraña que pretendía ser ella no podía alcanzarla ni hacerle daño, la oscuridad era una bendición para ella.

—¡Eso es! ¡Escóndete y déjame hacer a mí! ¡Será muy divertido! —susurró la imagen del espejo mientras allí tendida perdía la consciencia del mundo que la rodeaba.

\* \* \*

Puntual como era su costumbre salió al escenario, desde allí vio el local abarrotado, sin duda aquella iba ser una de sus mejores interpretaciones, tenía previsto la posibilidad de hacer una larga actuación pero estaba convencida que

aquella noche debía centrarse en la interpretación de su canción estrella, empezó con un par de canciones *country* que pasaron sin pena ni gloria entre el público, se dio la vuelta y dejó la guitarra apoyada en el taburete. En un principio creyó que se sentiría nerviosa pero no fue así en absoluto, el peso en el bolsillo de su chaqueta la tranquilizaba, las cosas estaban a punto de ocurrir tal y como ella había planeado. Cuando empezó con las primeras estrofas de la canción, vio como José la miraba con el asombro completamente reflejado en él, incluso casi se atrevió a pensar que era capaz de distinguir las lágrimas asomando en sus ojos, y en realidad no era el único, las lágrimas estaban asomando en muchos de los asombrados espectadores. Su voz les estaba llenando, sumergiéndolos en la tristeza de la melodía y la fuerza con la que la transmitía a pesar de la ausencia de la música, aunque en realidad no era necesaria, su voz era más que suficiente.

—Esa es mi canción —susurró una voz a su oído—. ¿Cómo te atreves a robármela?

Katerina ignoró cualquier distracción era como una sirena encantando a los marineros, y era así pues muchos transeúntes entraban en el bar atraídos por semejante belleza vocal.

—Te voglio bene assai...

—¡No vas a robarme mi actuación! —le gritó con todas sus fuerzas.

Salir de la oscuridad, fue más difícil de lo que había pensado, ella estaba allí, robándole la actuación, su noche de triunfo y no iba a permitírselo, se había replegado sobre si misma en posición fetal mientras la otra había tomado el control de su vida, pero no iba a dejar robarle su número estelar, se estiró y recuperó el control de su cuerpo como quien se pone un disfraz, metió su cabeza dentro de la del cuerpo al tiempo que agarraba por los hombros a Katerina y la empujaba hacía el fondo de su interior, metiéndola en la oscuridad en la que ella se había refugiado. Todo esto sucedió ante un ajeno público, que tomó aquella pausa como parte del espectáculo para aumentar la fuerza de la emoción que transmitía.

—¡No pienses que esto va a terminar así! —amenazó Katerina desde la oscuridad.

Una fuerte sacudida de temblor le recorrió la espalda, hizo una larga inspiración y con la satisfacción de haber vencido continuó con la canción, sin que ninguno de los presentes se hubiese apercibido ni por un segundo de la batalla interior.

El final fue más apoteósico que la otra vez, estaba y se sentía completamente embriagada de ver como todo el público se levantaba para ovacionarla totalmente hechizados con la belleza y los sentimientos que había compartido con todos ellos.

Entre toda la multitud vio al Cazatalentos de pie, ovacionándola, aplaudiendo entusiasmado, lo tenía en su bolsillo, esta vez no podría poner ninguna pega a su carrera como cantante. Descendió del escenario y rodeada por la multitud que seguía ovacionándola y felicitándola por la maravillosa interpretación que acaba de ejecutar

que todo el camino desde el escenario hasta la barra del bar lo recorrió con la sensación de no estar tocando el suelo, fue como si unas cuerdas invisibles la sujetaran deslizándola con suavidad a poco centímetros de las negras baldosas. Sus ojos se posaron en el joven camarero, que la observaba completamente asombrado, no daba crédito a lo que acaba de ver y oír y Natalie se daba cuenta de ello, ahora sí se atrevería a revelarle lo que sentía por él, ahora sí, allí en la cúspide del éxtasis, todas sus aspiraciones y deseos se habían visto cumplidos, a su izquierda el Cazatalentos se abría paso a codazos con el ansia por hablar con ella reflejada en el rostro.

Cuando lo tuvo delante, de reojo vio como José saltaba la barra y se dirigía hacia ella, o al menos lo intentaba, entre aquel mar de gente yendo y viniendo, el Cazatalentos se plantó ante ella. Llevaba el mismo abrigo color beige y el sombrero ladeado, el bastón era distinto, la empuñadura tenía la forma de una araña sobre la Tierra.

—Señorita Natalia, quiero expresarle mi mayor admiración por la actuación de esta noche, me gustaría representarla a partir de ahora, si accede le aseguro que su éxito esta más que asegurado —en sus ojos podía ver con claridad la avaricia y el ansia por el dinero que iba a ganar.

Natalia descartó todos aquellos pensamientos, estaba nerviosa, su mano rozó el bolsillo de su chaqueta y notó el bulto pesado que en ella se ocultaba.

—¡Te dije que no te saldrías con la tuya cerda asquerosa! ¡A mi no me hace sombra nadie! —le gritó Katerina desde la oscuridad de su interior, mientras recuperaba el control del cuerpo.

Sacó la pistola del bolsillo de la chaqueta, la amartilló y descargó tres balas en la cabeza del Cazatalentos, a la segunda detonación la multitud enloquecida intentaba apartarse de ella, la estampida se llevó por delante todas las mesas y las sillas, los que perdían el equilibrio y eran engullidos hacia el suelo no tuvieron demasiada suerte, ni una sola de aquellas personas intentó ayudarlas a ponerse en pie, más bien las pisoteaban con tal de alejarse de allí.

Como un molino se volvió hacia su izquierda, a pocos metros de ella, José estaba de pie, petrificado por el miedo y el horror de lo que acaba de ver.

—¡Mira lo que hago con tu futuro! —Katerina no dudó ni un segundo en apretar dos veces el gatillo.

La primera dio de lleno en el corazón del horrorizado camarero, la segunda le destrozó el cráneo salpicándolo todo con sangre y pulpa grisácea, esta última acabó por derrumbarlo sobre el negro suelo en el que con rapidez empezó a formarse un gran charco rojo.

Natalia asistió impotente desde la oscuridad a todo ello, no tenía ni idea de donde había salido aquella maligna presencia, ni quien era, tan sólo sabía que le daba terror

enfrentarse a ella, aún así tenía que hacer algo, no podía permitir que siguiera controlando su cuerpo, no sólo había matado al Cazatalentos, esa *cosa* había matado a la persona que más había querido y ahora estaba allí disparándole a todo cuanto se movía. Intentó expandir su presencia meter su mano en los dedos como si fueran un guante, tenía que hacerse con el control de la mano que sostenía la pistola.

—¡Ni te atrevas! —gritó con rabia disparando a los pocos que no habían podido escapar y habían optado por esconderse tras la barra o las mesas volcadas.

Natalia seguía moviéndose en su interior, se sentía como si estuviera buceando en su propio mar interior, lanzó un puñetazo al hombro derecho encajando la mano dentro de él, empujó con fuerza, no podía dudar ni un solo segundo.

—¡Yo soy la gran Katerina... Yo soy la gran Katerina Herbut! ¡No vas a vencerme!

Aquellas palabras destaparon los recuerdos que se había ocultado a si misma, Natalia comprendió que no podría librarse nunca de su presencia, estaba en sus genes, se lo habían inyectado en el laboratorio, únicamente había una solución a todo aquello. Empujó con fuerza hasta que hizo encajar sus dedos, tomó el control del brazo y la mano, inclinó el cañón de la pistola sobre su sien y apretó el gatillo, por última vez la oscuridad las envolvió llevándoselas para siempre.

\* \* \*

El menudo doctor Medina salió del local entre la estampida humana, a lo lejos se oían las sirenas acercándose a toda velocidad, con sus característicos pasos cortos pero rápidos se alejó del lugar, mientras con un gesto despreocupado sacaba el teléfono móvil del bolsillo de su chaqueta.

—Marguerite ordene dismantelarlo todo. Estuvimos cerca, pero aún quedan algunos retoques por hacer a la transferencia de consciencia. Muy pronto seremos capaces de recuperar a su madre —permaneció en silencio escuchando la voz al otro lado de la línea—. Sí, busque algún país con un alto índice de pobreza donde sea más fácil obtener *voluntarios*.

## Jardín de Amontillado

—Hombre, Antonio. Me alegra mucho ver que has aceptado mi invitación. Pero no te quedes ahí en la puerta, pasa hombre —tu expresión me revela que no esperabas este recibimiento por mi parte y eso es buena señal, con un gesto insisto en que entres en mi casa.

Naturalmente he conseguido picar tu curiosidad y cedes a mi ofrecimiento cruzando el umbral, te quedas mirando los cuadros que hay colgados en el pasillo, mientras oyes el ruido de la puerta cuando la cierro.

—Estos días he estado reflexionando sobre nosotros —mis labios muestran una sonrisa que no eres capaz de descifrar—. Creo que llevamos demasiados años dejándonos llevar por una enemistad que ya no tiene razón de ser.

Hago una pausa mientras llegamos al salón y con la mano te indico el mullido sofá, mientras me encamino al mueble bar que hay a la derecha de la habitación.

—Es evidente que ya somos mayorcitos como para comportarnos como críos y sin duda es hora de dejar atrás viejas rencillas.

Me vuelvo hacia ti y te observo unos segundos.

—¿Te apetece tomar algo? ¿Un vino? —saco unos vasos en los que sirvo generosas raciones de bebida.

Te alcanzo uno de los vasos con mi mano izquierda. Para mi satisfacción veo en tu mirada como tratas de ocultar el modo como observas el vaso con recelo. Sin darle mucha importancia me siento en el otro extremo del sofá.

—Comprendo que el éxito de mis bodegas hayan despertado tu curiosidad, sobre todo teniendo en cuenta que ya no dispongo de terrenos donde cultivar —me encanta hacer pausas, se que ello aumenta tu incomodidad y me regodeo en ello.

—Verás he de confesarte que tengo un pequeño secreto, es un truco que me permite producir buenas cosechas en poco espacio. Aunque creo que será mejor que lo veas por ti mismo. Por favor acompáñame hasta el patio interior. Ya veo por tu expresión de sorpresa que no esperabas que mis viñedos se encontraran en un diminuto patio de apenas veinte metros cuadrados. Por ese motivo quiero que lo observes con tus propios ojos.

Voy abriendo paso de camino a los viñedos, cruzamos la cocina tenuemente iluminada, y accedemos al exterior por la puerta de atrás de la cocina.

Tus ojos inspeccionan con asombro la maravilla que se despliega ante ti. El patio es completamente cuadrado, en cuyo centro hay un terreno de cultivo rodeado de una franja de cemento gris que sirve de paso para acceder a todos los lados de la plantación. Con una ligera presión en tu espalda de invito a salir al patio.

—Como puedes comprobar lo que tienes delante es una de las parras más bellas que hayas visto jamás. Es el resultado de varios años de investigaciones y pruebas.

Aunque no has visto lo mejor —me acerco al extremo izquierdo de la planta y aparto un entramado de hojas y ramas hasta que expongo a tu vista uno de los racimos que cuelgan de las gruesas ramas interiores. Los granos tienen el tamaño de un puño. Con mucha satisfacción veo asombro e incredulidad reflejados en tu cara. Lentamente, como si estuvieras en un sueño te acercas para ver aquello que tu cerebro se niega a aceptar.

—Este es mi secreto, con un solo racimo puedo conseguir llenar una botella entera. Con la parra entera la producción anual es de ciento cincuenta botellas del más exquisito vino. Que después vendo a buen precio —con el dedo te señalo las raíces—. Pero ahí no termina todo, agáchate aquí, a mi lado. Quiero que veas cómo es posible que consiga uvas de este tamaño. A esta tierra le echo un abono muy especial, uno cuyo ingrediente secreto es muy abundante.

Apenas he terminado de pronunciar estas palabras y ves como una de las raíces emerge de la tierra envolviendo tu mano derecha con rapidez. Notas como tira de ti, el dolor es intenso, pues la raíz tiene una fuerza descomunal. Te resulta imposible liberarte y te ves arrastrado hacia la tierra mojada.

—El abono con que alimento mi viñedo es con seres vivos. Y tú me ayudarás a producir el mejor vino de la historia. Creo que le pondré tu nombre.

La mayor parte de tu brazo ya ha desaparecido enterrado en la tierra, de tu boca brotan desgarradores gritos de dolor, al tiempo que otras raíces te agarran por los pies, tirando en la dirección opuesta. Un fuerte crujido acalla tus gritos.

—¡Au!, eso habrá tenido que doler —exclamo impasible mientras la tierra empieza a llenar tu boca y pulmones—. Saluda a mi esposa e hija.

Después le sigue una oscuridad completa que te envuelve y te absorbe.

## Epílogo

El barón hizo una pausa, con visible pesadez levantó su mano izquierda, se frotó los ojos con el pulgar y el índice, en esos momentos dejé de percibir toda la fuerza y sabiduría que había captado la primera vez que le vi.

—Debo descansar, el día ha sido largo y ya soy demasiado viejo para estar trasnochando... —como aparecido de la nada, el mayordomo surgió de entre las sombras detrás de la butaca donde estaba sentado en barón.

Una parte de mí se sintió decepcionado por aquella interrupción, las historias me habían cautivado y deseaba más, lo último que abandonar el agradable confort de la mullida butaca, la soporífera calidez proveniente de la chimenea y por supuesto el embriagador tono de la voz del anciano barón.

El escuálido mayordomo le ayudó a incorporarse, se movían en una completa sincronía que solo puede ser el resultado de años ejecutando aquella maniobra que incluso se me antojó como un peculiar baile, apoyándose en el brazo de su criado y en un largo bastón plateado, el viejo aristócrata inició su camino hacía su dormitorio, o al menos eso creí en esos momentos. En su lento peregrinaje nuestras miradas se cruzaron y debió leer en mí esas extrañas emociones puesto que detuvo su lento avance y me dedicó una sonrisa cargada de pura malicia.

—No se preocupe, ya tuve la preocupación de hacer preparar el cuarto de invitados para usted, aún tiene mucho que oír y comprender. Y si me permite la sugerencia, creo que sería mejor que se mudase a aquí y se convierta en mi invitado, el volumen de material que puedo ofrecerle es demasiado grande para despacharlo en tan poco tiempo.

Sin esperar respuesta siguió su camino sin hacer ni caso de mi perplejidad.

—¿Invitado? —logré articular cuando ya casi se habían desvanecido por completo en la penumbra del pasillo.

—Permanente, mañana traerán todas sus cosas —la voz apenas fue eco, un susurro en la oscuridad.

Sentado en la butaca mi imaginación se desencadenó, percibiendo en las tinieblas toda clase de extrañas y horribles criaturas acechando esperando cualquier distracción o descuido para abalanzarse sobre mí, sentí la legión de gárgolas de piedra que poblaban los tejados de la ciudad habían cobrado vida se ocultaban en la tenebrosidad del salón.

Una forma se fue dibujando en el umbral que conducía al pasillo, el miedo se expandió en todo mi ser y deseé hundirme y ser tragado por el sillón, cualquier cosa antes de tener que enfrentarme a cualquiera de las horrendas criaturas que mi mente había pintado en las oscilantes sombras del cuarto. La delgada cara del criado se abrió paso entre las tinieblas, sin mediar palabra con un gesto me indicó que le siguiera, sin

pensármelo dos veces salté del butacón y me aferré a él como un niño perdido en un tenebroso bosque, ante mi sorpresa descubrí que llevaba un pequeño candil de aceite para iluminar el camino. Haciendo memoria descubrí que cuando entré no había visto ni una sola lámpara eléctrica, pensar en ese extraño detalle distrajo mi mente de cualquier perturbador pensamiento y si apenas darme cuenta llegamos al pie de una escalera.

El criado me tendió el candil y me señaló la puerta que había justo al final de la escalera, cuando me volví para interrogarle ya había desaparecido de mi lado, ignoraba en que ala de la mansión me encontraba, y regresar sobre mis pasos no me pareció una idea demasiado atractiva. Vacilante ascendí los escalones, estaba claro que aquella noche tendría que pasarla allí. Mientras subía sentí como una llama de seguridad, tenue al principio, resurgía en mi interior. Que me quedase aquella noche no significaba en absoluto que aceptara la invitación del barón. Además que significaba *permanente*, si algo tenía claro era que ni loco iba a vivir en aquel siniestro palacio.

Cuando mi mano se posó en el esférico pomo de la puerta pude oír en el otro lado un constante chirrido como el de un oxidado engranaje haciendo balancear de un lado a otro algo muy pesado y afilado, aunque también podían tratarse de los chillidos de ratas. Como si mi mano tuviera vida propia giré el pomo y abrí la puerta... Descubriendo que en realidad eran Susurros desde el Futuro.

## **Agradecimientos**

En primer lugar a José por empujarme a salir del infierno laboral en el que estaba metido y desafiarme a luchar por mis sueños.

A Holly Lisle por demostrarme que todos podemos alcanzar nuestros propósitos y compartir sus conocimientos en el arte de escribir.

A todos los de la llamada Generación Kindle por apoyarme desde el principio.

A aquellos que de una forma u otra me han apoyado y animado durante el largo camino desde que por primera vez imaginé una historia.

Y por supuesto a mi madre, con la que compartí aficiones e ilusiones.



JONAS COBOS (Islas Baleares - España). (Según sus palabras). A los 12 años y bajo la tutela de un profesor de repaso ejercí la lectura en voz alta para vencer un ligero problema de tartamudez y excesiva timidez. El libro en cuestión era *Poirot Investiga* de Agatha Christie, aquellas historias acabaron cautivándome convirtiéndome en un lector apasionado. Sin embargo, muy pronto empecé a imaginar mis propias aventuras. Incluso llegué a editar un pequeño fanzine *La Bola del Mundo* que vendía a mis compañeros de clase y por correo. En los años de estudio en la Formación Profesional colaboré en las revistas escolares con artículos y relatos.

En segundo grado de F. P. escribí mi primera historia por entregas *¿Selectividad Natural?*, una historia donde se fusionaban ciencia ficción y fantasía. Quedé finalista en varios concursos literarios de ámbito local.

No pasaron muchos años sin que el gusanillo de la escritura apareciera de nuevo, en esta ocasión durante un año escribí, edité, monté e imprimí una publicación mensual de carácter literario *Sense Cap Fonament*. Tras ello empecé varios proyectos de novelas que finalmente quedaron aparcados. En Diciembre de 2010 inicié un curso *online* de Escritura Creativa con la escritora Norteamericana Holly Lisle y retomé los proyectos que había dejado aparcados, el primero fue una serie de relatos cortos que había publicado en la revista *Sense Cap Fonament* y que recuperé, revisé y escribí algunos nuevos para completar mi primer libro publicado *Susurros en la oscuridad*.